

200 AÑOS DE GRINGOS

CARLOS
ALBERTO
MONTANER



Se trata de varios ensayos polémicos en torno a los gringos y en torno a nosotros mismos, fauna hispanoparlante.



Carlos Alberto Montaner

200 años de gringos

ePub r1.0
Titivillus 04.09.15

más libros en epubgratis.org

Carlos Alberto Montaner, 1976
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Linda, mi mujer

¿Y quién puede dudar que de no haber existido esta potencia democrática, Guardián del Hemisferio (en su propio interés, pero ése es otro problema), Latinoamérica hubiera sido víctima en el siglo XIX del colonialismo europeo que conocieron Asia y África; y más tarde, en nuestro propio tiempo, de los imperialismos todavía peores que ha conocido el siglo XX?

Pero nada de esto se toma en consideración a la hora de formular las hipótesis de moda sobre las causas del atraso latinoamericano (y del avance norteamericano), sino que se afirma sin matices y sin contradicción que la influencia política, económica y cultural norteamericana ha causado nuestro subdesarrollo.

Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*.
Monte Avila Editores, Caracas, 1976, pág. 54.

PRÓLOGO

Este libro fue perpetrado con la coartada del bicentenario de Estados Unidos como nación independiente. En la medida que lo fui escribiendo apareció publicado, a retazos, en medio centenar de diarios de España, Norte y Sudamérica, incluyendo a Estados Unidos y a Brasil, y lo leyeron, potencialmente, dos o tres millones de personas. No posee, pues, el misterio de la virginidad que acompaña a los textos rigurosamente inéditos, pero sí tiene el de los «strip tease» que van mostrando el espectáculo poco a poco. Vistos con la perspectiva de libro, aquellos ensayos cobran coherencia y unidad. Puedo, por experiencia, predecir la reacción de muchos lectores: sorpresa. Lo siento. Otros muchos acabarán por coincidir con los planteamientos esenciales. Es el destino de cualquier papel escrito que pretenda evadirse de los lugares comunes.

Se trata de varios ensayos polémicos en torno a los gringos y en torno a nosotros mismos, fauna hispanoparlante. Me pareció que la importancia tremenda de los norteamericanos no radica en que se hayan constituido en primera potencia del planeta, sino en que a cada paso tropezamos con ellos. En ese caso lo más prudente es hablar de ellos a propósito de nosotros, o de nosotros a propósito de ellos. Si eso puede llamarse método, prácticamente no hay otro en este libro: llamo la atención de algunos aspectos que nos interesan de estos señores y los discuto con cierto desenfado. Pero hay más: hay algunas proposiciones de carácter universal en torno a la violencia, el tiempo, la competencia, la técnica o la agresión, que trascienden la mera exégesis. Este libro pretende mucho más que mostrar cómo son los gringos a los dos siglos del parto. Es una sucesión de breves ensayos sociológicos, políticos, antropológicos o historiográficos —o todo eso junto— desesperadamente aferrados a la clásica definición del género: la hipótesis sin la demostración. No pruebo nada. No demuestro nada. Simple y llanamente observo y cuento lo que me parece ver. Calculo que eso debe ser muy poco en esta época nuestra de tarjeta, perforadas, pero, por una parte, no sé ni me interesa «ensayar» de otro modo más científico, y por otra, mantengo melancólicas, sospechas hacia todo intento de precisar, atrapar o definir a un pueblo entre las tapas de un libro. Se dice “los alemanes” y uno no sabe si se refieren a Goethe o a Adolfo Hitler, a Martin Borman o a Albert Einstein. Se dice «los españoles», y unos se apuntan a Santa Teresa y otros a La Pasionaria. Yo digo “los gringos” y el lector tiene derecho a sentirse perplejo. Puede dudar entre Wallace o Luther King, entre Al Capone y el Cardenal Spellman. Pero no obstante, como ahora se dice, estamos condenados a entendernos. A pesar de todo hay un idioma universal de prejuicios y conceptualizaciones que todos, más o menos, logramos dominar. El lector, que no ha comprado un libro de cocina, que sabía de qué iba la cosa, tendrá que ser un poco cómplice de esta lectura. Tendrá que pasar por alto la ausencia de estadísticas, cuadros matemáticos y cualquier rudimento de aparato erudito. No me siento capaz de esas canalladas. «Mientes más que una estadística», dice Mafalda, esa amarga filósofa argentina. Al «ensayar» así, desnudo de cifras, corro el riesgo —que no descarto—, de equivocarme, pero no de mentir.

Ahora vamos a hablar de los yanquis. Y de nosotros.

II

La imagen de Estados Unidos vigente en España y Latinoamérica corresponde a la del Calibán rodoniano. Una nación espiritualmente bárbara que todo lo concibe como una herramienta para la obtención de bienes materiales. Los yanquis de la caricatura —una vez perversamente deformada la dicotomía Ariel-Calibán que propuso Rodó— quedaron reducidos a toscos bebedores de Coca-Cola; a estúpidos mascadores de goma; o a ignaros a los que sólo le funcionaban las neuronas del comercio.

Esta imagen grotesca, paradójicamente, emanaba del más serio pensamiento filosófico incubado en los Estados Unidos: el pragmatismo. El pragmatismo era hijo legítimo del

utilitarismo y del positivismo. Más que una especulación filosófica sobre el ser resultaba un sistema de valoración que establecía una jerarquía y un orden de prioridades entre las cosas. Las cosas valían por el bien que producían, mientras «el bien» se definía en términos de placer y sólo identificaban éste dentro del ámbito del confort.

Esta perspectiva del hombre y de la vida se redujo al monstruo Calibán para que fuera asimilada por las grandes mayorías. Pero sucedió que Calibán, el monstruo pragmático, empezó a adoptar una conducta extraña. Calibán fundaba orquestas sinfónicas, compañías de ballet, revistas literarias, grupos teatrales. En las universidades que existían en sus predios (unas tres mil) no sólo se estudiaban las disciplinas afines a su filosofía, sino todas las actividades humanas que merecieran la pena. A Ariel le irritaría saber que en Harvard hay más libros sobre Guatemala que en la Universidad de San Carlos, o que en Princeton y la Universidad de Nebraska, el año pasado graduaron más expertos en literatura hispanoamericana que la Universidad de La Habana.

Calibán cultivaba el mito de la sociedad del confort, donde la posesión de objetos concedía categoría al ciudadano, al tiempo que, contradictoriamente, esos mismos ciudadanos adquirían conciencia de los valores espirituales. Calibán empezó a ser un poco Ariel. Este libro habla de esas transformaciones.

III

«Nadie se baña dos veces en el mismo río», sentenció Heráclito de Éfeso. La observación del filósofo era —a un tiempo— escueta y elocuente. La realidad es mutable: siempre en perpetua transformación, cambiante, proteica. Las cosas más que son, van siendo. A los Estados Unidos le viene a la perfección el *dictum* del griego: nadie vive dos días consecutivos en la misma nación yanqui. Allí, en vez de pasar uno por el mundo, se tiene la sensación de que es el mundo el que pasa por uno.

La profunda revolución que acontece en suelo norteamericano no tiene paralelo sobre la faz de la tierra. El contorno físico de las ciudades se modifica vertiginosamente. Se derriban montañas en horas, se fabrican ciudades en días; ni siquiera la composición química del aire es igual a la del resto del planeta, porque millones de automóviles y fábricas se encargan de enrarecer la atmósfera. Y hay también polución cultural. Los laboratorios de experimentación vuelcan diariamente millares de conclusiones que transforman los conceptos básicos de la ciencia y alteran el ritmo de aprendizaje a una velocidad tremenda.

Los sabios, en los Estados Unidos, todas las noches se acuestan con el temor de amanecer ignorantes. Los ignorantes dormimos a pierna suelta y nos contentamos con asombrarnos de lo que acaece. La ley americana, simple, un tanto rústica si se quiere, tiene la flexibilidad necesaria para adaptarse a las modificaciones. Anda a trancos la Constitución, pero anda. (Tal vez el defecto de nuestro Derecho —que es Roma, más España más Napoleón— sea su perfección formal, su minuciosidad).

Hasta aquí la revolución yanqui era mera cosa externa. Pero hay cambios íntimos mucho más trascendentes. Hace años que el «capitalismo» de la retórica clásica se fue a freir tusas. La relación entre el obrero, los medios de producción y el trabajo realizado está sometida a una infatigable dialéctica que a cada minuto transforma el cuadro general de la economía. Los preceptos éticos —que andaban en los supuestos del protestantismo anglosajón— se hacen cada vez más borrosos. La moral sin dogmas que preconizaba el justamente olvidado Ingenieros se asoma nítidamente. Todavía parece improbable que se llegue al extremo opuesto por Marcuse (una sociedad sin dogmas, sin inhibiciones de ningún tipo) pero la estampida se produce en esa dirección.

Hay una diferencia abismal entre la estructura mental de un joven norteamericano y la de su padre. La misma distancia que va de una concepción cristiana de la vida a otra pagana. El cristianismo deja, entre los nuevos paganos, una visión fraternal del prójimo.

A pesar de todo, el grito desgarrador del cristianismo —«amaos los unos a los otros»— sigue rebotando en la conciencia de la Humanidad... aunque unas veces suene a reproche enérgico.

El país cambia su repertorio de ademanes y actitudes a cada momento. El secreto, en el fondo, es simple: se cancelaron los dogmas. Es la primera vez que este fenómeno le ocurre a un pueblo. Hasta ahora eran sólo algunos individuos los que lograban sacudirse las bridas del pensamiento dogmático. En los Estados Unidos surge como una experiencia colectiva de la joven generación.

Todo esto debe poner en guardia a España y Latinoamérica. Sería ridículo continuar enjuiciando a los yanquis con la retórica rodoniana o con la jerga de los marxistas. Para hablar en serio de ese país —sin carenar en los clásicos lugares comunes— hay que poner el oído en la tierra y escuchar atentamente. Alzarnos sobre nuestros seculares rencores con la mano en visera y observar con justicia. Continuar enquistados en los viejos prejuicios es una soberana tontería. Nuestros juicios —para que no sean delirantes— deberán fluir como el río de Heráclito o como el mundo de los yanquis.

I

LA AMERICANIZACIÓN DEL PLANETA

El big-bang que no cesa

En julio de 1976 se cumplieron doscientos años de la declaración de Independencia de los Estados Unidos. Las contracciones, el ritmo y la naturaleza del parto de Filadelfia marcaron para siempre a la criatura. Me explico: tirar por la borda a la monarquía y apuntarse a la superstición de la aritmética democrática era un hecho asombroso y sin precedente. Washington, Jefferson, así como el resto de la tropa innovaron. Eso viene de nuevo. Estrenaron un sistema. Esto es, inventaron el tiempo en que les tocaba vivir. No miraron atrás. No copiaron. No modificaron. Crearon, y al crear en el instante exacto del paritorio, introdujeron en la carga genética del pueblo una incontenible urgencia de cambio y originalidad.

Hace doscientos años que ese país no hace otra cosa: crear. El empujón inicial no ha cesado. El primer big-bang mantiene ese universo expansionándose en la misma dirección. Los gringos no miran atrás: crean. Crean incesantemente. No hay otra característica más importante en el seno de esa nación. De esa pavorosa peculiaridad depende el resto del planeta. Son ellos los que van a la cabeza. Los que deciden a la velocidad en que viajamos, las enfermedades que nos curamos y hasta las conversaciones que mantenemos.

Hace muchos años que casi todo lo importante que en el mundo se piensa, se piensa en inglés. Y esto lo digo entristecido. Humillado. Fastidiado. El español es un idioma de boleros y novelones. Un sistema de comunicación que o traduce o tararea, y lo último sólo a veces, puesto que el rock —o como diablos se llame— nuestros indígenas han aprendido a vocalizarlo en inglés.

Cuando se dice «nación líder» refiriéndose a Estados Unidos, se piensa en sus aviones y en sus bombas. ¡Qué estupidez! El liderazgo no le viene del garrote que porta en la cintura, sino de las investigaciones que realiza en sus laboratorios, de la tremenda creatividad de ese pueblo y de su maldita capacidad mutante. Hace dos siglos —¡madre mía!— que estos tipos están inventando al mundo. ¿A qué mentecato se le ocurre la peregrina bobería de que es posible alcanzarlos? Cuando llegemos, con la lengua afuera, al punto x, ya no estarán allí. Se habrán largado con su sociedad proteica, siempre encaramada en la caravana, persiguiendo, como si fueran indios, destinos más confortables y complejos.

No hay siquiera la oportunidad de desertar. De volver, como quería Gandhi, a la rueca y el huerto casero, olvidándonos de los cachivaches electrónicos. Estamos demasiado comunicados. Es casi un acto de promiscuidad cultural que en el televisor casero de un señor de Nicaragua le proyecten la obscena imagen de un alunizaje. La mera posesión del televisor bordea la broma macabra. Pero en cualquier caso, es inevitable. No hay manera de tapar las rendijas. La flauta mágica del liderazgo gringo se nos cuele por cualquier poro. Estamos condenados a la comparsa. ¿Puede en serio hablarse de decadencia yanqui? Sí, si hablamos del subalterno mundillo político. Pero los yanquis no han sido importantes para la humanidad —visto con la perspectiva de los siglos— por haber ganado dos guerras mundiales o haber perdido en Angola, Vietnam o Cuba, sino por haber elevado a categoría universal sus valores, y por haber preñado a todos los terrícolas con su american-way-of-life.

Por haber puesto a toda la humanidad a copiar sus ingenios, traducir sus textos e imitar sus ademanes. En el role de padrote, que es lo rigurosamente vital, no hay un ápice de decadencia. Al revés. En la medida que abandonen las funciones policíacas del exterior, debe aumentar la vitalidad interna del país. Cuando los Linus Pauling y los Noam Chomsky no tengan otra cosa en qué entretenerse, se dedicarán a investigar. O sea, se dedicarán a cambiar el mundo. (Irónicamente, emplearán su esfuerzo en ampliar la zanja entre desarrollados y subdesarrollados).

En julio de 1976 cumplieron doscientos años. Yo, por supuesto, no pienso incluirme en la estúpida manía del antiyanquismo. Prefiero que las cotorras del periodismo y la literatura me acusen de venderme-al-oro-de-Washington que hacer el imbécil. Bastante amargura me produce saber que pertenezco a un mundo subsidiario, a remolque de otro, para ahondar la herida con esquemitas vuelicortos de revolucionarios de letrina. Admiro la creatividad venga de donde venga. Y lamento que nuestro mundillo —el que habla en español y reza a Jesucristo, como decía el lamentable Rubén— no coja la batuta. Lo lamento de veras.

El uniformador que nos uniformará

USA es un Midas neurótico. Todo la que toca lo uniforma. Tienen la manía de la uniformidad. Si se tratara de un pueblo-apéndice no tendría importancia. Tratándose de la nación líder el asunto se vuelve muy serio.

Comencemos por el propio país. Lo más sorprendente de esa nación, desigual en razas, zonas geográficas y moradores, es su uniformidad. Es el mismo país en los desiertos de Nevada, que en los pastizales de Montana, que en las montañas Apalaches. Las mismas estaciones de gasolina, los mismos supermercados, los mismos hábitos alimenticios, las mismas iglesias, la misma prensa. La misma gente.

¿Debo subrayar que se trata de una nación que mide nueve millones de kilómetros cuadrados. Con todos los climas, cimas y simas, que alberga 225 millones de indígenas procedentes de todas las combinaciones raciales y culturales que existen? El mosaico cultural se vuelve allí monolito. Monocromo. Monótono. Todo chato y similar.

Eso es aburrido, pero beneficioso. Las fronteras interestatales son hoy jerga burocrática y caprichos fonéticos. Nada más. Pasar de Florida a Georgia es tan apasionante como pasar de la página 228 a la 229 de la guía de teléfonos. El paisaje es hermoso. Pero la civilización que alberga no lo es tanto. Eficiente, sí. Y pulcra. Y nutritiva, y todas esas cosas. Pero para un cavernícola del pleistoceno —como yo— todo eso resulta soporífero. Prefiero Europa, con perros irresponsables que se mean en las calles, con regiones distintas, con cambios bruscos de paisaje. Pero reconozco que la uniformidad favorece a la civilización, y la diversidad tiende a destruirla. Los yanquis, con su pellejo sin manchas, con su tejido unicelular, tienen una tremenda fuerza interior. Y la están exportando. Con el liderazgo espiritual de primera potencia y con las multinacionales, estos señores están creando un mundo a su imagen y semejanza. Ese fenómeno es bueno para la civilización y malo para las naciones. Bueno para la especie y malo para el individuo. Como el cristianismo, que desterró a escobazos a los dioses paganos, erradicando la rica fantasía religiosa de los pueblos europeos, pero aproximándolos; en el culto a una común mitología. Como el latín, que borro centenares de idiomas y dialectos, que empobreció el catálogo de las lenguas, pero que hizo posible que los frágiles poemitas de Virgilio se entendieran en una franja sin precedente del planeta.

No menos importante —y se verá si un trallazo atómico no me desmiente— es el cohesivo yanqui. Poco a poco el mundo se norteamericaniza. Incluyo a los antiyanquis por excelencia. La fábrica de Pepsi-Cola que los pobres rusos admitieron es una avanzadilla cultural. Es el convenio cisterciense de nuestros días. La abadía fronteriza que convierte los bárbaros en cristianos. El hamburguer es un credo que todos acabarán por memorizar. Las autopistas con sus letreros verdes, con sus nudos de puentes superpuestos son copia del modelo yanqui. Como lo es el rascacielos de «fiber-glass, el marketing, o el tono de la correspondencia». La gran diferencia entre la labor cohesionadora de los yanquis y la que Roma o el cristianismo llevaron a cabo es que el modelo yanqui se aplica a escala planetaria. No hay herejes en su avasallamiento cultural. No hay distingo. Rusos. hindúes o argentinos están en la lista. No es, además, una colonización violenta, sino voluntaria, montada sobre un axioma inapelable: a la nación líder se le imita. Y si no se le imita nos quedamos en la cuneta.

Así de simple. Todo es o va siendo yanqui. La estructura de los ejércitos la práctica médica, la moda, los deportes, los temas de conversación.

No hay espectáculo más conmovedor que un comunista que fuma Marlboro, viste vaqueros, recita a Marcuse y censura a la civilización de consumo. Hasta el antiyanquismo es un producto típicamente americano. Cuando Breznev se dejó regalar un Lincoln cayó en la trampa. En la trampa inevitable, porque a nadie se le ocurre soñar con un Volga o con un Skoda. Se sueña con Cadillacs, porque nuestros sueños son yanquis. Y hasta en «technicolor», para mayor recochineo.

El fenómeno del desmadre yanqui, o, por la otra punta, de la transculturación universal hacia el embalse norteamericano, ha sido posible por un libro sagrado. Talmud, Biblia o Corán, el libro siempre es indispensable. Los yanquis lo tienen. Se llama *Manual-de-Procedimiento*. Es un libro terrible. Toda actividad realizada por estos señores tiene su punto de partida en un manual de procedimiento. Toda iniciativa, para que se consagre debe ser capaz de generar un *modus operandi* fácilmente transmisible y aprendible. La guerra, el amor, la iniciación de una gestión económica, todo, absolutamente todo, está inscrito o se inscribirá en un sistema. El sistema es implacable. Funciona siempre. No deja nada al azar. Está al alcance de cualquiera.

Estados Unidos todo lo sistematiza. Todo lo modifica y uniforma. Todo lo reduce a sistemas que luego se repiten, se mejoran y se modifican, pero que nunca pierden su capacidad fecundadora. ¿Cuánto durará la americanización del planeta? Yo no soy Alexis Tocqueville para contestar esa pregunta. Ni siquiera soy Herman Khan. Pero me figuro que durará menos que su romanización. Julio César no tenía computadoras y Pedro desconoció la comunicación por satélite. Los yanquis juegan con ventaja. ¿Es eso bueno o malo? Qué sé yo. ¿Fue buena la latinización? ¿Fue buena la cristianización? Yo no sé. Ese es el movedizo terreno de los valores.

Si no es una grosera superstición creer que la igualdad entre los hombres y las naciones resulta benéfica, presumo que cualquier fuerza centrípeta que opere en la historia es ventajosa para el bicho humano. Acaba por ser positiva. Positiva para la especie, lo cual contentaría a todos los bípedos aptos para la solidaridad biológica. Pero disgustaría a los individualistas. Personalmente no sé a dónde apuntarme. Lunes, miércoles y viernes soy rabiosamente darwiniano. Martes, jueves y sábado, spenceriano. Los domingos todo me importa un pito. De manera que, mientras pueda, cada cual deberá pensar con su cabeza. A lo mejor un día nos dan los problemas ya pensados. ¿Cuánto durará la americanización de España?

La americanización de Madrid

Madrid tópico y típico de las zarzuelas. Madrid de Agustín Lara. Coronador de emperatrices en Lavapiés y alfombrador de la Gran Vía con claveles. Lara todavía es la imagen de España en Latinoamérica. Todo esto se murió. El chulapín de boina y bufanda, con su poco de arrojo y su lengua enredada en chascarrillos, kaput. Le pasó por encima la aplanadora del progreso. No se puede ser chulo desde un piso en lo alto de un «Kentucky Fried Chicken». No funciona. ¿Pero hubo alguna vez mozas violeteras? Las de ahora trabajan para Sears. Aquello de bañar a alguien en vinillo de jerez siempre me pareció una monstruosidad. Hoy la ablución sería Coca-Cola.

España, como Europa, como Oriente —especialmente Oriente— se americanizan. Andan tras la huella yanqui. Lo que hoy en San Francisco o New York es moda, mañana la será en París y pasado mañana en Praga.

Dictan normas los norteamericanos. Los imitan amigos y enemigos. Si abren brecha en el uso de la energía atómica con fines pacíficos, atrás le andan los españoles o los brasileños comprando ciclotrones. Si los estudiantes yanquis descubren los placeres de la marihuana, allá van holandeses y alemanes a encender el pitillo prohibido. Civilización prodigiosa de hamelines: tras sus flautas marchamos todos los encantados. Me figuro que siempre ha sido igual, sólo que la electrónica, los «mass media» y esa

irreverente concupiscencia de nuestra época, imprimen velocidad supersónica a eso que llaman transculturación. Antes, descubrir la influencia de un pueblo en otro era magia de elucubradores. Ahora basta con asomar la cabeza. El viejo adagio se modifica: corren mal las naciones de atrás porque las de delante corren bien. Y delante, por largo trecho, va el Tío Sam con sus calzones olímpicos de barras y estrellas. Los viejos que regresan a los Madriles no reconocen la Villa del Oso y el Madroño. Ni siquiera verán «madrileños». El «madrileño», como el manatí, se extingue en el cruce furioso con asturianos, gallegos y andaluces. Ya es animal raro y se le acusa de vago, fiestero y poco serio («vivalavirgen», dicen los antiguos). En el estúpido intercambio de generalizaciones con que se entretienen todas las regiones que en el mundo han sido, las de España colgaron al «madrileño» el sambenito de holgazán y pisabonito. No se sabe si los «cuplés» vinieron antes que el prejuicio o viceversa. La discusión es cosa seria y de señores doctos («dotos», diría un madrileño).

Pero a lo que iba: la modalidad cultural yanqui ha tomado por asalto la fortaleza hispana (parte de guerra muy acorde con una raza —la celtíbera— que tiene una concepción épica de la historia). Un turista hispanoamericano que pregunte, con las manos en el vientre, el rostro sudoroso y cierto aire de complicidad, dónde se encuentra el cuarto de baño, oírás que el «water-closet» está a la izquierda o debajo de la escalera, o junto a la señora del sombrerito ridículo. En el taxi acaso el chófer le explique que el «tráfico» se complica porque es la hora del «rush». Se habla de cambiar los horarios, de poner el reloj de acuerdo con las costumbres de USA. Se habla —¡horror!— de suprimir las horas de siesta y cerrar las fábricas a las 6 p.m. Empiezan las señoras gordas a abandonar la fabada por el Metrecal, la patata por el edulcorante. Hay cierto orgullo porque la estatura promedio ha aumentado dos centímetros y el peso se ha reducido unos gramos. El colesterol y el «polution» son enemigos públicos número uno. Los yanquis contagian sus manías. Inoculan sus neurosis. El odio americano a la cintura generosa —odio horrible, espacial— va inoculándose en el celtíbero. Los modelos se alargan, afinan y aclaran. El andaluz chaparro, prieto y ceceante, es casi una vergüenza nacional. El «rock and roll» aplastó al pasodoble. Todos los grupos de jóvenes cantantes machacan el inglés con la crueldad de las erres castellanas. Los «blues» se eternizan en los «hit parades».

En esto de la transculturación —como en casi todo— hay que ser pragmático: es inevitable. Se pone uno a poner parches en las hendijas culturales, para evitar que se cuele lo extraño, y acaba por irritar a todo el mundo. A fin de cuentas si los yanquis no comen morcilla se debe a que a Edison no se le ocurrió nacer en un pueblecito manchego. El consuelo es que tampoco nació en Tusi Yamacho o en Marsella. Marcha el mundo, seriecito, por el trillo gringo. España, sencillamente, lleva su vela en la procesión. No se ahorra un solo paso. Ni siquiera discrimina entre lo que es yanqui y lo que los yanquis adaptan de otras culturas y luego «relanzan». Tal vez el mejor ejemplo de esto último sea el orientalismo de pacotilla que españoles y latinoamericanos comienzan a imitar.

Americanización *made in* Oriente

Hay que tener cuidado. La India está exportando sus santones a un ritmo inusitado. La invasión se produce vía California. ¡Siempre los gringos! Primero fue un niño adiposo —el Maharishi— y luego un anciano venerable. Tienen el secreto de la paz espiritual. Sólo que cuando llegan a Estados Unidos todo eso se convierte en negocio. En Estados Unidos todo se convierte en negocio o desaparece. En un barrio miserable de New York alguna vez he visto una oficina con un letrado lumínico que decía «God Inc.». Más o menos, Dios incorporado o Dios sociedad anónima. Se trataba de la modesta iglesia de un diligente religioso de una de las catorce mil sectas del país. No era irreverente, sino honesto e ingenuo. A los santones hindúes les ocurre lo mismo. Para triunfar en Norteamérica necesitan un «public relation man», dos contadores, una

agencia de publicidad, un abogado un seguro contra reclamaciones, un estudio de mercado y un señor que escribe discursos. Luego un «manager» programa las actividades del profeta y la junta de accionistas aprueba la campaña. Si el santón tiene talento puede acabar cotizando sus acciones en la bolsa. Si Sidarta ve esto muere de un cólico hepático. Pero Estados Unidos es así. Un mago a lo Wall Street que todo lo que manipula lo convierte en «business». El niño gordo que traía la paz consigo acabó con una úlcera de origen nervioso. En el subdesarrollo hindú uno puede alcanzar la perfección sin complicaciones tirado en una calle de Bombay bajo la altanera mirada de las vacas.

En los Estados Unidos todo eso se vuelve un lío de impuestos, organización y manual de procedimientos. Al final nos espera la gastritis o la arritmia cardiaca. No hay escape. Pues bien, la India ha traído a los Estados Unidos el negocio de la paz espiritual y los gringos han decidido invertir. Desde hace unos cuantos años el que más y el que menos aspira al nirvana. En el fondo puede tratarse de una melancólica treta para huir del infarto. Nadie puede asegurarlo. Los yanquis viven obsesionados con el electrocardiograma. El criminal que grite «colesterol» en un teatro de New York verá cómo la gente se tira por las ventanas. El miedo es atroz. Lo lamentable es que esas neurosis son contagiosas. La burguesía española y la intelectualidad latinoamericana —los dos sectores más pendientes y dependientes de Estados Unidos— acabarán orientalizados en el hinduismo descafeinado de Estados Unidos. Luego Estados Unidos cambiará de neurosis —como nos hicieron con los alucinógenos— y nosotros seguiremos haciendo el idiota. Parece que uno de los recursos secretos para obtener la paz espiritual es la *meditación trascendental*. Se sienta uno con los pies cruzados sobre los muslos —se sentará otro, porque yo confieso que no puedo— cierra los ojos y espera que baje el chantra. Veinte minutos al día son suficientes. No debe hacerse muy cerca de la noche porque el meditante —¿se dice así?— cobrará demasiada energía. Las academias de meditación proliferan. Los más aventajados discípulos logran identificar hasta diez estadios de profundidad en la meditación, más o menos como Santa Teresa —que fue un Maharishi de su época— identificaba siete «moradas» en su trayecto hacia la fusión con Dios. Los meditantes, en rigor, no identifican nada. Pura charlatanería de gente sugestionada, pero si la actividad los hace felices, bendita sea.

De eso se trata: uno nunca tiene paz, guerra o felicidad espiritual, sino cree que tiene una u otra cosa. Eso es suficiente. Por mi parte prefiero la India de Sabú. Me quedo con el niño que lleva el elefante antes que con el gordito místico. Me interesa más Kipling que Sidarta Gautama. Es decir, la única *meditación trascendental* es la que nos preña de ideas la sesera. Poner la mente en blanco y decir que se medita es un contrasentido. Meditar es tener un hervidero de ideas en la cabeza, preocuparse, inventar, crear. La «Paz espiritual», la dulce y resignada mansedumbre de los santones, es una forma de desertar. Esa es la menos trascendente de las meditaciones, puesto que no pasa de ser un simple descanso. Como tal —como descanso— es aceptable, pero no se tengan otras pretensiones, por favor, aunque vengan en alfombra mágica o envueltas en el contradictorio prestigio de lo norteamericano. Esta falsa orientalización que ahora, vía USA, simulamos, es la prueba más patente de nuestra debilidad cultural. Basta que los norteamericanos pongan en circulación unas ideas, aunque sean tan risibles como la meditación trascendental, para que corramos a imitarlas. Nuestro *bing-bang* creativo no ha comenzado aún.

El *big-bang* que no empieza

La cola —ya se sabe— mora en el extremo más ingrato del animal. Su oficio se reduce —casi siempre— a asesinar insectos. De ahí no pasa. Es el esbirro con que cuentan ciertos animales para mantener la ley y el orden dentro de la geografía individual. La cola del león, comparada con la cabeza del ratón, ha dado pie a una detestable

metáfora de la que se echa mano cuando no somos capaces de optar libremente: si no nos queda más remedio que navegar a remolque del poderoso, es preferible ser cola de león; si nos abandonan, entonces lo ventajoso es apuntarse a cabeza de ratón. En rigor, los dos puntos de la alternativa son odiosos, porque lo único serio y reconfortante es ser cabeza de león. Lo demás es retórica.

Todo esto viene a cuento de la más elemental reflexión con relación a España e Hispanoamérica: nuestros males provienen de habernos resignado a ser cola de león. Nuestros países carecen de objetivos propios. Nos contentamos con navegar al paio y en la dirección que marquen las estelas de los grandes. A veces —como ahora— aparecen «vías» —la fracasada vía chilena, la cubana, la brasilera, etc.— aparentemente comprometidas a resolver nuestro problema, y que acaban por hundirse lamentablemente. Lo esencial es que esas vías milagrosas no conducen a parte alguna.

Nuestro problema radical —el que nos devora— no es que las riquezas sean pocas y estén mal repartidas —lo que por otra parte es innegable— sino que nuestro sistema de valores, nuestros modelos, nuestros esquemas de desarrollo, es decir los puntos de referencia por los que nos trazamos las coordenadas culturales, están fuera de nuestro mundo. A ese fenómeno, los filósofos y los charlatanes (más o menos lo mismo) le llaman alienación. De poco consuelo sirve conocer que las nueve décimas partes del mundo están «alienadas» con respecto al meridiano neoyorquino (o moscovita, o londinense), y que entre los no alienados comparecen los pocos ejemplares bosquimanos de Australia o los motilones de Venezuela. Es decir, hace más de cien años Inglaterra desató la era industrial. Todavía no hemos logrado incorporarnos a esa manía y ya los norteamericanos nos han inoculado la neurosis postindustria de la polución, del medio ambiente y la retórica contra desarrollo. Con fidelidad, digna de mejor causa, los alienados nos disfrazamos, grotescamente, de gran nación. Somos como tardíos espejos ondulados. Payasos. ¿Cómo escapar al magnetismo de las primeras potencias? De nada vale, como en Cuba, prohibir el pelo largo, los libros «burgueses» e interferir la onda corta. Eso es una estupidez. Algo así como «quemar el sofá» para evitar el adulterio. Ignorar los países que marchan al frente de la civilización es actuar como los motilones o como los bosquimanos. Además, es inútil. A la postre el influjo penetra por millones de inclausurables poros, pero entonces con el irresistible prestigio de lo prohibido.

Esto quiere decir, por las claras, que la única manera de dejar de ser subalterno es ascender a jefes. España e Hispanoamérica tienen que buscar un lugar de importancia en la dirección del negocio occidental. Para ello deben entender las reglas esenciales del juego: las naciones líderes han alcanzado los primeros planos por la habilidad con que han logrado modificar la materia; esto es, la técnica; por la velocidad creciente que le han imprimido a esos cambios; por el infatigable diseño del futuro. Mientras nuestro futuro sea proyectado en el exterior nuestro presente será miserable. Irrita tener la certeza impertinente de que nuestra moda de mañana, nuestras ideas venideras, nuestros usos sociales, nuestro futuro entorno cultural, será una versión deformada de lo que hoy acontece en Los Ángeles o en New York.

Para romper con esa odiosa dependencia —fuente de inconformidad y de rencores— hay que lanzarse a crear. Sacudir el automenosprecio que nos impide ser audaces, innovar y dictar pautas. Estoy convencido que los frenos son más de orden psicológico que materiales. Es criminal que países como España, México, Brasil y la Argentina, con un tremendo potencial científico y artístico apenas contribuyan a la dirección de la civilización.

¿A dónde conducen las vías chilenas, cubanas o brasileras, si al cabo del recorrido —suponiendo que se llegue a alguna parte— descubrimos que no se han acortado las distancias y que la «felicidad», como la perversa zanahoria perseguida por el burro,

sigue estando fuera de nuestro alcance? Ya son muchas las aventuras a las que no tenemos acceso: el átomo, el espacio, la vida intramolecular. Cada vez serán más.

Podrá parecer trágico —y lo es— que miles de niños paraguayos o salvadoreños estén subalimentados, pero no es menos trágico que ni en sus más delirantes fantasías puedan soñar con ser astronautas. Para un motilón, fuera de nuestra cultura, eso no significa gran cosa, para nosotros es un hecho brutal y aplastante. Nuestros políticos, empeñados en la útil batalla de reformar las estructuras económicas y sociales, no deberán olvidar la más urgente e importante, de reformar las estructuras mentales de todos, comenzando por la de ellos mismos, aherrumbadas por la retórica y la miopía propias del oficio. Tal vez la consigna de la «divine gauche» de París de mayo del 68 sea un imperativo en nuestras tierras: «la imaginación al poder». En rigor la imaginación ha estado casi siempre en el poder en Francia. El protagonismo francés de De Gaulle, la defensa a ultranza de la «grandeza» de la nación, para evitar que se convirtiera en un apéndice de las grandes potencias, es una muestra elocuente de la proteica imaginación del viejo héroe. Donde hace falta, a chorros, la imaginación, es en nuestra pobre y autodegradada América. Hace falta para no ser cola de león, ni cabeza de razón. Para ser otra cosa más digna y constructiva antes de convertirnos en meros objetos pasivos de la historia que otros escriben.

Latinoamérica y España ¿fuera de la historia?

Los hispanoamericanos —y con nosotros nueve décimas partes del mundo— estamos a las puertas de darnos de baja de la historia. Pronto la relación entre el mundo científico de los norteamericanos y un bonaerense o un chileno será la misma que hay entre un indio «guajiro» y un caraqueño. El «¡que inventen ellos!» gritado por Unamuno es un disparate mayúsculo. Pertenecer a una comunidad de pueblos más o menos vinculados —digamos, con temor de incurrir en delito de lesa seriedad— al «mundo occidental cristiano» es casi una bufonada desde nuestra esquinita miserable y subdesarrollada. La «Era Atómica» —en cierto sentido— pasó. En América Latina prácticamente ni nos enteramos. La «Era Espacial» —que ya tiene veinte años de inaugurada— está todavía más lejana de nuestras posibilidades que la atómica.

Ya se apunta lo que en el futuro se llamará la «Era Genética». El hombre —pero no el hombre latinoamericano, claro— empezará a manipular la «vida». Creará vida, la perfeccionará, la modificará en su provecho. Nosotros continuaremos de espectadores. Pirataremos algún mendrugo que caiga de esos laboratorios —accesible a nuestra magra bolsa— y sentiremos cada vez más un confuso —y básicamente injusto— sentimiento de inferioridad.

A los papúas de Guinea no les preocupa no entender el misterio de la aviación, pero la aviación pertenece a un mundo que nada tiene que ver con los papúas. Nosotros no podemos renunciar a nuestro mundo, pero estamos renunciando a la historia. En los finales del siglo XX, en algún momento, se correrá el telón entre los yanquis y nosotros. Viviremos en dos épocas totalmente distintas, aunque seamos huéspedes del mismo planeta. No es cuestión de «inferioridad» nuestra o «superioridad» de ellos. Con Hitler murieron todas esas estupideces.

Ocurre que la industria norteamericana, la tecnología, la ciencia y las finanzas están estrechamente articuladas y proyectadas en una dirección: el progreso. La maquinaria se mueve a una velocidad tremenda que a su vez genera impulsos aún más vigorosos. Si a esta fuerza incontenible sumamos la revolución de la computadura —donde los norteamericanos se han alzado con la monarquía absoluta— tenemos un cuadro —más o menos claro— del destino inmediato de esa gran nación.

Los rusos caerán también fuera del telón. El complejo industrial-científico-financiero de los soviéticos no tiene oxígeno para seguir el fabuloso ritmo norteamericano. Y están sin aliento y lo saben. Para proseguir en la carrera han lanzado por la borda el lastre del marxismo, pero conservando el procedimiento leninista de control político. El precio

a pagar para darle alcance a los norteamericanos sería muy alto: desvertebrar la estructura burocrática creada por sesenta años de Partido Comunista, cancelar los reflejos del pensamiento dogmático y confiar en el esfuerzo individual de cada hombre para impulsar el destino de todos. Casi nada: el fin de la utopía comunista.

¿Qué podemos hacer los hispanoamericanos para incorporarnos a ese mundo que se nos viene encima? Primero, entender el problema en toda su dimensión y riesgo; segundo, reaccionar lógicamente y no emocionalmente. Ponernos históricamente a odiar al yanqui, además de ser injusto, nos hundiría más en el atraso. Es bueno que se repita: los yanquis no deben su progreso a nuestro atraso sino a su propia dialéctica económica. Si mañana todas las propiedades norteamericanas en Latinoamérica amanecieran destruidas... los estadounidenses habrían perdido una fracción del uno por ciento de su producto nacional bruto (un billón: un uno y doce ceros).

Por el contrario, Hispanoamérica debe beneficiarse del fenómeno con toda la astucia posible. El desbordamiento de capitales y la tendencia expansionista de la industria yanqui deben ser fuentes de nuestro progreso. No hay alternativa. Nuestros capitalistas, nuestros gobiernos, nuestros sindicatos, tienen que aprender la mecánica íntima del neocapitalismo. El comunismo no es un modelo aceptable, no sólo por razones éticas, sino por el hecho constatable de que los países comunistas *también* van a remolque de la gran potencia norteamericana. Es Estados Unidos y no Rusia quien inventa el mundo para todos. O participamos en esa invención del mundo, en ese diseño del futuro, o estamos destinados a copiar servilmente.

El sistema funcionó con los norteamericanos y dará el mismo resultado a quien sepa servirse de él. Para entender este fenómeno y sacarle provecho, hay que abandonar los rencores, los esquemas demagógicos y el aldeanismo político. Tal vez estemos a tiempo de subir a ese primer mundo.

II

EL SISTEMA USA

En el principio era la empresa

Todos para uno y uno para todos. No teman. No voy a hacer la apología de los tres mosqueteros, sino a tratar de explicar(me) por qué Estados Unidos es la primera potencia del planeta. Algún cabeza caliente podrá decir que porque le roban la riqueza a las naciones subdesarrolladas, pero la calentura de la testa suele evaporarle la sesera a nuestros gloriosos termocéfalos. No es por eso. Es al revés: las naciones más ricas son las que mayor volumen de comercio y negocio tienen con USA. Esto es fácilmente comprobable. Está al alcance de cualquier bípido capaz de leer los informes del Banco Mundial. La hipótesis termocéfálica es una perversa imbecilidad.

El «secreto» de la potencia yanqui, me parece, es éste: la sociedad está formada por elementos que lejos de combatirse y obstaculizarse se complementan en el objetivo de fortalecer a la empresa. La empresa es la espina dorsal del sistema. La universidad gradúa profesionales para la industria y el comercio, y los sindicatos luchan por concretas mejoras de salario, óptimas condiciones de trabajo y una mayor tajada del botín fiscal, pero renunciando a la superstición de la lucha de clases; el gobierno tácita y explícitamente reconoce que-lo-que-es-bueno-para-la-General-Motors-es-bueno-para-el-país. No se trata de una entrega vergonzosa al capitalismo, sino del reconocimiento candoroso de que la organización económica de un país exige el elemental principio de que las partes que contribuyen a formarlo tiren en la misma dirección. La empresa, por su parte, reconoce que tiene otras responsabilidades además de la de distribuir dividendos entre los accionistas. La empresa investiga, crece y genera riquezas. Su movimiento interno la impulsa a la expansión y a la modificación constantes. Es el ombligo del sistema y su motor dialéctico.

Con esa perspectiva comienzan a iluminarse unos hechos extraños para nosotros, hispanoamericanos y españoles perpetuamente a la greña. Por ejemplo, el «lobby». Los «lobbistas» son unos señores que pública y notoriamente defienden ciertos intereses económicos ante los políticos. No hay nada sucio y oculto: son legítimos embajadores de la empresa ante los que hacen las leyes. Presionan porque la presión está incluida dentro de las reglas del juego. No lo estará comprar legisladores —y son varios los que han ido a parar a la cárcel— pero sí defender los intereses de sus representados.

La CIA, por ejemplo, recluta a sus agentes —espías, analistas y otros bichos parecidos— dentro de las mejores universidades. Igual que la Ford, el Departamento de Estado o el Ejército. Instintivamente todos se reconocen como parte de la nación. Sindicatos, empresarios, funcionarios, policías y estudiantes no son enemigos de clase, sino engranajes de la maquinaria común. Los partidos políticos no pretenden destruir el sistema, sino perfeccionarlo; los sindicatos no tienen interés en desarticular la industria con huelgas salvajes, sino en exprimirla en beneficio de sus afiliados. Los estudiantes se preparan para incorporarse a la imperfecta sociedad en que les tocó vivir, y para modificarla, pero sin intenciones de destruirla.

Esta mecánica, con más o menos contratiempos, viene funcionando desde hace casi dos siglos. ¿Se comprende por qué Estados Unidos está a la cabeza? Es cierto que la extensión (un poco mayor que Brasil), la población (cuatro veces menor que la China) y las riquezas naturales (menores que las soviéticas) aportan una potencialidad de poderío, pero es obvio que el desarrollo económico de las naciones es fundamentalmente un problema de valores culturales. Japón, que es pobre, pequeño y superpoblado, progresa más rápidamente que ningún pueblo por las mismas razones que engrandecieron a los Estados Unidos. Argentina, con territorio, mano de obra capaz e infraestructura adecuada, fracasa lamentablemente en la empresa del desarrollo nacional.

Queda la consideración moral del asunto: ¿es correcto que la empresa constituya el centro de la organización social? La respuesta tiene que ser condicionada: sí, es correcto en una sociedad que ha suscrito el éxito y el lucro entre sus valores y la competencia como medio de lograrlos. Si los comunistas pretenden que sea el omnipotente partido el rector de la vida social, es porque suponen que es quien más riquezas puede crear y mejor podrá distribuirlas. Si algunos socialistas suponen que los sindicatos deben regir a la sociedad, será por consideraciones parecidas. El capitalismo yanqui organiza la sociedad en torno a la empresa. La verdad constatable, no la que postulan los libros sagrados, sino la otra, la de carne y hueso, es que por ahora la empresa ha sido más eficaz que el partido, los sindicatos o las corporaciones fascistas, en la creación de riquezas y en su distribución cuantitativa. Eso es evidente.

La política yanqui

Los diccionarios no suelen comprometerse: democracia es el gobierno de la mayoría. Pero cómo se cuenta esa mayoría es harina de otro costal. A ello llegaremos. Vaya por delante que el único valor absoluto para sustituir a los reyes fue la aritmética. El Rey gobernaba por inapelables designios divinos. Dios lo quería. Los ingleses continúan pidiéndole que lo proteja: *God save the King*. Mientras la voluntad real se acataba en virtud de su cuasidivinidad, el orden político era coherente. Al Rey lo respaldaba una autoridad incuestionable. El dilema radicaba en cómo sustituir al Monarca por una entidad igualmente incuestionable sin apelar a la teología. Surgió entonces el culto por la aritmética, y la divisa británica se convirtió en un lacónico «In God we trust». Admirable lección. Descartados los poderes extrahumanos no existe otro valor absoluto que el de la aritmética. Tres será siempre más que dos y menos que cuatro. Si nos avenimos a aceptar el liderazgo de los más descansamos en un sistema tan legítimo como el de las monarquías. Toda relación entre los hombres que no tenga una base matemática será siempre arbitraria y subjetiva. Puede afirmarse que el socialismo es mejor que la libre empresa o viceversa. Puede asegurarse que los liberales son más útiles que los conservadores, o puede asegurarse lo contrario. Pero fuera de los manicomios no existen bípedos que pongan en duda la superioridad cuantitativa de catorce sobre trece. Esa sencilla realidad esconde toda la metafísica de la democracia. No es, por supuesto, la sospecha de que la mayor parte de la gente suele obrar sabiamente la mayor parte de las veces, sino la melancólica convicción de que sólo acatando una regla universal, objetiva e inapelable, pueden los hombres negociar sus diferencias sin llegar a la violencia.

La política yanqui está concebida en torno a esta concepción pragmática de la democracia. De ahí que dos partidos políticos más o menos iguales se peloteen el poder intermitentemente. El Partido Demócrata y el Partido Republicano son sólo maneras de organizar la ecuación aritmética sin grandes violencias. Son caminos para llegar al poder con orden.

El político norteamericano, acusa este pragmatismo en el ejercicio de su profesión. Cuenta con unos señores especialistas en sondeos de opinión pública que descubrirán cuáles son los «issues» (temas) que le interesan al electorado. Luego unos sociólogos le reunirán a ese electorado por afinidades y un «speech writer» escribirá un discurso destinado a halagar los oídos de ese votante potencial. De lo que se trata es de que el sujeto deposite su boleta en la urna adecuada, y de que los dioses de la aritmética le resulten favorables.

¿Cinismo? Más bien pragmatismo y ausencia de compromisos ideológicos. Esto es difícil de entender en Europa o en Latinoamérica. Los políticos yanquis no quieren sustituir el sistema y ni siquiera reformarlo. Lo que quieren es perfeccionarlo. Salvo ciertos grupúsculos insignificantes el espectro político de Estados Unidos es prácticamente monocolor. Las diferencias entre un «conservador» y un «liberal» son pálidas y puramente formales. Los liberales se adscribirán a cierto centralismo federal,

mientras los conservadores propenden a un mayor control local. Los «liberales» son partidarios de un vasto gasto público y de un estado moderadamente protector, mientras que los «conservadores» abogan por reducir la beneficencia al mínimo y que cada cual se labre su destino de acuerdo con su instinto y capacidad de trabajo. En el fondo, liberales y conservadores sólo discuten la cuantía y destino del presupuesto nacional, pero sin que se barajen opciones políticas ajenas al sistema.

Para subrayar más nítidamente la uniformidad ideológica del pueblo americano y de sus partidos, tanto republicanos como demócratas cuentan en sus filas con liberales y conservadores. Hay liberales (Rockefeller) entre los republicanos, y conservadores (Wallace) entre los demócratas. Si el obrerismo y los niveles medios de menor poder adquisitivo se inclinan hacia los demócratas, no se debe a conciencia de clase alguna, sino al hecho constatable de que entre los demócratas abundan más elementos liberales que entre los republicanos, y, por ende, durante los mandatos demócratas, una mayor tajada del gasto público suele beneficiar a los menos poderosos.

Esta ausencia de opciones políticas dispares refleja exactamente la naturaleza socialmente uniforme del pueblo norteamericano. Los niveles sociales medios agrupan a un porcentaje enorme de la población. No puede subsistir un partido que represente exclusivamente los intereses de la clase rica o de los muy pobres, puesto que sería barrido en cualquier consulta electoral. A pesar de que los «big-business» parecen entenderse mejor con los republicanos que con los demócratas, los republicanos se cuidan mucho de llevar al poder a hombres (Ike Eisenhower) que apelen a esa vasta y poderosa clase media. Por otra parte, no hay posiciones maximalistas que impidan el funcionamiento de un congreso en que la mayoría pertenezca a un partido mientras el poder ejecutivo esté afiliado al contrario. Siempre hay terreno para el compromiso cuando lo que se discute suele ser accesorio. En los «principios» tirios y troyanos están de acuerdo.

¿Por qué las ideologías no han penetrado la epidermis norteamericana? No hay mentira más grosera que la de calificar de fascistas a los conservadores norteamericanos o de marxistas a sus liberales. Fascismo y comunismo son dos ideologías totalmente extrañas a ese universo. Y si han fracasado todas esas tentativas de reclutamiento se debe a la muy obvia y evidente razón de que el capitalismo, en esas tierras, ha funcionado con eficacia. Comunismo y fascismo son correctivos del capitalismo. Sistemas de recambio para sustituir al caduco y fracasado capitalismo. Sólo que en Estados Unidos, el capitalismo no sólo no fracasó, sino que se transformó en un engranaje dialéctico mucho más complejo y eficaz que lo que Marx pudo prever. Un proteico sistema que ha llevado a ese país a unas cotas de prosperidad no conocidas en la historia escrita del hombre. Esa prosperidad ha ido creciendo y el sistema ha logrado superar las crisis periódicas que se le han enfrentado. ¿Por qué echar mano de otra fórmula si la vigente ha producido unos espléndidos resultados? Los norteamericanos creen en su sistema económico y en su ordenamiento político. Mientras una crisis incontrolable no sacuda los cimientos del sistema, la democracia norteamericana seguirá siendo una simple lucha por la mayoría aritmética. Tal vez eso parezca un juego fútil a los politizados ojos de Europa o Latinoamérica, pero nadie puede negar que ha dado unos frutos positivos. No necesita Estados Unidos estadistas como De Gaulle o Churchill. Les bastan Eisenhower, Truman o Ford. La estructura monolítica resiste sin riesgos el peso de la mediocridad. El hombre más poderoso del planeta —el presidente yanqui— es prisionero de un sistema liberal capitalista que no le deja espacio para aventuras ideológicas extrañas a la idiosincrasia nacional. Se lo impediría la matemática electoral. Dos partido(s) dos igual a cero. Mejor. No se juega el país el tipo con cada elección. No hay los sobresaltos de Francia o Italia, en los que en cada consulta electoral entra en liza, junto a la nómina de los mandamases, la organización social del país, el signo de su prosperidad y hasta la tranquilidad nacional.

El mero hecho de que en las elecciones no se discutan los fundamentos del sistema contribuye a reforzarlo. El pánico de los medios financieros chilenos y extranjeros ante la elección de Allende no se produce ante la elección del candidato más liberal del espectro político norteamericano. Todo cambia para que siga igual.

La universidad yanqui

Son cerca de tres mil. Desde pequeños «colleges» con trescientos estudiantes hasta mastodontes como las universidades de los estados de New York, California o Puerto Rico. El presupuesto de cualquiera de estas instituciones es mayor que el de algunos países centroamericanos. A los efectos de este libro —que no es un vademécum yanqui— basta señalar tres aspectos interesantes. Primero, la universidad yanqui no gira en torno al salón de clase, sino a la biblioteca; segundo, no se premia la memoria del estudiante sino su creatividad y la pulcritud del método empleado en sus investigaciones; y tercero —y más importante— la institución está conectada con el entorno social. El objetivo de estos centros no es pulir las facultades de la élite dominante, sino suministrar personal adecuado a la maquinaria social. Es casi asombroso cómo operan la oferta y la demanda en las preferencias estudiantiles. En los años cincuenta se abarrotaron las facultades de Ciencia en los sesenta las Humanidades cobraron un fulgurante prestigio, mientras hoy, en los setenta, la tendencia apunta de nuevo hacia las carreras de corte científico. En un país sujeto hasta grados increíbles a las oscilaciones del mercado, es congruente que la «bolsa» cultural acuse los vaivenes de la economía. Podrá parecer poco poético, pero es sin duda sabio y práctico. Especialmente para nosotros, los hispanoparlantes, testigos de una fauna universitaria tantas veces inútil.

La universidad yanqui no suele ser elitista por estos tiempos. Para acceder a las mejores, habrá que exhibir un buen expediente, pero eso les permite mantener calidad no sólo en ciencias, sino en el saber humanístico más extraño a la realidad cultural yanqui. Es casi vergonzoso reconocer que para estudiar literatura española medieval el mejor centro no está en Madrid, Barcelona o Valencia, sino en Wisconsin, y que si se pretende dominar el teatro del Siglo de Oro habrá que acudir a North Carolina. Texas, con ventaja, se especializa en Literatura Hispanoamericana y es en Pittsburgh y no en La Habana donde es posible estudiar a fondo la historia contemporánea de Cuba. En cada disciplina uno o varios centros tratan de alcanzar un nivel de excelencia.

Opera a favor de este clima de aprendizaje e investigación la circunstancia de que los estudiantes no utilizan el medio universitario para exteriorizar sus críticas al sistema. Sólo durante la impopular guerra del Vietnam una docena de las grandes universidades del país conoció un clima de protestas políticas. Pero esto se acabó con la guerra. Los «campus» han vuelto a ser unos plácidos oasis culturales en medio de la barahúnda norteamericana. De Harvard, Berkeley, Yale, Fletcher, Chicago, Rice y otros centros vitales continúa fluyendo la *intelligentzia* hacia las posiciones claves del país. Me parece que esta adecuación entre la *intelligentzia* y la sociedad le ha ahorrado no pocos tropiezos a la nación norteamericana. Tal vez en donde mejor se ha visto esa compenetración entre diversos sectores del país ha sido en los programas espaciales, en los que la N.A.S.A. pudo integrar en una empresa común a millares de técnicos provenientes de las fuerzas armadas, las universidades y la empresa. En otros países mucho más rígidos esas actividades han sido confiadas a un solo estamento de la nación, los militares, probablemente porque se trata de sociedades fragmentadas en compartimentos estancos que sólo disfrutaban de una mínima fluidez entre ellos. La sociedad norteamericana, embarcada en un sistema al que casi nadie reta en su esencia, coordinados los factores que lo integran en una misma dirección, posee una sólida ventaja sobre la mayor parte de los pueblos del planeta, secularmente enfrascados en una lucha que no es sólo de clase, sino de profesiones y de ideología. Ni siquiera los militares yanquis son cosa distinta. Veámoslo ahora.

El mito del Pentágono

El «coco» más frecuente de las monsergas antinorteamericanas es el de los «monjes guerreristas». Lo que Juan Bosch, regular cuentista y peor político dominicano ha llamado el «pentagonismo». El propio presidente Eisenhower dio pie a la leyenda con su poco afortunada frase a propósito del «complejo-militar-industrial». La verdad constatable es que los militares gringos pesan muy poco en la vida política del país. Cuando alguno, como Douglas Macarthur, pretendió ignorar la jefatura civil —caso insólito en la historia contemporánea americana— acabó súbita y violentamente retirado. Los militares —insisto— apenas cuentan fuera del perímetro de sus actividades. No hay militares que figuren en los partidos políticos en virtud de su profesión. No hay militares en el Congreso. Apenas los hay en el ejecutivo. Deliran los que esperan golpes militares en Estados Unidos. Eso es una fantasía producto de la extrapolación de nuestra propia realidad. Un general norteamericano no tiene más peso específico que un médico o un vendedor de seguros. La única diferencia ostensible entre los tres radica en que el general es el que menos dinero gana.

No quiero decir que se les ignora. A los militares se les escucha, pero sólo en la esfera de las decisiones que les atañen. Es razonable que debatan con el Presidente las opciones militares —Bahía de Cochinos, Crisis de Octubre, Vietnam—, pero sin duda alguna no tendrán noticia de las designaciones de los «secretaries» ministros, magistrados o candidatos a los cargos electivos. En un país de especializaciones estos señores asumen la suya con la máxima discreción.

En los últimos años ha sido evidente la subordinación total de los militares al poder legislativo y al ejecutivo. En larguísimas encuestas senatoriales los militares han debido dar cuenta de sus acciones, justificar los presupuestos de defensa y explicar los fracasos experimentados. Algunos generales —incluyendo al legendario Westmoreland— ni siquiera han logrado integrarse a la vida política del país, puesto que el electorado les ha rechazado. Estados Unidos es una nación profunda y decididamente civilista y bajo el control total de los partidos políticos.

No obstante, Ike —evidentemente *I don't like Ike*— Eisenhower señaló el peligro de cierto complejo militar industrial. ¿A qué se refería? El viejo e inepto general pensaba que las presiones de la industria armamentista y el Pentágono podrían acabar orientando la política del país. Esto reforzó una elemental falsedad repetida como artículo de fe por las tribus antiyanquis: la que mantiene que la *guerra* era una estratagema de la industria militar para enriquecerse y de la economía capitalista para permanecer a flote en sus etapas más críticas. En primer término, la famosa «industria militar» es parte subsidiaria de la gran industria del país. Son filiales de la General Motor, la General Electric, la General Dynamic, por mencionar sólo tres de un catálogo de varios centenares que lo mismo fabrican aviones para la aviación civil que para la militar, carros de guerra que automóviles de turismo. Los contratos del Pentágono, jugosos en épocas de guerra, probablemente refuercen la economía de ciertas filiales, pero nadie tiene duda —y mucho menos los economistas al servicio de estos colosos— de que la guerra, vista con una perspectiva panorámica, es perjudicial para la economía, y por lo tanto para los propios colosos. Con toda claridad el mundo pudo ver cómo la sangrienta aventura de Indochina provocó una crisis inflacionista en la economía norteamericana que culminó con la devaluación del dólar. Es ahora, en medio de un tenso clima de paz, cuando la economía norteamericana comienza a recuperarse, y si bien las filiales de la industria bélica obtienen menos contratos, el grueso de la industria civil mejora ostensiblemente. Es una malvada falsedad afirmar que la guerra es el negocio del capitalismo. ¿De qué guerra, pues, se han servido Suiza, Suecia, Alemania o Japón, para ver incrementadas en los últimos años sus economías capitalistas? No hay razonamiento más pedestre que el que postula que detrás de cada acontecimiento histórico casi exclusivamente se esconden factores

económicos. Entre las consecuencias lamentables del marxismo tal vez ninguna sea más patética que la esterilización de ciertos cerebros para el análisis. ¿Puede sostenerse en serio que en Indochina los norteamericanos defendían un mercado? El costo de quince días de guerra triplicaba las hipotéticas ventajas de una década de explotación. ¿Qué persona sensata puede creer en la coartada del «espacio vital» que Hitler mantuvo para desatar la II Guerra Mundial? ¿O qué fríos designios económicos han embarcado a quince mil cubanos rumbo a Angola? ¿O es que esos secretos factores económicos sólo operan en la historia capitalista? Vietnam, por supuesto, no es el mejor ejemplo de una guerra originada por rapiña económica. Es obvio que fue una estupidez. No hay duda que la participación norteamericana llegó hasta el genocidio, pero me parece una estúpida simplificación atribuirlo a un complot entre el Pentágono, Wall Street y la gran industria. Semejante explicación sólo puede contentar a la cáfila menos imaginativa.

El temible Pentágono, en fin, es una colosal y complejísima estructura que administra con más o menos eficacia los asuntos de la guerra, pero ni remotamente controla a la nación. Es significativo que los «secretarios» de Defensa sean civiles. Más aún, es saludable que una parte sustancial del adiestramiento académico de los militares les sea impartido en las propias universidades. No es extraño que la estrategia militar se debata públicamente entre universitarios, y no en la soledad de los cuarteles. Kissinger, que ha sido la figura más significativa para el aparato militar, era un profesor de Harvard especialista en temas de estrategia político-militar. El ex secretario de Defensa, Melvin Laird, civil, obtuvo su empleo como teórico de las opciones de la guerra nuclear controlada. La CIA, bestia negra de la que hablaremos a continuación, ha estado casi siempre en manos civiles. Y es que esa radical distancia entre «civiles» y «militares» no es patente en Estados Unidos. Las propias características de una sociedad abierta, la universidad que forma oficiales adscritos a los programas de la R.O.T.C., la conciencia de servicio público que tienen los militares, y el resto de los empleados del estado, han acortado la brecha entre «civiles» y «militares». Ni siquiera estoy seguro que pueda hablarse de mentalidad «castrense» al pensar en el estereotipo del militar norteamericano. Fundamentalmente es un ciudadano que realiza un trabajo peculiar. Ni más ni menos. El estereotipo del militar «latino» no encaja en su correligionario yanqui. Ese hombre rígido, autoritario, patriota y conservador no tiene nada que ver con el militar estadounidense. No hay distancia apreciable entre la mentalidad social de un coronel y un jefe de carteros. Es el mismo hombrecillo. Esa misteriosa fuerza centrípeta que opera en una de las más homogéneas estructuras sociales del planeta, está presente en la ausencia de una supuesta mentalidad castrense. Esto, por supuesto, contribuye a la fortaleza del sistema. No duermen los norteamericanos con la familiar preocupación latina de levantarse con un gobierno de paz cuartelera. No es posible fuera de la imaginación desbocada. Pero ¿y la CIA? Examinémosla.

Palos porque CIA y palos porque no CIA

A cada CIA le llega su Watergate más o menos como a cada puerco le llega su San Martín. La poderosa «Agencia» está ahora bajo la lupa judicial norteamericana y no me sorprendería que un buen número de funcionarios acabara tras la reja. Ese es el riesgo de jugar tanto tiempo a los policías y ladrones. Al cabo, los papeles se confunden y no se sabe quién es el de la chapa y quién es el del antifaz. Especialmente en Estados Unidos. Estados Unidos es un país saduceo, y es afortunado que así sea.

Quizás la mayor injusticia del Nuevo Testamento radica en la severidad con que se juega a saduceos y fariseos, fanáticos, a fin de cuentas, del estricto cumplimiento de la ley. Pero ahora estamos hablando de la CIA. Y es muy importante que en España y Latinoamérica hablemos de la CIA, porque nuestras tierras eran escenario favorito de James Bond, y desde Watergate lo serán menos.

Los padres de la criatura

En 1947 se funda la CIA. Este dato hay que tenerlo en cuenta. Antes de esa fecha Estados Unidos había intervenido militarmente en cinco países del Caribe (Cuba, Panamá, República Dominicana, Haití, Nicaragua), y en México, primero mutilando una buena parte de su territorio, y luego en la «expedición punitiva» contra Pancho Villa. Es, pues, evidente que el engendro de Allan Dulles no inventó el intervencionismo yanqui. En última instancia lo que hizo fue modificarlo, hacerlo más sutil y evitar que las tropas regulares norteamericanas participaran en los conflictos. Cuando algún acontecimiento escapó a la manipulación de la CIA en el área del Caribe, el ejército de los Estados Unidos volvió a intervenir (Santo Domingo, 1966).

Sin embargo, la CIA no era exactamente el brazo secular del imperialismo norteamericano. Este razonamiento es demasiado elemental y maniqueo para ser cierto. La CIA fue el natural resultado de un esquema político surgido como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos salvó a Europa de los horrores del nazi-fascismo, y en la operación de salvamento le dio oxígeno a la Unión Soviética, desde entonces su obstinada enemiga en un mundo fragmentado en dos bandos irreconciliables. De nada vale argumentar contra la lógica validez del esquema Washington vs. Moscú, comunismo vs. anticomunismo. Probablemente era erróneo (como todos los esquemas), pero hasta hace muy pocos años, fue el dogma desde el cual los predicadores montaban sus tribunas. Cada país del «bloque occidental» se concebía como un soldado de la «civilización cristiana» a las órdenes de la «cabeza del mundo libre»; y cada país del «bloque oriental» más o menos lo mismo, pero del equipo opuesto. En este contexto surgió la CIA. Al principio era una organización de espionaje, pero al poco tiempo se convirtió en agente catalizador de los intereses del «mundo libre», por supuesto, tal y como Washington entendía que eran esos intereses. No se trataba, como piensan los marxistas con su habitual simplicidad, de intereses estrictamente económicos, porque, en rigor, las grandes aventuras de la CIA han tenido lugar en zonas de escasa importancia económica o de debilísimos vínculos comerciales: Guatemala, el Congo, China, Vietnam, Indonesia, Irán o Cuba. Las pérdidas que las compañías multinacionales tuvieron en este último país fueron del orden de unos mil millones de dólares, dinero que recuperaron sin dificultades a través de unas medidas temporales de exención tributaria dictadas por Kennedy. La manipulación de los hechos en Irán data de 1953, fecha en que no se podía prever la importancia económica futura de los persas. Ninguna persona inteligente puede pensar que solamente la defensa de la Coca-Cola —por servirme yo también de la caricatura— es responsable de la estúpida y sangrienta intervención en Vietnam. Hay otro factor mucho más importante: el *protagonismo norteamericano*. Insisto: en 1945, después de la rendición de Japón y Alemania, Estados Unidos asumió muy en serio el rol de cabeza-del-mundo-libre. Esta coronación tuvo sus consecuencias benéficas, por ejemplo, el Plan Marshall y la democratización de Alemania y Japón; y sus secuelas trágicas, por ejemplo, Corea, Vietnam y la CIA. Si los países de medio mundo aceptaban estar engarzados en una pelea a muerte con los comunistas, y aceptaban el liderazgo material y espiritual de Estados Unidos, me parece una tremenda deshonestidad poner los ojos en blanco y tirarse de los pelos frente a las actividades de la CIA. A la CIA había que rechazarla renunciando al esquema completo de la guerra fría, como hizo Suecia, pero nunca aislándola de los supuestos que la habían parido. Existía la CIA porque la cabeza-del-mundo-libre necesitaba una porra-del-mundo-libre para sus rondas nocturnas y ya se sabe que las porras son para usarse.

Tiembla el suelo ideológico

En 1959, con Cuba, comenzó a romperse el esquema de los dos bandos en pugna. El satélite antillano —perdóneseme el lenguaje: los idiomas políticos suelen durar más de la cuenta— traicionó la geografía del conflicto y malogró uno de sus axiomas favoritos.

El que se conoce por «teoría del dominó»: un país que caiga bajo la dictadura comunista arrastrará a los otros de la zona. Cuba cayó y no pasó nada. Envió y le enviaron saboteadores. Recibió y remitió guerrillas. Al cabo, agotados, Washington y La Habana viven una fase francamente prenupcial momentáneamente empañada por la intervención cubana en Angola. El axioma era falso. A noventa millas de Estados Unidos hay una dictadura comunista y no pasa nada (en Estados Unidos, claro, porque en Cuba es otro cantar), En el Congo ex francés hay otra y tampoco pasa nada. Es decir, ni el policía puede realizar su trabajo, ni era tan importante que lo realizara. Espronceda, que tenía muy poca imaginación, y que se repetía mucho, hubiera insistido en «que haya un cadáver más, qué importa al mundo».

La desaparición del axioma recortará las actividades de la CIA hasta los límites de las nuevas hipótesis. Con toda probabilidad el perímetro del «mundo-libre-que-hay-que-defender» quedará fijado por el nivel de desarrollo. Estados Unidos —parece— sólo aceptará capitanear al equipo del primer mundo, y cuidándose bien de que el patrullaje interior de esos países vaya por cuenta de sus indígenas y no de los norteamericanos.

El vacío de la CIA

Aunque la CIA no es, precisamente, una ausencia lamentable, su retiro obligará a los gobiernos latinoamericanos y a España, a tener, en primer término, una política exterior. Por fin —ya era hora— se acabó el «que dirijan ellos» y hasta el «que espíen ellos». Esta política deberá ser coordinada y en procura de ciertos objetivos nítidamente definidos. La CIA no se limitaba al patrullaje anticomunista. Cuando podía, apoyaba los esfuerzos liberales contra las dictaduras militares. Recuérdese el *Congreso por la libertad de la cultura*, cuyo más decidido defensor, fue, por cierto, Raúl Roa actual Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Recuérdense las revistas *Cuadernos americanos* y *Nuevo Mundo*, esta última justa e inteligente caja de resonancia del «boom latinoamericano», bajo la docta batuta de Emir Rodríguez Monegal; recuérdese el C.I.D.E.S dominicano y el *Instituto de Educación Política* de Costa Rica.

Recuérdese el apoyo de la CIA al español «Congreso de Múnich» y las aportaciones económicas a grupos antifranquistas. Es bien conocido el hecho de que los cuadros de la CIA han sido reclutados en las universidades liberales del país, y en consecuencia la CIA no sólo contra, sino también «pro». Esta actitud no era una cortina de humo, sino la lógica política de un organismo que se consideraba el escudo y la espada de una nación liberal y democrática, cuyo sistema era sin duda paradigmático. Cuando se entre a fondo en la historia desdichada de la «Agencia» —y se entrará, afortunadamente, durante la presente encuesta— se verá que estos espías eran infinitamente más progresistas y liberales que sus primos del Departamento de Estado (otros que bien bailan).

¿Qué van a hacer los países democráticos del hemisferio americano? Alguien tendrá que «eliminar» a los trujillos o apoyar a los juan bosch (cuando Juan Bosch era Juan Bosch, claro). De lo contrario, las dictaduras de derecha, hábil y vergonzosamente coordinadas, pueden enseñorearse en el Continente.

¿Qué van a hacer Venezuela, Colombia, Costa Rica y México? No se trata de propugnar un neointervencionismo criollo, sino de alentar, internacionalmente, a los grupos afines. En Europa, los partidos socialdemócratas y los democristianos coordinan sus actividades y se ayudan. El reprochable error de la CIA consiste en convertir en turbio y oscuro lo que puede y debe ser transparente. Hubiera sido legítimo, razonable y correcto que el Partido Demócrata americano subvencionara a los democristianos del chileno Frei, o los republicanos a los conservadores del señor Alessandri, más o menos como el PC de Moscú subvencionaba a los comunistas y socialistas de ese país.

Pero la pasión norteamericana por el espionaje barato y el indudable error de mezclar a

la CIA en un asunto que escapaba a su incumbencia, condujo al melodrama de un agente anónimo entregando misteriosos sobres en cafés de Santiago de Chile.

Ya son cuatro las internacionales que funcionan en Europa: la comunista, la socialista, la democristiana y la liberal. Esto es consecuente con el parlamento europeo y la estrategia política continental. En América no debía ocurrir de otra forma, y son los partidos los canales idóneos para esta clase de solidaridad. No los servicios de espionaje ni la Policía, sino colectividades políticas. Yo he visto en la sede del Partido Socialista Portugués de Mario Soares a laboristas ingleses y a socialdemócratas alemanes brindando su experiencia a la balbuciente organización. Si los demócratas progresistas de América Latina quieren permanecer en el poder, tendrán que revivir el internacionalismo mohoso de la izquierda democrática. Amintore Fanfani ha dicho que «si no existiera la CIA habría que inventarla»; el político italiano, con tanta crudeza como sentido común se refiere a los peligros reales que amenazan el sistema en el que él cree. Como en Latinoamérica el gorilismo es un hecho real, en Europa lo es la KGB y la subordinación de los enormes partidos comunistas francés e italiano a los dictados de Moscú, pese al giro estratégico de la línea Berlinguer, los P. C. son una especie de «CIA a la soviética» difícilmente ignorables. Es probable que la temperatura de la guerra fría haya descendido, pero no es menos cierto que fascistas y comunistas intentan desmantelar a las democracias burguesas. A mí me parece estupendo que se larguen estos señores con sus micrófonos y sus billeteras corruptoras, pero como ha demostrado la biología, la función crea el órgano. Lo que ahora desaparece es el órgano; algunas de las funciones, desgraciadamente, siguen vigentes.

Proletariados del mundo, uníos (a los patronos)

En Estados Unidos el Partido Comunista tiene menos adeptos que el hambre. Especialmente desde que una corte de justicia exigió que se dieran de baja los agentes del FBI secretamente inscritos. Se quedaron Angela Davis y dos o tres más. Ningún líder obrero, claro, porque el anticomunismo en Estados Unidos es esencialmente proletario, George Meany, el Presidente de la AFL-CIO, la mayor confederación obrera del país, es el más constante y agudo anticomunista. El Daily Telegraph de Londres, en su edición del 14 de agosto de 1975, publicó un magnífico artículo del líder obrero explicando las razones de su repudio a la «détente». Nada de irse por las ramas: Meany es anticomunista porque no existe un sistema peor para el obrero que la «dictadura del proletariado». Esto lo entienden —además del americano de marras— los dos millones de obreros yugoslavos que trabajan en Suiza y Alemania. Alguna razón habrá para que entre los centenares de miles de obreros españoles que emigran en busca de trabajo ninguno lo haga en dirección de los paraísos del proletariado.

Pero Meany, además de ser anticomunista, se opone a la «détente». No es verdad, supone, que sea la única opción frente a la guerra. Los lazos comerciales y diplomáticos son incapaces de atar un conflicto bélico. Y recuerda entonces que en 1939 el socio comercial más importante de Inglaterra era Alemania. El verdadero freno a la agresión soviética —el único— es un arsenal bien provisto y el dedo en el gatillo. La «détente» —piensa el dirigente obrero— sólo servirá para estimular el apetito imperialista de Moscú, con el agravante de que a cambio de un confuso apretón de manos Estados Unidos cederá tecnología, comida y recursos que en última instancia sólo servirán para fortalecer la maquinaria militar soviética, más libre entonces de engullirse el presupuesto.

La opinión de Meany, sin duda llena del «common sense» americano, contradice el criterio de Milovan Djilas. El autor de *La Nueva Clase* cree que la *détente* puede ser la tumba del comunismo, puesto que sus supersticiones serán barridas por la ráfaga de libertad que trae consigo el acercamiento ruso-americano. Para que el yugoslavo tenga razón, por supuesto, los soviéticos deberán abrir una rendija. Tendría que entrar esa ráfaga. Falta por verse si esto ocurre. Los primeros síntomas son negativos. La Unión

Soviética continúa negando el visado a los periodistas occidentales e impidiendo la libre circulación de hombres e ideas. Aquella insensible pregunta que Lenin hiciera en 1920, continúa brutalmente vigente en la lógica del Partido: «¿Libertad para qué?»

Los comunistas europeos suelen quedarse perplejos ante el anticomunismo militante de los sindicatos americanos. Existe la posibilidad —por ejemplo— que los negocios realizados entre amistosos capitalistas y sonrientes comisarios se vengán al suelo por la negativa de los sindicatos portuarios yanquis a cargar mercancía. El sindicalismo norteamericano no sigue programas dogmáticos, sino un irrebatible pragmatismo. Es bueno lo que para el obrero se traduce en más capacidad de consumo y menos esfuerzo físico y es malo lo que marcha en dirección contraria. Si la venta de trigo a la URSS eleva en Estados Unidos el precio de los alimentos, es negativa para el obrerismo. Y entonces se le combate. En rigor es bastante más fácil la tarea de un líder sindical americano que la de su colega soviético, enredado en la jergonza dialéctica de que es bueno para el obrero trabajar y producir más para consumir menos y hacer una patria poderosa.

Ese instinto eficaz y sencillo del sindicalismo americano se basa en dos premisas: en primer término la legitimidad del «profit» o ganancia como razón última de la iniciativa humana. No hay nada reprochable en trabajar para tener más, trátase del capital o del proletariado. Es perfectamente moral que el capital gane dividendos en sus inversiones. En segundo lugar, el sindicalismo yanqui no pretende derribar el sistema en que tan bien le ha ido, sino servirse de él, perfeccionarlo y obtener, a cambio de su trabajo, el «profit» proletario: mayor capacidad adquisitiva y menos esfuerzo físico, mientras en otra dirección, impulsa una legislación fiscal que revierte en la masa obrera una parte sustancial del «profit» del capital mediante vastos programas de redención social. No son, además, rígidas las categorías «capital» y «trabajo». El accionariado de las grandes corporaciones está lleno de obreros, y es muy vidriosa la «clase» a que pertenece un ejecutivo asalariado de una empresa multinacional. No ha caído el obrerismo americano en la teología bizantina de la lucha de clases.

Quizás sea esta actitud del proletariado yanqui la que ha hecho grande a la nación. A la gallina de los huevos de oro se le engorda y se le aceitan los ovarios, no se le mata. No parece existir otra fórmula más eficaz para que un electricista de la ciudad de Nueva York gane 13,50 dólares USA (900 pesetas) por hora, tenga un hijo estudiando en la universidad y se desplace en un enorme coche hasta sus vacaciones floridanas. Esta imagen podrá parecer groseramente materialista, pero está muy cerca del paraíso con que sueñan los obreros polacos. Es muy fácil invocar los valores del espíritu desde un buró del comité local del Partido Comunista. Pero ese cuento no se lo tragan los obreros yanquis.

El sistema se purga

En España y Latinoamérica seguimos los detalles truculentos del Watergate un poco con la expectación de los novelones televisados. Y con cierta incredulidad, confesémoslo. Porque, acostumbrados a la pillería política, al soborno, al espionaje y al abuso de poder, nos parecía increíble que al hombre más poderoso del mundo lo pusieran a las puertas de la cárcel por acciones de este corte. ¿Cómo convencer al izquierdista paranoico —ése que ve CIA y FBI hasta en la sopa— de que esos organismos tiemblan cuando un Sirica cualquiera da cuatro incontenibles malletazos? ¿Qué habrá pensado el simplón que suponía que el Congreso yanqui era una sucursal de la Mafia al descubrir que alberga la mayor concentración de puritanos por centímetro cuadrado que existe en el mundo? ¿O aquel otro alucinado, empeñado en definir a la prensa como una institución al servicio de los grandes intereses? Los gringos, que muchas veces dan malos ejemplos, han dado esta vez uno estupendo. Y hay que copiarlos en esto como en lo de la Coca-Cola o el chicle.

Quizás el secreto de la estabilidad sajona radique en la confianza de ingleses y yanquis

en el *sistema*. Realmente *creen* en sus leyes, en sus parlamentos, en sus jueces, en sus gobernantes y en el derecho que les asiste. Al sur del Río Grande —herencia española— nadie cree en nada. Hay como un fatalismo que consiste en dar por sentado que las leyes servirán para enriquecer a unos pocos (“el que hace la ley hace la trampa”); que los jueces se venderán al poderoso («la sogá siempre se rompe por lo más débil»); que el gobernante de turno es un truhán de siete suelas («el que manda tiene tranca»).

Decía Américo Castro que el origen de esta actitud cínica y pesimista había que buscarlo en la historia del ser hispánico, criatura que surge de la difícil convivencia entre moros, cristianos y judíos, y del largo sometimiento que unos y otros a manos del contrario padecieron durante el medioevo, época en que se forja la nacionalidad española. El «sistema» era siempre una arbitraria camisa de fuerza. Agréguesele a esto la suspicacia criolla frente a la torcida jefatura colonial española y se tendrá al bicho escéptico y negativo que pasta en nuestras tierras. Pero sea cual fuere el origen del fenómeno, sus consecuencias están ahí, rabiosamente vivas y coleantes. Primero estamos dispuestos a creer en los «ovnis» que en la honestidad de los gobernantes.

Y lo peor del caso es que casi siempre tenemos razón: frecuentemente los hombres del sistema están podridos. ¿Y cómo hacer variar esta centenaria actitud del *homo hispanicus*? Creo que la respuesta es obvia: con docenas de watergates. Con periódicos que denuncien airadamente; con jueces que metan en las cárceles a ministros, generales o magistrados; con gobernantes inflexibles ante la venalidad; con parlamentarios honestos hasta el ridículo; con funcionarios que no acepten sobornos. No hay otra forma honrada de solicitar la adhesión ciudadana al «sistema» que sometiéndose todos a las reglas del juego. El gobierno es una herramienta del estado y no viceversa. Del presidente de la nación al último cartero, toda la estructura de poder no es más que una cadena de servidores públicos sujetos al rigor inmediato de la ley. ¿Cómo no va a despreciar el «sistema» un joven honesto que sabe que en su país se va a la cárcel por robar una docena de camisas en una tienda y no por aceptar el soborno de un contratista desleal? ¿Por qué esperar civismo y escrupulosidad del pobre ciudadano que observa cómo impunemente el rico viola las leyes fiscales del país? Pero ¿es moralmente justo exigirle a ese rico el pago de sus deberes fiscales cuando no es claro el destino final de esos fondos? La más urgente revolución en el mundo hispánico es de factura moral. Habrá adhesión al sistema cuando la vocación política sea voluntad de servicio y no instrumento de poder o lucro; cuando no pagar impuestos sea un delito repugnante porque consista en robarle a la nación; cuando el ciudadano esté convencido de que la ley lo protege contra el delincuente —sea ladrón, obispo o policía— y de que las instituciones están por encima de todos los hombres. ¿Por qué entre 220 millones de norteamericanos sólo hay un puñado de comunistas o fascistas? ¿Por qué parecen tan conformes con su sistema? Muy sencillo: porque Watergate es posible. Porque en las cárceles de aquel país caben todos y no unos pocos. Nosotros que importamos todo de los gringos, debemos importar cuanto antes estos magníficos escándalos. Es urgente. Casi de vida o muerte.

Si el rey va en cueros

Hubo un tiempo en que Dios era una especie de agencia de empleos. Las jerarquías dependían de su divina voluntad. Los que mandaban —lamas, incas, faraones, reyes y otros bichos de agosto pelaje— estaban vinculados al Creador en cualquiera de sus omnipotentes versiones. Cuentan que el verdugo de Carlos I, antes de decapitar a su fugaz cliente, le hizo una súplica patética: «Alteza, explíqueme a Dios que yo sólo soy un instrumento de los que violan su voluntad; impida que se confunda». Carlos, benevolente, accedió a llevar el recado.

Si la anécdota es falsa o inexacta poco importa. A fin de cuentas subraya el carácter divino de las jerarquías y el terror que tal origen inspira en los subordinados. De

aquellos tiempos oscuros se conserva un mito deleznable: *la dignidad del cargo*. La democracia plebeya lejos de acabar con esa superstición concluyó por suscribirla. Al presidente no ha de llamársele bribón —aunque la fuere por razón de su cargo. Al magistrado venal o al catedrático idiota se le tratará con guantes de seda. El curul, el trono, la cátedra y demás regios asientos comunican a sus ocupantes —por vías poco elegantes, es cierto— una misteriosa carga de decoro. El «cargo», que por una punta obliga a los subalternos, por la otra subyuga al ocupante, conminándolo a cierta gravedad, condenándolo a adoptar actitudes, posturas y gestos acordes con la función que se desempeña.

Es una lástima que los estudiosos del «body language» no se hayan dedicado a clasificar el repertorio de ademanes de los jefes y su evidente condición atávica. Va in crescendo de acuerdo con el escalón que se ocupe: desde el más simple funcionario atado por el cuello con la implacable corbata, hasta el Mikado japonés, dios viviente y en perpetua actitud hierática, porque de su inmovilidad dependía la estabilidad del universo.

Pero vamos al grano antes que las reflexiones acaben por ocultar el propósito de estas consideraciones. Durante meses nos persiguió la anécdota de Watergate. Creo que de toda esa historieta lo más importante era precisamente la equívoca defensa que se hacía de Richard Nixon. Lo más efectivo que se alegó en su favor no era que fuera inocente, sino «que era el Presidente». El argumento fue el mismo que durante años se esgrimió en tierras hispanoamericanas para preservar el prestigio de nuestra robusta cáfila de «mandamases».

«Se ofende el honor del ejército» atacando a un general deshonesto. «Se degrada la presidencia» demostrando la corrupción del gobernante. Todo eso me parece tomar el rábano por las hojas. Los cargos no tienen dignidad, sino los hombres que los ocupan. Es necesario liquidar de una vez ese fetiche. La presidencia, el generalato, el obispado, el ministerio o la cátedra no se mancillan por que se demuestre y proclame la estupidez o la deshonestidad del presidente, el general, el obispo o el ministro. Ni se refuerzan esos mismos cargos con la sapiencia y la honradez de sus ocupantes. En el espíritu de la democracia está implícito precisamente el fin de toda relación mágica entre los hombres. Debe mandar Juan o Pedro en función de sus virtudes, y si Juan o Pedro son un fraude se les dice y se les sustituye.

Watergate ha sido lo mejor que pudo ocurrirle a Estados Unidos ante la creciente pérdida de fe en el sistema que se observaba entre los jóvenes. Renace la confianza en esa nación y en el vigor de sus instituciones cuando a los jefes de policía, ministros y generales les tiembla la voz ante la justicia. La ley es realmente pareja en ese gran país. Es falso que se debilite. Se fortalece. Crece la fe de sus ciudadanos en la prensa, en el poder judicial y en el cuerpo legislativo. Sabe el desertor de Vietnam que la cárcel no es sólo para las víctimas del «establishment», sino que el propio «establishment» después de ciertos límites, se purga implacablemente. Descubre el negro oprimido que la justicia no hay que ir a buscarla a barricadas delirantes, sino que existe, con todos sus defectos, en el seno de la nación. De mucho ha servido el escándalo de Watergate. Tras las incidencias del episodio ¿cómo puede nadie inteligente repetir, por ejemplo, que la nación está en manos de la CIA, el Pentágono o las corporaciones? ¿No se ha visto a la CIA, al FBI y a la Casa Blanca en el banquillo? ¿No se ha visto a la prensa-vendida-al-capitalismo hostigando a la espina dorsal del sistema (las corporaciones)? ¿Cómo puede nadie que se respete insistir en los clisés de todos los días?

Lo que salva a ese país, en última instancia, es la despiadada ferocidad de su autocritica. Hay lacras, es cierto, pero se ventilan en público, se exhiben y se corrigen. Hay iniquidades, por supuesto, pero no se ocultan, sino que se airean. Si eso es un síntoma de decadencia, bendito sea. Por lo pronto no creo que haya muchos países que resistan a pie firme el espectáculo de un poder ejecutivo aplastado por el peso de

sus pillerías. El episodio de Nixon no dañó la imagen de la presidencia, sino la del propio presidente, diferencia esencial que no perciben los que aún suponen un origen teológico a las estructuras de poder. Como en el cuento de Juan Manuel, si el Rey va en cueros hay que decírselo. Y mientras más pronto mejor.

III

REFLEXIONES SOBRE EL IMPERIALISMO Y EL DESARROLLO

Sociedad de consumo: mito y realidad

A principios de la década de los sesenta, el sociólogo norteamericano Vance Packard descifró con mano maestra lo que constituía la dialéctica del progreso en las avanzadas sociedades capitalistas. Básicamente, los libros de Vance Packard iban encaminados a demostrar que el hombre de ese «primer mundo» era un horno consumidor, es decir, una criatura condenada a trabajar para adquirir bienes de consumo, para los que la publicidad, diabólicamente, había «creado» una previa necesidad. Así, atrapado entre los manipuladores psicológicos al servicio de la publicidad, por una parte, y por la incesante aparición de «cosas» nuevas, nuestro pobre Sísifo empujaba la piedra del trabajo cuesta arriba sin la más remota esperanza de llegar a la cumbre, esto es, de hallar una satisfacción que justificara el esfuerzo. El hombre se veía sujeto por las cosas, prisionero de los artefactos, esclavo de unas labores que no se justificaban en la posesión de esas cosas, sino que más bien eran los dos hemisferios de un círculo estúpido. Al hombre incurso en ese pandemonio se le llamó «enajenado» o «alienado» y en su defensa tronaron los tambores de los profetas.

Aparecen los profetas

Desde California, el alemán Marcuse sacudió su melena leonina, puso un pie sobre los libros de Vance Packard, otro sobre los de Freud y un tercero sobre los de Marx. No es difícil buscarle los tres pies a Marcuse. De Vance Packard extrajo el diagnóstico sobre la sociedad; de Marx, quizás lo único que en alguna minúscula medida queda en pie del filósofo: su teoría sobre la enajenación en las sociedades capitalistas; y de Freud, lo que nadie toma en serio de su muy seria y respetable mitología: la hipótesis de que la cultura era el resultado de las inhibiciones a la libido. Según Marcuse, a estas alturas sí es posible una sociedad sin inhibiciones disparada hacia el progreso. Es decir, Marcuse se basa en Freud, aunque fuera para negarle.

Con un diagnóstico como el de Vance Packard y con un profeta al frente de la multitud, se organizó, al nivel mundial, el juicio contra la sociedad de consumo. Había que condenarla, y un gesto patibulario apareció en el rostro de mucha gente. Los hippies acusaban a la sociedad de consumo como si se tratara de Adolfo Hitler y no de un concepto abstracto. Los políticos —servidumbres del oficio— incorporaron a la jerga tribunicia el ataque a las sociedades opulentas, enfermas del horrible «consumerismo». El principal acusado era Estados Unidos.

La verdad monda y lironda

Todo esto es un laberinto del idioma. Nos hemos quedado perdidos entre un mar de palabras y no sabemos cómo salir de él. De ahí la angustia y el pesimismo: de las cárceles de palabras no hay cómo evadirse. No es cierto que el hombre de hoy sea un prisionero de las cosas. El hombre es sus cosas. Lo que ha sido a través de una evolución lentísima, remontada a millones de años, es lo que esas «cosas» que ha ido creando le han permitido ser.

Sobre el lomo de esa interdependencia ha rodado siempre la aventura humana. La imprenta de tipos móviles creó la necesidad de los libros, como la lavadora automática creó la necesidad de un medio mecánico de limpiar la ropa. Las necesidades básicas del hombre se cubren con alimento, descanso y sexo. Pero resulta que esas «necesidades básicas» no son diferentes a las del resto de los animales.

Precisamente lo que confiere al hombre esa distinción que le queremos otorgar son las necesidades secundarias que ha ido desarrollando. El desarrollo, el progreso, puede ser definido en términos de acumulación de necesidades secundarias. Llámelas el lector «enajenantes» si así lo quiere, pero recuerde que tan «enajenado» vive Sartre, dedicado día tras día a meditar sobre la esencia del Ser, como Juan Pueblo trabajando para adquirir bienes de consumo. Al fin y a la postre, los dos dedican sus vidas a

actividades ajenas a la entraña misma de la criatura humana.

Hoy, cuando el ritmo de la vida ha ido abultando la complejidad de la cultura, cuando el hombre ha desarrollado una infinita cantidad de necesidades secundarias, surge el temor a la empresa en que andamos metidos, una falaz nostalgia por formas más sencillas, más incomplejas de vida. Toda esa gesticulación es inútil. Es falso que nuestra sociedad esté enferma por las razones que apuntara Vance Packard: jamás ha sido diferente, sólo que el progreso de nuestro minuto se nos echa encima a una tremenda velocidad y nos sobrecogemos de temo. El «homo consumidor» comenzó a surgir con el descubrimiento del fuego, las armas arrojadas o la invención de la rueda. No hay tal «enajenación» hoy, que no haya existido antes. Ser hombre es ser enajenado. Enajenado de alguna forma, prisionero de un sistema cualquiera de dogmas y fetiches. Mientras no se le encuentre el sentido a la existencia —lo que no ocurrirá— «vivir» será un fenómeno que siempre ocurrirá bajo la carpa de cualquier enajenación.

Todo el barroquismo literario que Marcuse y otros profetas menores han puesto en circulación es muy peligroso: conduce hacia un nihilismo obsesivo que embiste contra la sociedad sin ofrecer alternativas razonables. Conocemos sus fobias, pero están por inventarse sus filias. Si alguna vez se percataran de la vacuidad de toda esa escolástica nihilista, no hay duda de que la abandonarían. Ojalá ocurra antes de que el daño sea irreparable.

Este presupuesto es inevitable si nos proponemos debatir el tema de nuestro desarrollo dentro del marco de nuestras relaciones con Estados Unidos y otros países del llamado Primer Mundo. Saber el para qué del desarrollo, es tan importante como la vía de lograrlo o cómo explicarnos por qué no lo hemos logrado.

Lamentos y recriminaciones

Si de algo han servido las reuniones de la UNCTAD —que no de mucho más— ha sido para dar un terrorífico alarido ante la miseria de muchos y la opulencia de pocos. El foro plagado de demagogia, discursos apocalípticos, mea culpas. Recriminaciones y una que otra tontería, ha echado al ruedo el toro bravo del hambre y ha clamado por un capote que lo burle.

De la esquina subdesarrollada —gran esquina que engloba a tres cuartos de los bípedos que mal pastan por estos mundos de Dios— surgió la voz chillona del fiscal. Tal parece que de nuestra hambre, de nuestros analfabetos, de nuestros niños cochambrosos y llenos de parásitos, tienen la culpa los países desarrollados o las compañías explotadoras internacionales. O los organismos que prestan con usura y venden caro y compran poco. Tal parece que los países ricos lo son a nuestra costa. Y no. Eso no es cierto. Eso es radicalmente falso. Somos nosotros —primordialmente nosotros— con varios siglos de estructuras torcidas, los responsables de nuestra desgracia.

¿Por qué Japón, descarnado hasta los huesos por las bombas de la II Guerra Mundial humeante y radioactiva, muerto de hambre y sin industria o campo sanos, debe sonrojarse por su pujante prosperidad? ¿Qué delito encierra la laboriosidad inagotable de ese pueblo o el hábil manejo de la producción-investigación-consumo? El mismo sayo pueden vestirlo Alemania o Italia. ¿De qué colonialismo puede acusarse a Suiza? ¿O a Suecia? ¿Y USA? ¿Cuándo comprenderemos al sur del Río Grande que los «fabulosos» negocios que con Hispanoamérica realizan los Estados Unidos constituyen una fracción del 1 por 100 de su Producto Nacional Bruto? Y que si ese país ordena en Europa —donde no son mancos— más de lo que obedece, se debe a que su gigantesco mercado interno, donde hasta los niños son «consumidores» absorbe el 90 por 100 de la producción.

¿Por qué imputar a Inglaterra el milenarismo horror de la India, sus castas, sus marajás y la inmunidad de sus vacas? ¿Por qué nos duele decir que no hemos sabido imponer

unas normas fiscales que redistribuyan la renta nacional? ¿Por qué no avergonzarnos de que nuestras universidades no investiguen, nuestros talentos no inventen o nuestros industriales no innoven? Países nuestros hay en que los gobernantes saquean la hacienda. Y donde político es sinónimo de tramposo. Y donde al latifundio improductivo sucede la reforma agraria demagógica y acientífica. Parcelas hay de nuestra tierra hispanohablante en que los mejores proyectos se hundan lentamente en la arena movediza de la burocracia. O en que manda el ignaro que tiene un primo ministro. Países en los que el talento es un delito peligroso. ¿Quién no cree en las malas mañas de algunas compañías internacionales, o en los negocios en que cada cual busca su provecho? Si Brasil pudiera cuadruplicar el precio de su café, Chile el de su cobre o Bolivia el de su estaño, ¿quién duda que apretarían —con razón— los bolsillos a sus vecinos? Cuba, por ejemplo, engordaba en época de guerra. Los Aliados —sus aliados— le pagaban más por el azúcar.

No pongamos gestos de monja boba frente a hechos y actitudes que pertenecen al repertorio de todos cuando se dan las circunstancias propicias. Las grandes potencias económicas no son más insolidarias que nosotros. Hay que poner en orden la casa, tapar grietas y reformar los pilares antes de insistir en los plañidos de siempre. Nuestra hambre, nuestros analfabetos, nuestros desocupados, nuestros hijos desnudos, nuestros ancianos menesterosos son parte de otra exclusiva y vergonzosa propiedad: nuestros errores.

Podemos acusar a las grandes potencias de no ser generosas —que no la son en la medida que debieran—. Pero acusémonos nosotros de no haber creado efectivos mercados comunes. Acusémonos de no abrir brecha marítima a las naciones yuguladas. Acusémonos de no haber levantado un dedo para aliviar los horrores de Haití. Acusémonos de no coordinar la investigación y la enseñanza. Acusémonos de nacionalismos enfermizos y de parroquiales rebatiñas. Ya que por ahora no nos es dable ser ricos de cuerpo, seámoslo de espíritu.

Sí, luchamos por el desarrollo y el progreso, pero ¿qué es eso del progreso y el desarrollo? No es bizantina la pregunta. No lo es. A estas alturas anda uno fatigado de tanta lectura y discusión estéril. Desarrollo puede ser la actividad de complejidad creciente que permite la incorporación de los hombres al progreso. Progreso no es otra cosa que el descubrimiento y utilización de nuevas fórmulas de manipular la materia (o las ideas) en procura de una más placentera estancia en el planeta. Salgámonos de las definiciones antes que todo se convierta en un inútil parloteo. El núcleo de la cuestión consiste en que no basta con ingerir las suficientes proteínas, cubrirnos con la fibra adecuada, tener techo, escuelas u hospitales, metas, por demás, no cumplidas en nuestros países, sino en que el «progreso» se define, decide y perfila en las naciones desarrolladas, y dentro de ellas, en un 90 por 100, en los Estados Unidos. Culpar de ello a los norteamericanos sería tan injusto como condenar a Edison por fabricar la bombilla o a la I.B.M. por desatar la era de las computadoras. Edison pudo haberse llamado Gómez. Y a nadie, por supuesto, puede exigírsele que rinda cuenta de sus éxitos.

El «desarrollo», para convertirnos en usufructuarios del «progreso», ya lo hemos dicho, anda en nuestras tierras en su nivel más rudimentario. Se trata, y no con lisonjero éxito, de llenar barrigas, evitar que se nos mueran las criaturas, enseñar a leer a las gentes, etc. Esto es, de crear la infraestructura básica del «progreso». Más adelante, de rolón, se colarán todas las necesidades secundarias. Y es que el progreso y la prosperidad consisten en convertir las necesidades terciarias y secundarias en necesidades primarias. La electrificación que ayer era una cosa de brujería es hoy —o debiera ser— patrimonio de todos, Ese es el destino de los vehículos autopropulsados, y será el del cepillo de dientes eléctrico o el de los lentes de contacto. Marcuse —hoy, felizmente ignorado— y todos los epígonos que claman contra el imperio de la creciente madeja

de aparatos, utensilios y cachivaches electrónicos se han embarcado nada más y nada menos que en la fútil aventura de atascar el mecanismo de complejidad progresiva de la humanidad. ¡Palabras! Malabares con entes de pura consistencia verbal.

Y recojo el hilo de estas reflexiones. Salvo los chauvinistas todos reconocemos el papel subsidiario de eso que dan en llamar «tercer mundo» ¿Cómo romper la dependencia? Si mañana logramos cubrir para la masa lo que hoy son necesidades primarias veremos con desencanto como no se habrá alterado nuestra relación con los países más ricos, Sólo hay un camino: tratar, como hoy hace la Europa del Mercado Común, de modificar los modelos de progreso y desarrollo. Tratar de arrebatarse a los Estados Unidos la potestad de decidir lo que es progreso y arrebatárselo en el legítimo terreno de la técnica.

Todo esto parece el delirio de un lunático, pero no veo otra forma de escapar de la retaguardia cultural. El razonamiento es obvio: mientras desde afuera se nos dicten las normas de civilización, jamás podremos estar satisfechos con nuestro papel. Gandhi, que meditó mucho sobre estas cuestiones, propuso, al cabo, una solución ridícula y desesperada: cancelar para la India los planes de industrialización y retornar a un inmodificable Medioevo. Ignorar, por inalcanzables, los ricos modelos occidentales. El retroceso voluntario no existe en la historia, más que como entretenimiento literario. El «crecimiento cero» que propusieron luego desecharon los sabios de Roma es tan disparatado como la recomendación de Gandhi.

Pero si nuestra lucha de hoy es por la mera subsistencia, ¿cómo hablar de alzarnos con la gerencia de la civilización? ¡Qué sé yo! Hay fórmulas para echar a andar a pueblos postrados. Ahí están Japón y Alemania. No se trata de una tarea de años, sino de décadas. Una empresa de larguísimo trayecto. Pero aún cuando la tarea fuera irrealizable y el proyecto delirante, seguiría vigente el problema que nos aqueja. Eternamente perseguiríamos la zanahoria que pende frente a nuestros ojos. O nos cocinamos en los rencores de la insatisfacción o nos disponemos a hacer milagros. Pero esos milagros hay que realizarlos dentro de ciertas coordenadas éticas. El desarrollo no puede ser la coartada de los dictadores, entre otras cosas porque no hay evidencia confiable que demuestre que las dictaduras son más eficaces en la creación de riqueza.

El tema de nuestro tiempo

¿Se pueden modificar sustancialmente las estructuras económicas de un país sin instaurar una dictadura? ¿Se puede redistribuir la renta nacional de una manera equitativa, sin establecer un régimen de fuerza? Concretamente, ¿se puede llevar adelante una auténtica revolución sin eliminar las libertades individuales?: he aquí el debate, reducido a su más elemental esqueleto. Acaece, sin embargo, que la mera formulación de la pregunta constituye una desviación malévolamente del genuino problema. Este, digamos, error de método, o enfoque alógico, es capaz de llevar a varios países a la guerra civil. Acaso para cambiar las estructuras económicas sea indispensable alterar las de pensamiento. Decretarle rigor, jerarquía y orden de prioridades a nuestro propio andamiaje teórico.

Queremos —los partidarios del cambio, me refiero— una sociedad justa. Ese es el objetivo básico. O sea, a la cabeza de la tabla de valores se inscribe la Justicia. Ahora habrá que preguntarse si entendemos la Justicia como un valor absoluto que alcanza todos los órdenes de las relaciones humanas, o si sólo se circunscribe a la equitativa distribución de la riqueza. Me temo que Justicia es, para muchos revolucionarios, un plato uniforme, un vestido uniforme, unas oportunidades, en fin, uniformes. Esto es, la percepción del «hecho justo» sólo la alcanzan a través de la distribución de la riqueza física. Esta rudimentaria acepción del valor de justicia invalida, por ejemplo, la injusticia tremenda que envuelve el que sea un sector privilegiado de la sociedad el que dicte las leyes, las interprete, silencie la prensa, encarcele adversarios y establezca las reglas

del juego. Tras la cartilla de racionamientos que garantiza la misma cantidad de alimentos para todos, como símbolo claro de una sociedad «justa», se ocultan violentas agresiones contra los derechos individuales y de la colectividad. La Justicia es el pan, mas no sólo el pan.

Pero todo la dicho parte de una reflexión a propósito del inventario económico. El banco progresista tiene dos patas: la que pasa balance a las existencias y plantea la redistribución, y la que pretende crear riquezas mediante el desarrollo de las potencialidades nacionales. Suscribirse a esos dos objetivos es ingresar en el sector «revolucionario». Si para distribuir «justamente» la riqueza se impone un previo análisis de la que significa la Justicia para cada uno (y se toma conciencia de que la posesión igualitaria de las riquezas es un solo aspecto del problema), para enjuiciar a la «Revolución» en abstracto, habrá que partir del fenómeno del desarrollo. Aquí reina una total confusión entre medios y fines, entre instrumentos y objetivos. La «nacionalización», por ejemplo, es tomada generalmente por una medida revolucionaria, sin percatarse de que lo será o no si cumple los fines del desarrollo y el progreso.

Cambiar el régimen de propiedad —de manos particulares a manos del Estado— es un fenómeno de estricto contenido jurídico. Felicitar al campesino hambreado porque-ya-se-echó-al-antiguo-patrón, sin calmarle su hambre, sin darle escuela a los hijos, sin buscarle salida decorosa a los productos de la tierra, es un acto de la más deleznable demagogia. Hablar de «revolución» cuando se expulsa a la compañía extranjera, y se le confiscan sus propiedades, sin que el cambio redunde en una auténtica y permanente mejoría para la nación, es insultar la inteligencia del pueblo. Aplicar los esquemas facilones de los manualitos primarios de los extremistas, sin antes prever los resultados, sin un anterior y realista arqueo de las posibilidades económicas del país, sin un serio análisis de las circunstancias que concurren en cada caso, no es «hacer revolución», sino hacer un doloroso ridículo. Los latifundios se deshacen y las compañías extranjeras se confiscan no porque *per se* eso tenga importancia alguna, sino porque el cambio traerá determinados beneficios para el desarrollo de la nación.

Así las cosas, la pregunta mal planteada que se hace al inicio de esta indagación comienza a enderezarse. Si la modificación de las estructuras económicas se intenta desde una perspectiva errónea y trae el consecuente caos económico, no habrá otro remedio que apuntalar al gobierno con las bayonetas. Si las urnas se mantienen vigentes, el pueblo rechazará a los responsables del desbarajuste. Nadie acepta voluntariamente la monstruosidad de sacrificar tres generaciones por la vidriosa promesa de un «futuro» radiante. Si la «redistribución-de-la-renta-nacional-en-un-plano-equitativo» consiste en el empobrecimiento de los otrora favorecidos, sin una elevación proporcional del nivel de vida de los demás pobres, por supuesto que el pueblo pedirá cuentas en las elecciones a los autores del disparate, y sólo podrá mantenerse el gobierno que eche mano a los fusiles.

Luego, para que el tema de nuestro tiempo hispanoamericano se perfile con honradez y justicia, hay que comenzar a adjetivarlo: ¿se puede llevar adelante con métodos democráticos una revolución que eche abajo unas estructuras económicas sin prever los resultados, sin crear mecanismos de ajuste? Por supuesto que no. Tendrán que imponer la continuidad por la fuerza bruta. ¿Se puede alegremente jugar a la revolución, arruinar aún más a países pobres y subdesarrollados, agotar las reservas económicas en planes descabellados y aspirar, al mismo tiempo, a contar con el beneplácito mayoritario? Por supuesto que no. Sólo el terror mantendrá en el poder a los autores del desastre.

Ahora todo parece más claro: en el fondo, el tema de nuestro tiempo no es un honrado planteamiento: se trata de la primera coartada en el trayecto hacia la tiranía. La pregunta, retorcidamente ingenua, es un disfraz de las bayonetas. Un burdo pretexto

que generalmente acaba en la violencia y la ineficacia. El próximo paso del fracaso será la mentira y el traslado de la responsabilidad del desastre hacia otras latitudes. La búsqueda de un útil chivo expiatorio, como ocurre, generalmente, en las reuniones de la UNCTAD.

El hambre, la gente y la tontería

En Bucarest, penosamente, se desarrolló la Conferencia Mundial de la Población. Como suele ocurrir de un tiempo a esta parte, el foro serio y científico acabó como el rosario de la aurora. El «Tercer Mundo» comenzó a dar gritos en contra del primero. El peligro, decían, no es ya el crecimiento desenfrenado de la población, esencialmente en el hemisferio sur, sino el exagerado consumo de los inquilinos del norte. El imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo de los países desarrollados son los responsables de la crisis que se avecina. De la reunión, como es obvio, poco salió. A donde había que acudir con el corazón frío se llegó con proclamas encendidas y yocuosos delirantes.

En realidad son problemas diferentes. Es cierto que las naciones desarrolladas consumen desordenadamente, y también es cierto que el crecimiento demográfico de muchos países del Tercer Mundo liquida las posibilidades de desarrollo. Lo cortés no quita la valiente. O mejor, la codicia no quita la irresponsabilidad. Pero hay un esencial embuste de fondo que debe desmentirse: la peregrina idea de que las naciones ricas han logrado su bienestar a costa de las pobres. ¿A qué imperio abusador debe Suecia su riqueza? ¿Cuántas expediciones suizas, noruegas, danesas, australianas, checas o finesas han ido a saquear a nuestro plañidero Tercer Mundo? Japón y Alemania, desde 1945 —hora cero de esos países—, ¿a cuántos pueblos han atropellado? ¿No son precisamente España, Portugal y Turquía —los imperios más tenaces— naciones con un pie en el subdesarrollo? No es honesto reducir los orígenes de las diferencias económicas a ese esquema maniqueo. En la India hay hambre porque la ha habido siempre, siglos antes de que llegaran los ingleses y porque erradicarla es una tarea de educación masiva, revolución tecnológica y modificación de unos valores milenarios. En Latinoamérica otro tanto. La mayor parte de nuestras desgracias son obra nuestra. Es verdad que en los siglos XIX y XX Estados Unidos ha mutilado cruelmente a México, se ha enseñoreado en el Caribe y Centroamérica y ha dictado normas leoninas de comercio. Pero eso no explica el hambre de la meseta andina, la ruina uruguaya o la pavorosa historia económica de Haití. Fuimos nosotros, empantanados en las estructuras y valores de la colonia, con repúblicas a medio hacer, los que no llevamos a cabo las reformas necesarias. Para nuestra vergüenza, aún hoy, en medio de un torrente de palabras patrióticas, más y mejor paga la empresa imperialista que la del oligarca indígena.

Pero todo esto comenzó con la superpoblación. En Bucarest se ha dicho que los planes para controlarla son obra siniestra de los países desarrollados para mantener vivos los imperios. Y se ha dicho que la población es la riqueza del Tercer Mundo. Y se ha hablado con orgullo del papel de las familias numerosas en la construcción de un futuro radiante. El ejemplo de los hormigueros chinos, con miles de hombres cargando arena en sus espaldas para construir una represa, parece encandilar a los demagogos. ¿No han visto estos señores a un campesino amenazado por las bocas de sus diez hijos? ¿No se dan cuenta del horror de construir una represa con tracción humana? Quizás China, con sus 800 millones de almas, no tenía otra opción que organizarse en colmenas, pero ¿por qué copiar un sistema que no es otra cosa que la resultante de un choque entre la economía y la demografía? El campesino o el obrero que no puede mantener a una larga familia no es un problema abstracto de la política o de la economía, sino un desesperado hombre de carne y hueso y una cría desvalida. La natalidad irresponsable es un asunto muy serio para hacer demagogia o decir tonterías. *Proletario*, en Roma, era el que hacía prole para el trabajo más odioso. Luego Marx le

cambió el sentido. ¿Quieren estos revolucionarios volver a los tiempos de Roma? Pero más incomprensible que esta posición delirante es la del Vaticano. El Vaticano alega razones éticas. Roma se opone al control de la natalidad por procedimientos no naturales. Sólo la abstinencia y el método Ogino —la «ruleta vaticana», como la llaman los irreverentes— son autorizados para no pecar. Y lo confuso para la grey católica es que se opone Roma, pero el curita liberal de todas las parroquias la autoriza. A la larga o a la corta cederá la Iglesia. No es posible que una religión generosa, universal y abierta como el cristianismo se obstine en la vigilancia irrelevante de las secreciones hormonales. Quizás no sea del todo sano obligar a los creyentes al marcial y neurótico acoplamiento rítmico, y no es —sin duda— muy humano reclamar la abstinencia. Tal vez, pese a la buena intención, sea una ingenuidad afirmar que el fin de la cópula es la reproducción. La gran revolución moral de nuestro momento es que el sexo se va dando de baja de la ética y se reduce cada vez más al estricto campo biológico. Es hoy la pareja, responsablemente, quien debe decidir. Y en última instancia, toca a la mujer aceptar o no aceptar convertirse en recipiente de otra vida. Los gobiernos, por su parte, de acuerdo con las particulares características demográficas, deberán alentar el crecimiento, la estabilización o la reducción de la natalidad. Pero todo esto tiene que ser obra de científicos y no de declamadores. De lo contrario, nos hundimos en la retórica tercermundista. Tal vez el primer paso científico serio sea plantearnos la propia existencia de ese «Tercer Mundo» que tanto citamos.

El mito del «tercer mundo»

Hablemos de «mitos». De embustes consagrados por la creencia popular. De fantasmas que se nos sientan en la mesa, en los libros, en las pantallas de televisión y acaban por instalárenos en el cerebro. Luego un poco de meditación nos demuestra que hemos hecho el tonto por un buen rato. Los fantasmas no existen.

El «Tercer Mundo». La expresión hizo fortuna. Se ha mudado al vocabulario político-económico de todos. Dos palabrejas en fila india que abarcan la realidad social de México, Andalucía o la República del Chad. Un concepto que engloba al Brasil y a Tanzania en la misma columna. No obsta que la composición económica, étnica, jurídica, histórica, etc., de México y Chad no tengan el más remoto parecido: por obra y gracia de la escolástica revolucionaria vigente, ambos países pertenecen al «Tercer Mundo». El expediente de sangre para establecer el parentesco se inicia con la observación de que ambos países se diferencian sustancialmente de los Estados Unidos o de Inglaterra. El razonamiento —la crasa tontería— es algo así como agrupar huevos y sillas por lo que difieren de los elefantes. Un concepto, para que realmente aporte algo al comercio de ideas, no puede ser una mera simplificación de complejísimas realidades.

«Tercer Mundo» no significa absolutamente nada. Pretender organizar un lazo solidario entre las naciones no industrializadas, para enfrentarlas a las que han logrado un mayor desarrollo, es, primero, un despropósito, segundo, una puerilidad de revolucioneros de café y, tercero, un suicidio. Dar el clarinazo patriótico a las masas esquiladas del «Tercer Mundo» no pasa de ser una estrofa de mal gusto dentro del peor lirismo ideológico de hoy. Hay masas esquiladas, hay explotadores hay intereses económicos que velan más por sus cuentas bancarias que por el pueblo, pero de reconocer esas verdades palmarias y dolorosas a alistarse —para resolverlas— en un bando que no existe hay que recorrer un buen trecho. Un trecho absurdo. Cada país, o cada región donde efectivamente concurren problemas y soluciones del mismo signo, deberá agenciarse los medios para encarar su particular realidad. En la década de los sesenta se organizaron en La Habana unas delirantes reuniones de delegados de la «Tri-Continental». Aquella cómica orquesta, multiracial, políglota y demencialmente heterogénea, no funcionó con eficiencia bajo la batuta del Delfín cubano. Es difícil dirigir con éxito las huestes de huevos y sillas en lucha contra los

elefantes.

El nuevo aspirante al fajín del Tercer Mundo es China. A los chinos les deslumbró la posibilidad de liderar a las naciones pobres (a las ricas no se les ocurre, claro) e introducir una cuña harapienta entre sus rivales rusos y norteamericanos (en ese orden). En rigor la aspiración de China es menos desatinada que la cubana. Por lo pronto los chinos cuentan con algunos símbolos de prestigio: armas atómicas, un satélite heroico y solitario, un ejército poderoso, territorio y población. El resto —«industrialización», «mercado de 800 millones», «economía saneada»—, lo ponen la imaginación popular y la ignorancia a partes iguales. Faltan muchas décadas para que China sea una potencia económica. Por ahora —largo ahora— deberá conformarse con manipular a la opinión pública agitando los «símbolos», esto es: las explosiones nucleares, las parábolas de los satélites artificiales y las paradas militares. Pero a pesar de contar con esos elementos, olvida China lo más importante: el «Tercer Mundo» no existe. Se trata de una entelequia, de una mera construcción verbal. De un truco de prestidigitadores del más elemental «amateurismo» político de hoy.

Una necia manera de encarar nuestras responsabilidades mediante el cómodo expediente de reducir la complejidad enorme de los diferentes grados de desarrollo económico en un «mundo» pobre —del que formamos parte— saqueado por el inclemente mundo de los ricos. Los ricos nos roban todo, las materias primas, la mano de obra, hasta los cerebros. El «caso» del robo de cerebros merece un acta policial aparte. Examinémoslo.

Que nos roban nuestros cerebros

Parece que nuestros cerebros, como Papillon, se fugan del ámbito hispánico. Mala cosa. Cuesta mucho esfuerzo y dinero adiestrar a un bípedo desde la succión del pulgar hasta el momento en que puede fabricar puentes o destripar enfermos, para acabar descubriendo que ha mudado sus artimañas a Estados Unidos. Porque nuestros cerebros, siempre que pueden, emigran a Estados Unidos. Y la culpa, por supuesto, no es de aquel país poderoso, sino dolorosamente nuestra. Ese país, como todos, aunque en menor escala, necesita médicos, ingenieros, enfermeros, obreros capacitados, y simplemente les brinda oportunidades a ciertos inmigrantes. El mundo hispánico, en cambio, se cierra a la banda. La ruralía centroamericana carece prácticamente de atención médica, pero estos países de la cuenca del Caribe dejaron escapar a tres mil médicos cubanos que acabaron vecindados en la Florida. A tiempo, y con medidas generosas de captación, una buena parte de estos señores se hubiera quedado en Latinoamérica. La terrible sangría humana que supuso para Cuba el exilio de medio millón de personas adiestradas, hubiera servido, al menos para aliviar las necesidades de otros países subdesarrollados. Los impuestos que esta comunidad vivaracha y alucinada paga cada año en la Florida, triplica el costo del original programa de asentamiento. Algo parecido está ocurriendo con los exiliados y emigrantes chilenos. Los que escaparon de Allende y los que escapan de la Junta no acaban de encontrar su lugar entre los latinoamericanos. Cada uno de estos hombres significa una cuantiosa inversión de miles de dólares en conocimientos y experiencias que insensiblemente se vuelca en Estados Unidos. ¿Por qué no los atraemos? ¿Por los estúpidos requisitos de los gremios y colegios profesionales? ¿Tienen nuestros países una política migratoria inteligente? Me sospecho que no pasan del visado turístico y la barrera burocrática. El «desempleo» es una coartada, no un argumento serio. Nos sobran peones y obreros no calificados, pero nos faltan profesionales y especialistas en prácticamente todos los sectores de la economía. El parroquialismo continúa estrangulándonos.

Pero es casi una broma macabra hablar de «cerebros» refiriéndose a médicos, leguleyos, ingenieros y otros profesionales más o menos corrientes y molientes. Donde el problema se torna dramático, espantoso, espeluznante, es cuando se trata de

auténticos cerebros. Imagínese el lector —que deberá ser casi como Kafka— que un potencial genio atómico naciera en Nicaragua. ¿Podría, honestamente, quedarse en Managua haciendo el idiota? Continúe imaginándose el lector —a estas alturas un coloso de la ficción— que a Max Planck y a Einstein se les hubiera ocurrido nacer en Cuba. Tocarían los tambores espléndidamente, pero nada de quarks o relatividades. Max Planck, por cierto, trató de conseguir una cátedra en un instituto español. Se la negaron. Los cerebros nacen, pero también se hacen. Se dan en de ciertas culturas, y las nuestras, lastradas por la secular estupefacción hispana ante el talento y la inventiva, no son el mejor caldo de cultivo. Entiéndase: no se trata de razas, término que nada significa, sino de valores culturales, que lo son todo. El judío sefardita que emigró a Marruecos o a Salónica acabó adocenado al frente de un tenderete de poca monta. El judío sefardita que emigró a Europa se llamó Spinoza. El español y Nobel Severo Ochoa tuvo que salir corriendo rumbo a Estados Unidos para desentrañar los misterios del DNA. Si se queda en España no estrena el cerebro. Cuando regresó a su país, cargado de años y sabiduría, con el propósito de crear un instituto de investigación molecular, acabó atrapado en una maraña de intereses comineros que impidieron su labor. En nuestras latitudes, claro, nacen cerebros. Y luego se pudren. Y antes de que se pudran es mejor que emigren y que fructifiquen donde se les permita. Que vayan a New York, donde el medio cultural está hecho de estímulos y no de obstáculos.

Hace casi cuarenta años, tras el desgarrón de la Guerra Civil española, miles de peninsulares, magníficamente dotados y educados, tocaron a las puertas de América. Sólo México y Argentina les abrieron los brazos. Sólo México y Argentina supieron beneficiarse con esta oleada de talento y creatividad. Cuba, a donde acudieron centenares —de Jiménez de Asúa a Besteiro, pasando por Pitaluga y Eugenio Imaz— prácticamente les cerró las puertas, más o menos como luego América, con la excepción de Estados Unidos, Puerto Rico, Venezuela y España, en Europa, se las ha cerrado a los exilados cubanos de hoy, y se las cierra a los chilenos. Es una vieja historia de cretinismo provinciano.

¿Saben los países de la cuenca del Caribe que decenas de miles de argentinos y uruguayos capacitados pueden ser reclutados en sus países? ¿Saben los bolivianos que los maestros que necesitan los tiene Chile? Que no se continúe ¡por Dios! con el sonsonete de la fuga de cerebros. No continuemos con la cantinela, por lo menos mientras no tengamos una política inmigratoria inteligente y honesta, mientras no respetemos en nuestros países unos valores culturales civilizados. Mientras eso no ocurra, echarse el morral al hombro y partir rumbo a un mejor destino será absolutamente legítimo. Pero tal vez en los próximos años nos toque contemplar un espectáculo más doloroso que el de la fuga de cerebros formados por nosotros en España y Latinoamérica. Es de tal magnitud la brecha que se va abriendo entre nuestras universidades y las yanquis que probablemente nuestros cerebros tendrán que emigrar crudos. Tendrán que emigrar desprovistos de los últimos (y de los penúltimos) sacramentos técnicos y culturales. Cada vez son más las especialidades que hay que ir a adquirir fuera. Cada vez es mayor el caudal de conocimientos al que no tenemos acceso. Nuestras universidades han fallado.

¿Universidades para qué?

En España y América casi todo ha fallado, pero nada ha fallado tan cruel y sistemáticamente como la educación universitaria. Horroriza pasar balance a nuestra aportación intelectual al mundo. El debe es absoluto. El haber raquíto. No hay, no ha habido, disciplina en letras o ciencias en que se haya abierto paso una escuela argentina, española o uruguaya. Mucho menos nicaragüense o cubana. Durante siglos, especialmente durante los dos últimos, nos hemos acomodado al más infeliz servilismo parasitario. Pensamos con la cabeza de Alemania, con la francesa, con la yanqui y,

últimamente, con la rusa. No se trata de regionalismos enfermizos sino de decretarnos más rigor, más seriedad; se trata de demandarnos más esfuerzos. Traducir lo hace cualquiera.

Nuestra postergación intelectual se debe, en gran medida, al fracaso de nuestras universidades. Erramos al delinear los objetivos de estos centros docentes: era tan importante investigar y abrir brecha a la «intelligentzia» del país como graduar profesionales. El futuro sería de los innovadores porque en la calidad y cantidad de cambios introducidos, residía el motor dialéctico del progreso. Mal podría innovar (progresar) el hombre hispanoamericano si su medio intelectual era única y exclusivamente una tardía caja de resonancia del acontecer científico de las naciones más desarrolladas. Falló la estructura universitaria al congelarse en cátedras vitalicias obtenidas, muchas veces, por memoriosos y palabreros. No es posible medir el daño que nos ha hecho nuestra ingenua devoción por la retórica. Padecemos de una vergonzosa atracción por la palabra hueca. Es lamentable el prestigio de nuestros «picos de oro». Todavía se elogian discursos calificándolos de «castelarianos». Todavía goza de reconocimiento el «idiota-de-tribuna». Esa especie martirizante de declamador, que une a la nimiedad del contexto la metáfora barroca y encrespada, el gesto de tenor de ópera bufa y la cadencia melodramática del predicador calvinista. Esa criatura que «habla bonito» ha esterilizado irreparablemente miles de cerebros potencialmente fecundos.

Han fallado nuestras universidades al convertir el concepto de autonomía en una campana neumática para aislarlas del resto del país en lo fundamental (los males sociales, la industria, el trabajo, la demografía, etc.) y comunicarla en lo accesorio (la política). La universidad, en nuestros países, ha sido catapulta de políticos, y uno de los atajos para acercarse al poder. Con todas las imperfecciones de los partidos políticos es fácil hallar una relación entre estabilidad política y la vitalidad de los partidos. Buenos o malos, por ellos discurre la lucha por el poder. No tienen otra función que la de cauce. La universidad ha contribuido a socavar esos cauces presentándose como otra alternativa.

Esta dispersión, aumentada por sindicatos, iglesias y fuerzas armadas politizadas, explica la debilidad de nuestras estructuras políticas. Han fallado los planificadores de nuestras universidades al crear unos monstruos hipertrofiados, embarrancados en la madeja burocrática y de dimensiones ingobernables. Tal vez deban fragmentarse las universidades en facultades independientes, lejanas y particulares. Tal vez, como se propone Inglaterra, no se deba permitir que estos centros pasen de dos mil estudiantes. Se trata de *desmitificar* al universitario y a su medio. No es ésa una etapa idílica donde son lícitos y plausibles los extremismos de izquierda o derecha, sino una etapa, por demás bastante breve, en que se adquirirán unos conocimientos cuya aplicación, modificación o retransmisión, resultarán útiles o gratos a la comunidad. Creo que la rebeldía y la protesta, son siempre legítimas, pero me parece un rito grotesco que se ejerzan durante cuatro o cinco años y en virtud de un status transitorio que termina con la graduación.

Ha fallado la universidad en no coordinar sus actividades con la sociedad a la que se debe. ¿Cuántos de los laboratorios universitarios españoles e hispanoamericanos investigan para la industria? ¿Cuántas de nuestras facultades de letras tienen a sus sociólogos desmontando la máquina social, a sus sicólogos orientando a los necesitados, a los estudiantes de medicina practicando en el campo o a los de derecho protegiendo los intereses de los desvalidos? Es falso que nuestra relativa pobreza material impida un esfuerzo y unos logros mayores. La Universidad de Jerusalén, y el Instituto Técnico de Haifa, ambos en Israel, están entre los diez centros universitarios más importantes y creativos del mundo. Y el presupuesto de esas instituciones no es mayor que el de algunas de nuestras grandes universidades. Es cuestión de método,

de orientación, de objetivos.

España e Hispanoamérica necesitan estructurar una política universitaria coherente. Estados Unidos, media Europa y Rusia no han logrado excelentes sistemas educativos por la pujanza económica, sino a la inversa: la educación en esos países ha posibilitado el formidable crecimiento. Nosotros no podemos perder más tiempo en clases de retórica. Corremos el riesgo de desaparecer para la historia de la cultura contemporánea. Ya apenas figuramos.

No pensamos, luego no existimos

La confesión es dolorosa, pero impostergable: los hispanoamericanos no hemos parido una idea que valga la pena. Nuestra aportación a la cultura occidental no trasciende lo puramente folklórico. O a lo sumo: lo artístico. No hay almas teóricas en nuestro mundo. Pensamos con la cabeza ajena... y escarmentamos en la propia. En la gestación de la cultura nos conformamos, humildemente, con ser intérpretes, sin intentar siquiera ser compositores. Llegamos a Justo Sierra o a Varona, pero nunca a Comte. Logramos un Vaz Ferreira o un Korn, pero no alcanzamos un Ortega. Nuestros «genios» son fieles, leales y competentes transmisores de ideas ajenas.

Más que hitos de la cultura son meros agentes de ella. No hay duda que esta labor es importante. Sin los «maestros» Vasconcelos, Frondizi, Hostos, Bello o Zea, volveríamos a la selva, pero Hispanoamérica, con doscientos millones de habitantes, cuatrocientos años de universidades y siglo y medio de vida republicana bien podía decretarse un esfuerzo más serio que el que realiza. No existe ninguna justificación válida para el hecho innegable de nuestra indigencia intelectual. Sencilla y brutalmente: hemos sido horros de pensamiento profundo.

El sueño de una «cultura hispanoamericana» es imposible en un mundo que tiende a homogeneizarse. Pero de ahí a negarnos a la especulación, de ahí a cerrarnos a la aventura de pensar, hay un abismo. Es vergonzoso que en Filosofía —o en cualquiera de sus desprendimientos: Sociología, Antropología, Psicología, etc.— no haya surgido una idea hispanoamericana a la que se le pueda ver la cara. Esta horrenda superficialidad nuestra tiene una causa antes apuntada: el estado de nuestras universidades. Las universidades buenas de Latinoamérica y España no pasan de ser fábricas de profesionales. Las malas son meras expendedoras de títulos. Nuestros «Doctores en Filosofía», en la mayor parte de los casos, se quedan en la mera historia de la Filosofía. O lo que es lo mismo: no traspasan la epidermis.

Los estudiantes mecánicamente acumulan millares de datos sin el menor asomo de enjuiciamiento crítico. A los cuatro o cinco años de bucear en la más espesa estupidez, emergen satisfechos con un pomposo título de doctor apretado entre los dientes.

Hay razones económicas que en cierta medida justifican nuestra deserción de la mesa de experimentación científica. Pero la especulación filosófica —para «filosofar» en el sentido más amplio y hermoso de la palabra— básicamente se requiere dedicación, método e inteligencia, y por encima de todo, puro amor a la sabiduría. Nosotros parece que no amamos la sabiduría. Otra condición se hace indispensable: respeto por nosotros mismos. Sé que un alemán o un francés mirarían con cierta sospecha cualquier sistema de ideas puesto en marcha por un paraguayo o por un hondureño, pero si el pensamiento surge robusto no les quedará otro remedio que aceptarlo. En algún momento se acostumbrarían a la idea de que la inteligencia hispanoamericana es, además de artistas plásticos y escritores de ficción, gente capaz de profundizar, audaces caminantes de abismos. Mientras esto no ocurra, seguiremos siendo... pintorescos.

IV

BUCEANDO EN EL MELTING-POT

Los padres de la criatura

No hay ingenuidad más patética que la de los ingleses antiyanquis. Estados Unidos es Inglaterra desnuda. Inglaterra sin sombreros de hongo, sin paraguas, sin «gentlemen», sin «sirs», sin lores y sin té a las cinco. Inglaterra sin nobles y sin el peso de una tradición plomiza. Es Inglaterra en el Common Law, en Newton, en Hobbes, en el Parlamento, en Darwin, en Spencer y en el culto al nunca bien ponderado «common sense». Estados Unidos se llevó la institución y dejó la tradición. Se llevó la mentalidad social disparada hacia el progreso y siempre dispuesta al diálogo y a la tolerancia, y dejó la compleja estructura clasista de un pueblo con mil años de historia continua. Las virtudes y los defectos ingleses germinaron en América con un vigor increíble. Esto hay que entenderlo para no cometer el error de Ortega y Gasset: creer que los Estados Unidos era un pueblo sin historia, punto menos que bárbaro. Lo que comenzaba era la sociedad, no la historia, que es muy diferente. La sociedad, cualquiera que sea, con sus jerarquías, sus poderosos y sus intocables, es siempre injusta. Mientras más cerca estemos de sus orígenes más posibilidades habrá de que el talento se abra paso.

Un fenómeno parecido se pudo observar en Latinoamérica con respecto a España en los años treinta. Argentina había superado con mucho el modelo español en lo tocante a desarrollo económico y distribución de las riquezas. Luego el peronismo y otras calamidades descaminaron al país, pero era obvio que el hijo resultaba más vigoroso que la madre. Más adelante volveremos al tema. Valga por ahora apuntar lo que parece ser una norma en el desarrollo de la colonización: los colonizadores trasplantados, siempre que las condiciones físicas la permitan, logran superar el modelo. Brasil con respecto a Portugal, Estados Unidos, Canadá y Australia con respecto a Inglaterra son buenos ejemplos. Y probablemente este fenómeno se deba a la libertad de movimiento que existe en una sociedad sin estructuras clasistas congeladas. El culto norteamericano por el esfuerzo personal y por el «self-made-man» acaso tengan ese mismo origen; el rechazo histórico a una nobleza parasitaria que no revalidaba sus méritos. Esos elementos abonaron la consagración del «common citizen», el igualitarismo y la ausencia de protocolo.

¿Y los no ingleses?

No hay no-ingleses. Estados Unidos incorporó en una gran masa a polacos, africanos, irlandeses, indios, judíos rusos, escandinavos, mexicanos, fauna, en fin, del más variado pelaje, pero la mezcla acabó siendo siempre esencialmente británica. Lo que en USA no es británico, es folklore. Como el Jazz, o como el «Soul». Puro espectáculo turístico. Los propios norteamericanos viajan a San Agustín, en la Florida, o a New Orleans, en Louisiana, para hacer un poco de turismo en ese otro país de sospechosos antecedentes meridionales. Más aún, es la ciudadanía de origen británico la que mayoritariamente mantiene el control de las finanzas, la política o la industria. Se ha dicho que «los judíos» controlan las finanzas, pero eso es abismalmente inexacto. Los judíos, efectivamente, disfrutaban de una importancia económica más significativa que lo que su número sugeriría, pero a gran distancia de «controlar las finanzas». Los judíos rusos constituyen, no obstante, la minoría étnica que mejor y más rápidamente se integró al país, seguidos de cerca por los suecos.

En todo caso, el éxito de Estados Unidos como nación consiste en haber fundido en «el americano» a todos los pueblos de Europa y no pocos de Asia, África y Latinoamérica. Al juzgar el aporte científico y cultural norteamericano no hay argumento denigratorio más injusto que el que atribuye los éxitos al talento europeo comprado por los norteamericanos. Ese talento no germinó porque fuera europeo, sino porque encontró riego y espacio en Estados Unidos. Cualquier raza o pueblo que actúe en la circunstancia cultural adecuada producirá los mismos resultados. Pensar lo contrario es

sólo grosero racismo.

La absorción anglo-americana de las etnias diferentes —negros, indios, mexicanos, mulatos cubanos, puertorriqueños— no ha sido, no va siendo fácil. Entre los valores ingleses lamentablemente no se inscribe el de la ausencia de prejuicios raciales. Si las minorías étnicas van encontrando su lugar al sol de esa sociedad, se debe esencialmente a la sujeción de ese país al imperio de la ley. Esa ley que moviliza al ejército para franquearle la universidad al estudiante negro Meredith, o que toma un pueblo por asalto para obligar la integración de las escuelas. Tal vez la diferencia esencial entre el racismo anglosajón y el hispánico —incluyo, claro, a Latinoamérica— radique en la escasa relación entre nuestro comportamiento social y las leyes. Nuestras leyes consagran el más absoluto igualitarismo, mientras nuestras sociedades practican el racismo en mayor o menor escala, la mayor parte de las veces sin siquiera percibirlo. El menosprecio de la oligarquía blanca andina hacia el indio o el cholo, del cubano blanco hacia su compatriota de color, del español hacia el gitano o el «moro», son hechos fácilmente constatables. Pero como nuestra legislación no acusa ese racismo, somos incapaces de generar medidas que alteren la situación. En España, por ejemplo, no existen prácticamente gitanos en la estructura de poder, y en Cuba sólo el 7 por 100 de los miembros del Comité Central del Partido Comunista pertenece a la raza negra. En Iberoamérica, olímpicamente, ignoramos nuestro racismo.

Los norteamericanos, conscientes del racismo, tienen, en cambio, unas metas muy concretas. Si los negros constituyen el 11 por 100 de la población, en esa misma proporción deberán participar de la renta y de la dirección del país. El razonamiento es tan frío como justo. Hoy se está muy lejos de cumplir con ese objetivo, pero si una nación blanca tiene la posibilidad de integrar realmente a la minoría negra, es Estados Unidos. Por lo pronto los negros menos africanos del planeta son los norteamericanos. Mientras en Brasil, Haití, Cuba, Panamá o República Dominicana los negros mantienen usos, costumbres, religión y a veces hasta idiomas africanos, los negros estadounidenses, en cambio, son culturalmente europeos —anglosajones protestantes—, pese al Jazz, el Soul y alguna otra manifestación «típica». Cuando los «Panteras Negras» exploraron el retorno a la africanidad descubrieron que el entorno cultural americano resultaba mucho más vinculante que el color de la piel.

¿Nacionalismo?

Esta amalgama a la *británica* de pueblos y razas, normada por el respeto a la ley, ha acabado por liquidar al nacionalismo. El «americano» ha optado por tener con su patria unos lazos puramente asépticos y racionales. El nacionalismo es siempre un fenómeno emocional. Una filiación que por una punta es amor a la patria y por la otra odio a la que no lo sea. El nacionalismo acaba por ser el acatamiento de una de las más crueles estupideces jamás dicha: «mi patria con razón o sin ella». El gringo de hoy —millones de ellos— contempla a los Estados Unidos con otra pupila. No como una mítica matriz que nos exige sacrificios —la siempre sangrienta «madre tierra»—, sino como un sitio que proporciona trabajo, estudio, placeres y en el que fortuita y arbitrariamente le ha tocado vivir. El «jingoísmo» es cosa del pasado. He ahí la más sana muestra del sentido común británico. Si la guerra de Vietnam es un disparate, un crimen o una masacre inútil, se queman banderas norteamericanas en señal de protesta. Si la nación no tiene razón se está contra ella. Así de simple. El nacionalismo va desapareciendo del repertorio de actitudes. Menos destino tiene aún el patriotismo, que viene a ser la liturgia del nacionalismo. El patriotismo también desaparece.

El fin del patriotismo

La revolución yanqui es honda y drástica. Desde mi puesto de observación Breznev y Mao parecen dos tiernos, tímidos y amodorrados burguesitos. Uno de los aspectos más significativos de la revolución norteamericana desatada en la década del '60 es la desaparición del patriotismo como virtud ciudadana. El himno, la bandera, los héroes

de la patria y toda la retórica nacionalista se fue al diablo. La generación lunar expulsó la tradición a escobazos como si se tratara de un huésped inoportuno. El sabio Jefferson, el recto Washington, el honesto Lincoln perdieron el halo mítico que les confería su estatura de héroes. Hoy son objeto de chistes procaces, de letreros obscenos, de carteles irreverentes, que no amainan ni siquiera en estos tiempos de Bicentenario.

El humor americano, mucho más «negro» que el británico, ha sido el ariete destructivo. Los hermosos mitos se vinieron abajo con el empujón. Poca gente se indignó cuando centenares de jóvenes universitarios portaban banderas del Viet-Cong y clamaban por la victoria del enemigo. En rigor, el «enemigo» no es otro que el que en un momento dado les dicte su conciencia. La lealtad a priori ha desaparecido del presupuesto político.

Claro que estas muestras extremas de «apatridismo» —ya se hace indispensable la palabreja— sólo se observan en una exigua minoría. Pero es una mera cuestión de matices: a los no extremistas tampoco les calientan el pecho las cosas de la patria. El fenómeno, además, es irreversible: no habrá un resurgimiento del espíritu patriótico... a menos que la nación peligre en una guerra mundial. El patriotismo, como cualquier aspecto de la cultura, sólo sobrevive si se trasmite de generación en generación, si se alimenta periódicamente con nuevos mitos y si se revitalizan los fetiches seculares. Cuando la generación lunar sea la generación que ordene, mande y transmita, excluirá aún más la retórica antigua.

Bien, a grandes rasgos, el fenómeno parece claro, lo que hace inevitable inquirir con temor: ¿es posible la supervivencia de una nación sin nacionalistas? ¿Son indispensables los mitos patrióticos para la conservación de la patria? ¿O se pueden sustituir por otros mitos? El patriotismo, la religión y el idioma son los cohesivos más vigorosos que conoce la historia. Los dos primeros sucumben hoy en los Estados Unidos.

Sin embargo, no todo convoca a la alarma: como contrapeso a este fenómeno, otro mito se yergue, otro cohesivo formidable aparece: el dominio de la técnica. La prodigiosa manipulación de la materia va haciendo de los Estados Unidos un pueblo distinto a los demás. El dominio de la Ciencia conlleva el deterioro de los mitos metafísicos, pero a la postre ha creado otro mito: el científico. La Ciencia va conformando tan peculiarmente a los Estados Unidos que le alejará radicalmente del resto del mundo. Esto tenderá a homogenizar al país. Aquí, en este fetiche, reside la fuerza centrípeta vigente. Un nuevo mito acaso permita que arrojen por la borda los viejos lastres.

Mientras la Rusia soviética, conservadora y retrógada, se atrinchera en un nacionalismo trasnochado, a lo Iván el Terrible, en los Estados Unidos presenciamos una auténtica revolución, riesgosa, conmovedora. Una nación que coloniza al mundo sin contar con nacionalistas. Un país que ensaya a existir sin patriotismo.

Bien: aceptemos que el signo de esa civilización es inglés. Admitamos que el paisanaje se va confundiendo en una masa alejada de la retórica nacionalista, pero siempre quedarían ciertas minorías fuera de esos esquemas. Unas minorías, como la de los indios precolombinos, arrollada, pero no desaparecida.

De los sioux y de los otros marginados

Los sioux —como se sabe— desenterraron el hacha en la aldea de Wounded Knee. Pieles rojas y caras pálidas andan otra vez a la greña. Hasta ahí la pintoresca anécdota. Le siguen —y es lo lamentable— caravanas de terribles boberías. Vamos al grano con una conclusión tan grotesca como inexorable: en la historia los crímenes prescriben. La injusticia y el abuso triunfan y se convierten en realidades inmovibles, a partir de las cuales hay que volver a montar los esquemas de valoración. Es cierto que los blancos echaron a los indios de sus territorios; es cierto

que cometieron miles de atropellos; pero también es cierto que esos 351 tratados violados por los anglosajones no tienen hoy otro valor que el de piezas de museo. ¿Es justa hoy la devolución de sus territorios a los sioux? Tanto como reintegrar Guatemala a los mayas, Chile a los araucanos o Perú a los incas. ¿Es cierto que los yanquis cometieron innumerables crímenes con la población autóctona? ¡Por supuesto que sí! Tan infames como los de cualquier empresa expansionista. ¿O es que los crímenes de los criollos hispanoamericanos no son tan horrendos como los de la pandilla de Custer? Sarmiento, Avellaneda y Mitre diezmaron a los indios argentinos más o menos por los mismos años en que la caballería federal hacía lo suyo. En los batallones argentinos había, junto al corneta y el sargento, un degollador oficial de indios. Un soldado destinado a degollar a los prisioneros. Los españoles de la Conquista prácticamente aniquilaron a los indios antillanos. Todavía en 1912 los criollos cubanos blancos mataron cerca de mil negros en una vergonzosa guerra racial.

A propósito del episodio de Wounded Knee se leyeron en la prensa española artículos en los que se compara la Conquista y la Colonización anglosajona con la española, y se concluye, en lo referente al trato dado a los aborígenes, que España fue más piadosa. Notable ingenuidad. La corona española no podía ser más piadosa con los indios que lo que era con los propios españoles. Si las rebeliones en la Península eran ahogadas en sangre, ¿cómo pedir un trato distinto para los remotos «salvajes»? Si aztecas, incas o mayas no fueron aniquilados fue porque habían constituido núcleos urbanos de gran densidad y sus estructuras sociales se prestaban para la transferencia cultural y el consecuente aprovechamiento de la mano de obra indígena. Cuando los españoles tropezaron con indios de rasgos semejantes a los que poblaban lo que hoy es Estados Unidos —belicosos, trashumantes, indoblegables—, actuaron con el mismo rigor. Por ejemplo, los araucanos, los caribes, los «patagones». El Padre Las Casas exageró, no inventó.

A fin de cuentas, lo que estoy tratando de decir, es que las bestialidades pretéritas de España, Estados Unidos o las Repúblicas Hispanoamericanas no se justifican unas a otras, ni sirven como punto de partida para analizar la situación de los marginados. El problema es mucho más serio y me temo que no hay solución ideal. ¿Qué deben hacer México, Chile o Estados Unidos con las culturas precolombinas supervivientes? ¿Deben estos países alentar la marginalidad ayudándolos a preservar sus perfiles culturales? ¿Deben respetar la integridad de esas razas? ¿O deben tratar de incorporarlas a los modos europeos? ¿Es moral la «reservación»? ¿Es correcto criar generaciones de sioux o de araucanos en tubos de ensayo? Porque las reservaciones son tubos de ensayos, carpa de circo, o cualquier cosa, menos sociedades sanas y equilibradas. El televisor dentro de una tienda de lona, contemplado por una familia que lleva plumas, y dice ser luterana, es una broma siniestra. Por otra parte, forzar a estos marginados a integrarse a una sociedad que no es la de ellos, hacerlos infelices viviendo en Boston, en Valparaíso o en Ciudad México es un abuso incalificable. De nada vale salir a gritar contra Sarmiento o Búffalo Bill. El problema está ahí y atañe a varios millones de seres humanos. Los marginados y los marginadores tienen que buscarle una solución. O se comete la injusticia de perpetuar la infamante enajenación de la «reserva» o se comete la injusticia de integrar a los marginados dentro de la cultura de los marginadores. No hay solución ideal: de una u otra forma los marginados deben padecer. Puesto a elegir entre el manicomio de la «reservación» y la violencia de la transculturación, creo que la segunda opción, si bien más dolorosa, acaba, a larguísimo plazo, con poner fin al problema. Esto quiere decir, sin ambages y sin paños calientes, que a los sioux, a los araucanos, a los puertorriqueños de New York, o a los cubanos de Miami, a todos los marginados que existen en este mundo imperfecto, mejor les vendría confundirse con su circunstancia nacional inmediata, y abandonar ese margen alienante en que habitan. Se equivocan César Chávez y sus méxico-

americanos: por ese camino tienden a perpetuar su dolorosa marginalidad. Hace unos años esta postura hubiera sido tachada de imperialista o de vaya usted a saber qué generalización más o menos estúpida. Yo no creo que sea una panacea, simplemente se me antoja como la solución menos mala. Europa ha sido un vertiginoso unificador. Todo el globo lleva su sello. Esto ha sido ventajoso e injusto. En el camino de la unificación han caído atropellados lenguas y vestidos, formas artísticas y religiosas, han desaparecido civilizaciones y se han borrado las huellas de viejos pueblos. Los indios precolombinos pertenecen a la nómina de los derrotados. No hay marcha atrás posible. Sé que pedir la incorporación de los marginados es casi tanto como pedir la conclusión de un crimen imperfecto, pero peor sería dejar a unos cuantos en perpetua agonía. No hablo, por supuesto, de forzar la transculturación, sino de poner todos los recursos económicos en esa dirección. Romper los guetos culturales a fuerza de ofertas económicas, educación, etc. Regar a los marginados, para evitar la infelicidad de generaciones futuras. Es una solución terrible, pero es una solución. El problema-de-los-negros es diferente. En rigor, los que tienen problemas son los blancos racistas. Los negros americanos no tienen, como los indios, unas culturas enquistadas y estáticas. Son culturalmente anglosajones, y como ya he dicho, más europeizados que ningún negro de América. Este factor contribuye a abrirle camino a la raza negra hacia una sociedad igualitaria. Como es obvio, esta integración no puede realizarse por decreto. Es un hondo y difícil problema social, pero parece que Estados Unidos comienza a lograrlo. En lo profundo de la mayoría blanca parecen alterarse sustancialmente ciertos patrones de conducta.

Revolución blanca en USA

Nicolás Guillén escribió, a propósito de alguna salvajada de los blancos racistas de Arkansas, un poema amargo en el que hablaba de los niños negros que «iban entre fusiles pedagógicos a las escuelas». De entonces a hoy —apenas unos años— ha cambiado el panorama. Estados Unidos va a la integración racial a una velocidad sin precedentes en la historia moderna. La revolución racial de los yanquis no descansa, como algunos simples suponen, en la actitud de los extremistas negros. Estos más bien son los contrarrevolucionarios. El clarinazo de los negros —piano en Martin Luther King, a rebato en Cleaver— ha servido, esencialmente, para despertar a los blancos; para que éstos tomaran conciencia de una situación bochornosa, injusta, degradante.

La revolución, obviamente, no podía ser realizada por el 11 por 100 de la población —los negros—, situados, además, en los aleros más débiles de la estructura económica americana. La revolución tenía que surgir en ese 89 por 100 de americanos blancos, hechos al privilegio y al prejuicio. Primero se liquidaron los síntomas más estridentes de discriminación: se cancelaron las parcelas raciales en los transportes, las fuentes de agua separadas, los baños diferentes, etcétera. Pero nada de esto es realmente importante. En la psiquis de toda la nación —y aquí viene lo trascendente— comenzó a operarse un cambio de apreciación con relación a los negros.

Los cánones estéticos variaron de signo: las narices anchas, los cabellos rizados y la piel oscura cobraron belleza mágicamente. La hembra blanca se dejó abrazar por el negro —y viceversa— en un saludable y creciente ritmo de mestizaje. (¿Qué otro medio existe de conferirle a una nación la homogeneidad —indispensable para su supervivencia como entidad unívoca— que el que ofrece el mestizaje?) Se abrió la brecha al talento de centenares de profesores, científicos y escritores negros, donde antes sólo se aceptaba el aporte folklórico o atlético de esta raza. Más aún: se adoptó, como medida compensatoria —si esto es posible— una discriminación positiva en favor del negro. Las grandes universidades están hoy abiertas a las minorías raciales, sin que obsten para el ingreso los promedios académicos de estos candidatos, inferiores a veces a los de los blancos rechazados. Se obligó a las escuelas públicas a mezclar a los estudiantes de ambas razas a sabiendas de que bajaría el nivel educacional de las

instituciones integradas. Los partidos políticos postulan cada vez más candidatos negros y el pueblo los elige para posiciones clave. Se habló de Stoke, el enérgico alcalde de Cleveland, o de Brooke, el influyente senador de Massachusetts —ambos negros— como candidatos para la Vicepresidencia de los Estados Unidos. Algo de esto ocurrirá en un futuro próximo.

El fulminante ascenso del hombre de color ha tenido un impacto psicológico tremendo en la joven generación negra del país: de una posición de inferioridad y frustración ha pasado a una actitud agresiva e insolente. Es natural que esto ocurra. Tal vez sea hasta saludable. Ese puño en alto, que afortunadamente no servirá para derrocar al gobierno ni aplastar sus instituciones, lo liberará al menos de los fantasmas alucinantes de sus abuelos aherrojados, de sus padres sometidos, del temor secular al hombre blanco, del deseo insatisfecho de la hembra blanca inaccesible. Si la ira actual sirve de agente catártico para emproarle la personalidad: bienvenida. Para la patria mestiza del futuro será mejor que vayan con la frente despejada y en alto.

Si algo caracteriza a la sociedad americana es esa secreta fuerza centrípeta que ha triturado en millones de emigrantes, a las viejas patrias de origen. A su panza musculosa han caído legiones de italianos, irlandeses, judíos de todas las procedencias, japoneses, mexicanos. Tras siglos de espera ese increíble poder homogeneizante se ha puesto en marcha para absorber a los americanos de etnia africana. No se trata de un simple juego de apariencias: es una auténtica revolución racial llevada adelante en un tiempo mínimo.

Paradójicamente, los grupos reaccionarios que dificultan esa integración racial son tanto blancos como negros. De una parte, los racistas sureños; de la otra, los «panteras negras», los «musulmanes» y todos los émulos negros del K.K.K. que deliran por crear repúblicas negras y otros engendros racistas de ese corte. No obstante, los extremistas blancos y negros serán inexorablemente derrotados: la revolución racial está en marcha y es inútil detenerla. Contribuye a reforzarla, afortunadamente, un apreciable aumento del índice de uniones interraciales.

Revolución sexual vs. revolución negra

Para suerte de los Estados Unidos, en este momento se desarrollan dos revoluciones simultáneas: la de la masa negra y la sexual. Veinte millones de negros demandan un mejor destino dentro de la robusta «american way of life»; al tiempo que una generación combativa y greñuda quita los últimos trapos a la austera sociedad que moldeara un puñado de peregrinos fanáticos. De las dos revoluciones la peligrosa, obviamente, es la racial. El tono de las demandas en el sector más estridente de la minoría negra es casi de beligerancia. Se habla de «guerrillas en las ciudades», «repúblicas negras» y otras ideas que por ser descabelladas no dejan de ser explosivas. Frente a los extremistas negros la sociedad americana ha hecho uso del extremismo policíaco. Seguramente indispensable, pero sin duda lamentable.

Sin embargo, otra arma más efectiva surge sin que nadie la note: la revolución sexual. En cierta medida la revolución sexual es la contrarrevolución negra. En lugar de pelear de pie contra los negros los acuestan. Le infligen una derrota por las buenas. Los apaciguan por el viejo procedimiento. La solución es la ideal y la única posible: un creciente mestizaje. Sólo los mulatos podrán poner fin a la disputa entre blancos y negros.

Cuando la guerra civil en los Estados Unidos, los negros alcanzaban un 20 por 100 de la población total. Hoy sólo son un 11 por 100. La baja se debe al incremento fabuloso de la inmigración europea y que era un mito la creencia de que los negros se multiplicaban más rápidamente que los blancos. La barrera que obstaculizaba el mestizaje se fundaba en la repugnancia que supuestamente despertaban los negros a los blancos. Hoy se ha demostrado la falsedad de tal presunción. Más aún, los siglos de estricta separación y algunas leyendas propaladas en voz baja, han despertado una

inexplicable curiosidad en la hembra blanca norteamericana hacia el negro.

La integración sexual, que es la única definitiva, marcha aceleradamente en las grandes ciudades y con lentitud en las pequeñas comunidades. La razón es obvia: la insignificancia que siente el habitante de la gran urbe le libera de gran parte de la presión social. El «qué dirán» no funciona en New York, porque, en rigor, nadie dice nada. A nadie le importa. Paradójicamente, para los Estados Unidos ha sido una suerte indiscutible tener dos revoluciones al mismo tiempo. Una sola probablemente hubiera sido catastrófica.

Tal vez ahora se impongan unas reflexiones sobre nuestro particular «melting-pot». En qué coinciden y en qué difieren los españoles de la Península y los que germinaron en América.

Hispanidad: godos y criollos

Los 12 de octubre —reincidimos en los ritos del «Día de la Raza». Ya se sabe: don Cristóbal, las carabelas, la reserva espiritual de Occidente, etc. En España se padece una agobiante manía hispanista durante esos lluviosos días de otoño. En esta época reverdecen los laureles de Fernando e Isabel. La verdad es que a cinco siglos del evento se le concede más importancia que la que le dieron en su día. En el siglo XVI, por ejemplo, se publicaron tres veces más libros sobre Turquía que sobre el Nuevo Continente. La tensión Oriente-Occidente, o si se prefiere, islam-cristiandad, acaparaba la atención entonces. Además, los europeos andaban demasiado comprometidos en la automatanza de reformistas y contra reformistas para tomar muy en serio las noticias de unos señores prietos y llenos de plumas allende el Atlántico. En fin, la Península Ibérica se desbordó sobre la tierra descubierta y floreció, con sus defectos y virtudes, en la promisoría América. A eso —el tronco y una veintena de vástagos— se le llama «Hispanidad». Es sospechoso que no haya algo así como un día de la «britanidad» o de la «galicidad». Inglaterra y Francia han sido menos enérgicas en proclamar su condición de padrotes culturales. Probablemente la alharaca se deba a una circunstancia peculiarísima: la última aparición pública de España, como protagonista, fue la conquista y colonización de América. Después le hurtó el cuerpo a la historia. No quería que le vieran las arrugas medievales.

Tras la aventura americana España se agotó. Perdió la iniciativa para siempre. El Renacimiento trajo a Europa una fiebre que España, lamentablemente, no contrajo: la pasión por el progreso y el cambio. El rasgo predominante de la sociedad española ha sido ese: su terca inmutabilidad. La reforma religiosa, la Ilustración, la Revolución Francesa, las reformas democrático-burguesas, el republicanismo, y, últimamente, el europeísmo parlamentario y liberal han sido sueños vanos de una parte invariablemente machacada de la población. Salvo los breves fogonazos de las Cortes de Cádiz (1812), el trienio de 1820-1823 y las Repúblicas Primera (1873) y Segunda (1931-1936), España no ha conocido el triunfo de las fuerzas progresistas. Este es un caso insólito en Occidente. Probablemente en el mundo.

De esa reflexión se llega a dos interesantes conclusiones. Primero, la gran diferencia entre la Madre Patria y su veintena de retoños es esa: Hispanoamérica no comparte la fobia de ciertos españoles —los que ganan— por los cambios. Los hispanoamericanos, más o menos, se han apuntado a los avatares del pensamiento moderno. Segundo, ni a la Madre ni a los hijos les ha ido muy bien en este negocio del progreso y la prosperidad. A los americanos no les cabe la manida excusa de la juventud de sus repúblicas. América no tiene nada de nueva. Es tan vieja como Europa, porque obviamente no es otra cosa que una prolongación del Viejo Continente. Lo más impresionante de Europa ha sido su fuerza para arrollar y volatilizar culturas. De la China milenaria, de la India, de la América precolombina, sólo quedan apariencias. O soviets, o parlamentos, o dictaduras militares, o computadoras, o Coca-Colas: todos los modelos vigentes han sido paridos por Europa (o Euroamérica, que es lo mismo) y

adoptados por el resto del mundo. La piel, por supuesto, no importa. Tampoco el aparato folklórico. Lo que cuenta es la estructura mental y las ideas de que ésta se nutre. Ahí Europa imprimió toda la violencia imperialista imaginable, y no vale la pena detenerse para lanzar reproches: es inmodificablemente así. A pesar de Fannon o de Sartre. A pesar de la retórica tercermundista de los nuevos escolásticos.

La diferencia que señalaba entre España y América (inmovilismo vs. progresismo) parece invertirse. Los españoles de hoy —menos un grupúsculo fanático de escasas nueces y mucho ruido— se avergüenzan de haber sido impermeables al pensamiento progresista europeo. La nación repudia la unamuniana barbaridad del «que inventen ellos». La palabra de orden es progresar. En cambio, en América, ni siquiera falta quien prevea una especie de fracaso de toda la civilización y un resurgimiento de algo tan poco conocido como los valores de las civilizaciones precolombinas. Algo así como una nueva adaptación del mito del buen salvaje.

La resistible ascensión precolombina

Carlos Fuentes es un gran novelista mexicano. Primero los elogios, para que no se crea que anda uno por ahí metiéndose con la gente. Admiro al autor de *La muerte de Artemio Cruz* y *La región más transparente*. Admiro menos al de *Cambio de piel*, pero tampoco se me puede pedir que me quede traspuesto ante cada línea que este señor escribe. Todo esto viene a cuento de un programa de televisión transmitido en Europa en el que el famoso novelista, a propósito del cine latinoamericano, postulaba cierto nacionalismo romántico y vaticinaba un derrumbamiento de los valores occidentales —tal como los definen los yanquis—, y como contrapeso, un resurgimiento de los valores de las civilizaciones precolombinas, conservados intactos en el hermetismo de las comunidades indígenas de México y otros países de América Latina.

Parece que el triunfalismo es cosa de la raza, la cultura, el idioma o vaya usted a saber. En la Península Ibérica, a duras penas, logra uno sacudirse la pavorosa noticia de que «España es la reserva espiritual de Occidente», cuando suena el trompetazo imperial de Fuentes anunciando que tan pronto se agote España le toca el turno a los mayas, zapotecas o guaraníes. Por lo visto hispanos y americanos constituimos una especie de vivero, de piscifactoría de los valores espirituales. Cuando Occidente esté boqueando, allí estará España, como en Lepanto, sacando la cara. Cuando hasta España sucumba, será sustituida por las civilizaciones precolombinas. (Supongo que los mohicanos, por falta de quórum, serán excluidos, puesto que según todos los indicios, Fenimore Cooper, viejo agente de la CIA, mató al último en el siglo pasado).

La ingenuidad de Carlos Fuentes es pasmosa. Le pasa como a Rodó, con la ventaja de que escribe mejor que el uruguayo. Hay tres errores de bulto en su interpretación de la historia americana. El primero es concebir a Latinoamérica como un segmento cultural autónomo, el segundo, suponer que las civilizaciones precolombinas tienen peso específico en ese engendro, y el tercero, dividir la tierra americana en un ellos —que son los gringos— y un nosotros que somos los latinoamericanos. Si Fuentes se percatara de que Latinoamérica es culturalmente una prolongación de Europa, vería las cosas desde una perspectiva más ancha. La Europa del sur —España, Portugal— no podía engendrar unas sociedades de las que carecía. Impusieron el modelo que tenían y luego le echaron encima el peso muerto de los pueblos derrotados. El resultado siguió siendo esencialmente europeo, aunque no necesariamente blanco. ¿Se quiere un espíritu más europeo que el de Juárez? Su sentido de la justicia, su defensa a ultranza de la República y de la libertad, ¿qué son sino la evidencia de una concepción del mundo europea y liberal? La raza poco significa. A fin de cuentas turcos, armenios y mongoles han terminado por ser europeos. Europa no es sólo París, Berlín o Londres. Los rústicos villorrios búlgaros, la Albania tercermundista, el subdesarrollado sur de Italia la gitanería itinerante, Grecia, España, Portugal con niveles de desarrollo semejantes al argentino, son también Europa. Lo que quiero decir es que la

dependencia y la inferioridad técnica y económica de cierta Europa con relación a Alemania o Francia es parecida a la de Latinoamérica respecto a Estados Unidos.

Se quejaba Fuentes de la copia servil de los valores yanquis y hablaba «del chicle y la Coca-Cola», seguramente como símbolos de nuestra sumisión espiritual. Si Fuentes entendiera que en rigor el «ellos» y el «nosotros» pueden no ser exactos, matizaría con más cuidado. Gringos y latinos se inscriben en el mismo patrimonio cultural europeo. Desde hace un siglo —más o menos— Estados Unidos, avanzada de la Europa Septentrional, se puso a la cabeza de ese mundo. Antes, en el siglo XVII, comenzó la decadencia ibérica y España y Portugal se convirtieron en naciones remolcadas por Inglaterra, Francia, Holanda o Alemania. No es extraño, pues, que Latinoamérica viaje a remolque de Estados Unidos. Es totalmente predecible que los diferentes sectores de un sistema cultural copien el modelo del líder. Hoy es la Coca-Cola, ayer fue el té (inglés) o el ajenjo (francés). Los latinoamericanos ni siquiera aprendimos a fumar de los indios caribeños, sino de los holandeses.

En cuanto al resurgimiento de los valores precolombinos, me parece que Don Carlos delira. Lenta pero inexorablemente irán desapareciendo los vestigios que aún quedan de aquellas civilizaciones fabulosas. Se tiende a la homogeneidad y la dirección en que se mueve el mundo es hacia esos valores europeos (la Europa de ambos lados del Atlántico). Fuentes dijo «chicle y Coca-Cola». Pudo decir «penicilina y teléfono», pero la *boutade* entonces lo convertiría en víctima.

¿De dónde surge esa denuncia y renuncia a los valores de Occidente? Probablemente de la frustración que produce comparar a Latinoamérica con Estados Unidos, y verificar que-hemos-perdido-la-carrera. En otro papel de Fuentes, creo que sobre la narración latinoamericana, aparecían unas conclusiones muy pesimistas sobre la creciente brecha entre Estados Unidos y Latinoamérica. Eso es parcialmente cierto, pero nada se obtiene con el descabellado proyecto de darse de baja de la civilización a la que se pertenece. Hay que seguir dándole palos al burro a ver si cobra velocidad, porque apearse es cosa de locos. Sería conveniente suprimir, además, la maniquea costumbre del «ellos» y el «nosotros» como dos bandos irreconciliablemente en pugna. Todos somos pasajeros de la misma nave, vieja e impetuosa, que Grecia parió y Roma educó. Sólo que, como en todos los barcos, unos viajan en primera, otros en tercera, y de vez en cuando se cuelan un polizón.

V

COMPETENCIA, GUERRA, TÉCNICA

La gran competencia

La fabulosa energía yanqui emana de una colosal superstición: la competencia. Los gringos conciben la vida como una perpetua persecución de éxitos personales y metas sociales. Probablemente el resto de los bichos vivientes se muevan en la misma dirección, pero sin duda no padecen la tremenda compulsión norteamericana por el triunfo. El «winner» (triunfador) es el héroe de esa sociedad; el «loser» (perdedor), un pobre diablo. Hablan de «winner instinct» y de «loser instinct». Tipos que se encaminan al éxito o al fracaso guiados por una secreta antena interior. El «winner» tiene derecho a todo reconocimiento; el «loser» a cierto desprecio. El «loser» no merece compasión. Ni siquiera puede tenérsela a sí mismo, porque el «self-pity» o autocompasión es un defecto repugnante en esa sociedad. Nietzsche, con su culto al superhombre, sin pensar en los Estados Unidos, propuso una escala de valores relativamente parecida a la norteamericana. La América sajona —se ha dicho mucho— ama al triunfador y rechaza al perdedor. Probablemente los orígenes de esta peculiar mentalidad haya que rastrearlos en la ética protestante y en su rígido predeterminismo, pero en nuestras décadas de viajes interplanetarios no tiene sentido atribuir la actual conducta a luteranos, calvinistas o cuáqueros. Es, sencillamente, un rasgo de la mentalidad social del norteamericano, sea católico, protestante o ateo.

¿Tiene sentido concebir la vida como una larga carrera de obstáculos? No sé. Ni siquiera sé si tiene sentido concebir la vida como cualquier cosa. Me temo que la «vida», ese extraño proceso de oxidación, no es reducible a planteamientos lógicos, pero me atrevo a aventurar la hipótesis de que la competencia juega en el plano de la cultura un papel parecido al de la selección natural en el plano de la evolución biológica. No se me escapa que la competencia en la cultura casi nunca es justa, puesto que muchos seres juegan con ventaja, pero, para lo que sirva, valga apuntar que la selección natural tampoco lo es, dado que muchos factores fortuitos han consagrado o exterminado especies completas. «La justicia» es sólo *otra* invención humana, como el cepillo de dientes o la belleza.

En todo caso, descártese o no la reflexión anterior, es indudable que la idiosincrasia norteamericana casa con su sistema socio-político y brinda por ello los mejores frutos. El liberalismo político y el capitalismo son el marco adecuado para la gran competencia. El homínido con «winner instinct» tiene ahí pista para correr; el infeliz destinado al fracaso otro tanto. A fin de cuentas «el sistema» permite, dentro de ciertos márgenes, y en mayor medida que los totalitarismos, fabricarse una trayectoria vital más o menos autónoma y libre.

Tal vez la expansión tremenda del capitalismo yanqui haya que explicarla en función de la estampida en busca del éxito personal. La debatida «rat race» o carrera de ratas que llaman los sociólogos. Para esa «carrera de ratas» no hay pista como la de una economía y un sistema político abiertos. En ese país sí son verificables las leyendas de los tipos que han labrado fama y fortuna a partir de la nada. Esos triunfadores que ellos llaman «self-made man» (hombres hechos por sí mismos), lo cual dentro de esa estructura de valores, es más meritorio que el señorito que todo lo ha heredado, porque la historia de cada norteamericano comienza consigo mismo, como se ha dicho en otro lugar de este libro.

Un juicio de valor

¿Es legítima la «rat-race»? ¿Es correcta la sociedad que cifra en el éxito personal el objetivo de la existencia humana? Hay que seguir haciendo preguntas para aislar la médula del asunto. ¿Es legítima la sociedad totalitaria, esa que arbitrariamente asigna un sueldo, unos libros, unas ideas básicas, un destino, en suma? ¿Es legítima la sociedad contemplativa, en la cual el hombre vegeta sin otro objetivo que adorar a Dios

(trapenses) o a su propia marginalidad social (hippies)? Puestos a elegir, la alternativa yanqui me parece la más habitable, no sólo por el culto al «winner» sino por las medidas sociales que amortiguan el fracaso del «loser». La opción totalitaria entraña demasiadas limitaciones personales y la ridícula fidelidad a ciertos dogmas repugnantes a la inteligencia. La alternativa contemplativa —la tercera— es demasiado irreal. No es hoy posible darse de baja de la historia. Los hippies —como a continuación veremos— lo hicieron y fracasaron. Las órdenes religiosas languidecen poco a poco. La competencia, en cambio, por todo lo que tiene de reto deportivo, me parece más cerca del espíritu lúdico de la bestia humana. Más próxima al mamífero juguetero y curioso que hay en muchos hombres. Por lo pronto ese impulso primario —¿o es un fenómeno estrictamente cultural?— ha producido la más imaginativa y proteica nación del planeta. Negar eso es querer tapar a USA con un dedo.

Una pregunta final a propósito del tema: ¿es posible la «rat race» colectiva? O sea, ¿es posible que el hombre se conciba como parte de la humanidad y derive hacia empresas colectivas su lucha por el éxito y el reconocimiento? Eso lo están intentando los comunistas hace más de un siglo, pero curiosamente los primeros éxitos en esa dirección van surgiendo dentro de unos monstruos extraños y esquivos llamados multinacionales. Analicemos el caso de la deserción hippie.

Hippies y capitalismo

Max Weber señaló acertadamente que dentro de la ética protestante el culto al trabajo fecundo y el enriquecimiento lícito se conjugaban perfectamente con la doctrina luterana del predeterminismo. En cierta forma el que tenía éxito era porque Dios quería que así fuese. No había nada pecaminoso en la posesión ilimitada de bienes materiales en tanto fueran producto de infatigables jornadas. El dios trabajo se trepó por tres siglos en el altar mayor. El hijo del millonario repartía periódicos. El del senador liaba bultos en la tienda. La vagancia se inscribía en los códigos penales como un delito contra la sociedad. El ocio era motivo de escándalo.

Con esa filosofía al hombro los yanquis construyeron la nación más poderosa de la historia. Pero en algún momento el origen religioso de donde dimanaba esta conducta comenzó a flaquear. El cristianismo, después de veinte siglos esplendorosos, se dirige hacia el crepúsculo. El protestantismo, su último fruto, comenzó a languidecer y con él su tremenda energía laboriosa. Hace apenas quince años un puñado de jóvenes desaseados y barbudos oponía la más heroica resistencia a cualquier clase de trabajo. Vivir era una cuestión estrictamente personal, sin reconocer deudas a una sociedad que le esperaba con sus chimeneas humeantes para tragárselos. En cierta forma borraron la palabra «convivir». O por lo menos la eliminaron de los términos planteados hasta entonces.

Hace pocos años entre la juventud norteamericana ya sumaban millones los seres dispuestos a no poseer absolutamente nada a cambio de ser los dueños absolutos de sus actos. Antes «ser» estaba condicionado por «poseer»; hoy la autoestimación —y la de un sector creciente del pueblo— está en razón directa al grado de independencia individual que se posea, a las inhibiciones que se eliminan, a los frenos que se anulen, a la realización plena del hombre sin tener en cuenta el «estorbo» social que le circunda. En consecuencia, «poseer», la fuente mágica del progreso, se convierte en un deleznable instrumento de esclavización, de «enajenación», como se dice en la jerga actual.

Pero no se dismanteló la fabulosa maquinaria económica de los Estados Unidos. Después de centurias de trabajo incesante, de lucha en pos del progreso, de adelantos, de ciencia, de sacrificios arduos para lograr una civilización más feliz, un joven de mirada profunda y ademanes insolentes, se acaricia la barba erizada, mientras contempla alegremente, pletórico de felicidad, la sucia costra de sus pies. Eso no es suficiente para neutralizar el impulso hacia la competencia. Los hippies pretendieron

evadirse y no lo lograron. El movimiento fue una formidable aventura espiritual condenada al fracaso. Veamos las razones.

Individualismo y competencia

Greñudos, cochambrosos, estrafalarios, marihuaneros, generosos, idealistas, los hippies rompieron con las normas de conducta, con la manera de vestir y hasta con la cosmovisión del mundo de hace apenas una década. ¿De dónde parte esta actitud radicalmente distinta? ¿Cómo se produjo la ruptura? ¿Qué fenómeno, en la transmisión de la cultura, quebró espectacularmente la continuidad? ¿Por qué son tan diferentes?

Con la respuesta a esta última pregunta comienzan a responderse las otras: porque carecen de espíritu de competencia. Porque el instinto de competencia, manifestado a través de «la-lucha-por-una-vida-mejor-que-la-de-otro», por la existencia de actividades deportivas, por la guerra —señero evento de la competencia—, se ha atrofiado en la joven generación de los países donde democracia y sociedad de consumo coinciden. La propiedad adquirida como consecuencia de un trabajo feroz, enajenador, parece fatigar el mecanismo de la competencia. Si, además, el país cuenta con un sistema respetuoso de la libertad y de la voluntad de sus ciudadanos, el «hippie» —es decir, un hombre cualquiera sin espíritu de competencia— emerge inexorablemente. En Rusia, donde en algunas zonas urbanas existe una prosperidad relativa, no se da el «hippie» porque el régimen policíaco lo impide. El sistema opresivo evita el surgimiento del joven greñudo. El omnipotente Partido se encargaría de pelarlo, afeitarlo... y encarcelarlo.

Esta conclusión, de inmediato, contradice el criterio muy extendido de que los hippies representan un fortalecimiento del individualismo. O que con sus vestimentas extravagantes pretenden reforzar el «yo» aturcido por la vorágine de la sociedad moderna. Ocurre exactamente lo contrario: el espíritu de competencia es el más formidable individualizador con que cuenta el hombre. Los hippies han abandonado un rebaño en estampida de hombres que luchan por alcanzar los puestos de avanzada, para inscribirse en otro rebaño, plácido, estático, pero rebaño a fin de cuentas, donde no hay puestos de avanzada porque se ha perdido la noción del movimiento. Han desertado de la jauría para sumarse a la pira.

Desde esta nueva perspectiva comienzan a perfilarse nítidamente el resto de las manifestaciones. Para quien no persigue un objetivo —por vano, fútil o tonto que sea— la vida es una vacía, absurda e interminable sucesión de instantes. Por eso las drogas —los estupefacientes, los stupidizantes— son perfectamente congruentes. Vivir *alerta* es indispensable en una cultura trabada en competencia. Vivir *alerta* sería inútil para quien no acecha un objetivo. Los trapajos mugrientos —la renuncia a la competencia de atuendos— tienen obligatoriamente que uniformar a los «incompetentes», esto es, a los que no compiten. Nuestros vagabundos tradicionales ¿qué son sino modestos, preteridos y humildes antecesores de los inefables hippies?

¿A dónde iremos a parar? Pues a ningún sitio. La humanidad no va a sitio alguno. Se mueve en la dirección que su íntima dialéctica le señala, pero sin un destino prefijado. Una cosa es segura: del curso que sigue, cualquiera que sea, no le va a descarrilar la insurgencia de los hippies. Más aún: los hippies desaparecerán en esta década. Los síntomas son muy claros: al nutrirse sustancialmente los grupos hippies, la masa caótica comenzó a ordenarse en diferentes direcciones. Miles de jóvenes integraron «colonias de hippies» donde viven, siembran y comen en especies de monasterios laicos. Ese embrión social paulatinamente comenzará a revitalizar el espíritu de competencia entre los jóvenes barbudos. Poco a poco el agua y el jabón de la metafísica capitalista irán penetrando hasta los más profundos intersticios del «hippismo». Para entonces la pira será de nuevo jauría.

La verdadera cara oculta de la luna y el espacio

El espíritu de competencia no sólo opera a nivel nacional. Hay suficientes evidencias de que la carrera lunar, a su manera, fue un episodio deportivo.

Le arañaron la calva, cosecharon unos quintales de pedruscos, regaron una docena de complicados ingenios y emprendieron el regreso. La luna —desdentada, pelona—, insistió inmutable en su noctambulismo amarillo. Hasta aquí los hechos visibles. Faltan los otros. Las razones íntimas —el cohete espiritual— que levantan al bicho humano hacia el satélite. Falta por saberse el impacto que la aventura del espacio tendrá en la historia de los aventureros. De todos: de los que viajan en el Apolo y de los que viajamos en modestos, ridículos y antediluvianos «jets». Esta división —los astronautas y los que no lo son— marca un capítulo inédito en la historia. Hoy, por primera vez, conscientemente, surge una fisura en el tiempo: la comparsa espacial, con sus uniformes increíbles y sus maquinistas rencorosamente infalibles, viven en el siglo XXI. Los otros —casi el rebaño unánime— vivimos en un modestillo presente, vulgar, procaz y a ratos delicioso. Nuestro humilde siglo XX.

En realidad cualquier cambio histórico se explica a base de un mecanismo de esta índole: un grupo de señores que pivoteando con un pie en el presente, con el otro trillan la singladura del futuro. Pero antes el mecanismo era silencioso. Ahora lo anuncian con conteo regresivo. El espacio-tiempo-historia anda por ahí sacándonos la lengua. ¿Qué le vamos a hacer? A algún marxista atontado a lo mejor se le ocurre iniciar una lucha de clases contra los astronautas. Cualquier cosa puede ocurrir. Nunca se sabe. Por lo pronto hay unos extranjeros del tiempo. Hay que empezar a hablar de cronofobia. Los hombres del futuro ya son. Ya están.

Luna, Tierra y Geografía

No nos excedamos de suspicaces: a la Luna, de inmediato —y hasta de mediato— no se ha ido en busca de bienes materiales. La tontería de «una base atómica para despanzurrar al otro» no se la cree nadie. Especialmente nadie del Pentágono o del Ejército Rojo. La hipótesis sirve para que los cerebros tapiados a los esfuerzos deportivos encuentren una justificación pedestre, una explicación para andar por casa, a las inversiones enormes que se realizan. La carrera a la Luna no fue otra cosa que una carrera: sin otra filosofía que la de todas las carreras: llegar a la meta primero (porque, claro, lo importante es ganar, no competir, a pesar del embuste olímpico).

Primero Kruschew —discóbolo rechoncho y taimado— lanzó su Sputnik. Eisenhower jugaba golf. Jugando golf no se puede gobernar. La primera carrera fue ganada por Rusia. Kennedy —que no jugaba golf— lanzó el reto largo: maratón a la Luna. Los rusos aceptaron. Al cabo, los dos polos de la historia actual mudaron parte de su zona de hostilidades a una competencia deportiva. En el camino fueron apareciendo usos e invenciones que permitían extraer utilidad práctica del evento, pero el espíritu de competencia que animaba a los colosos, cobraba aliento en el misterio que abarca lo deportivo. El liderato lo ocuparía quien con mayor precisión dominara la técnica. Quien con más espectacularidad diese muestras de conjurar los fantasmas de la electrónica. Quien mejor recitase los exorcismos de la magia blanca. La capacidad de manipular la Física, las Matemáticas, las ciencias en general, es, a partir del Sputnik de 1957, el rasero con que se miden las dimensiones de los imperios.

El surgimiento de este fenómeno dictará una consecuencia inmediata en las fronteras políticas de la tierra: al perder su atractivo la noción de conquista o control territorial, esto es, la vocación imperial de viejo cuño, comenzarán a desdibujarse las «zonas de influencia» y otras anacrónicas supercherías. Desde hace muchos años, desde el punto de vista bélico, las «zonas de influencia» eran totalmente ineficaces, pero se mantienen como supervivencias del viejo estilo. Hoy eso va perdiendo atractivo. El fetiche de la técnica sustituye al fetiche del imperio clásico. A la postre los rusos se convencerán de que luchar por «comunizar» a Angola es una idiotez tan grande como luchar para evitar que Angola se «comunique». El juego de policías y ladrones que desde la Segunda Guerra escenifican gringos y tovariches, se ha trasmutado en juego científico.

La alquimia de los astros logra, por carambola, otro cambio sustancial: en la competencia antigua los militares eran los héroes. Ahora los héroes son los científicos. Esta desmitificación de los militares y mitificación de los científicos favorece la paz. Es preferible que los héroes nos observen desde telescopios y no desde miras telescópicas. La pequeña diferencia garantiza que la cabeza permanecerá en su sitio por más tiempo.

La nueva estrategia de las superpotencias

En su tiempo, Marx —desde los hombros de Hegel— dio una interpretación económica de la historia. Ortega, mucho después, apuntó lo que llamara una «interpretación bélica» del acontecer humano. El británico Dawson ha hecho otro tanto, pero desde el ángulo religioso. Y así, obsesionado por la relación dinámica «causa-efecto», el hombre ha tratado siempre de arrancarle los secretos al mecanismo que articula los estadios inmediatos de su vieja aventura.

Hoy, analizando las fuerzas en presencia, cabría lanzar una nueva hipótesis: la interpretación técnica de la historia. Desde hace milenios la vocación imperial de las naciones se satisfacía con la adquisición de territorios y el sojuzgamiento de sus moradores. La importancia de los imperios se medía por su extensión, población y riquezas. El prestigio de la metrópoli se pesaba en la balanza imperialista. Hitler hasta el '45 y Rusia en la postguerra son buena muestra de este fenómeno.

Pero en 1969 ocurrió un acontecimiento cuyas consecuencias más íntimas comienzan a cobrar nitidez: la visita del hombre a la Luna. El dominio exacto, preciso, de la técnica, situaba a un bípedo tembloroso en la superficie selenita. En veinticuatro horas los Estados Unidos crecieron a los ojos del mundo a una altura jamás alcanzada por nación alguna. Rusia, allá abajo, empeñada en mantener sus satélites a raya, aparecía como una visión tenebrosa del pasado más remoto. En el minuto en que los imperios se construyen verticalmente, hacia el espacio, con ejércitos de técnicos, mariscales en genética y almirantes en computadoras, los soviéticos, groseramente, mantenían su «anacrónico» prestigio de bayonetas y tanques blindados en la indefensa Praga.

El dominio de la técnica —el señorío científico— servirá para remodelar las fronteras del mundo. En los Estados Unidos ha parido una vertiente política que postula el neoaislacionismo. No tiene que ver con una concepción egoísta de las relaciones entre pueblos, sino con un enfoque totalmente distinto del fenómeno humano. Puede dejársele a los rusos el «tercer mundo» completo. De nada les servirá. La alianza será entre las naciones capaces de progreso, aptas para el sacramento técnico. Las otras, las del «tercer mundo», pueden legítimamente abrirse paso hacia el «primer mundo» o convertirse en presa de cualquier vertiente del Leviatán comunista. El destino de cada nación dependerá de su propio esfuerzo. En rigor, es a Rusia a quien le convendría cancelar su voluntad de imperio horizontal. ¿De qué valdrá a los rusos ser capataces de un submundo al margen de la historia? Y a los norteamericanos, ¿de qué les sirve jugar al policía internacional desangrándose en esfuerzos inútiles que les debilitan hasta la agonía?

En la actitud norteamericana frente a los acontecimientos de África hay mucho de socarronería neoaislacionista. ¿Que los rusos quieren apoderarse de Angola? Allá ellos. En el fondo —seguramente piensan en Washington— no sería mala idea que cargasen también con Rodesia. La nación que pretenda mantener por las armas sus fronteras hinchadas, estará hipotecando en ese esfuerzo su posibilidad de desarrollarse técnicamente. Es de esperar que los rusos —a pesar de todo— se den cuenta de la actual estrategia. Y si se percatan de los nuevos valores en vigencia, si descubren las sutilezas del nuevo juego, tal vez a la humanidad le sobrevengan días mejores: una época radiante en que la ambición de las naciones sea incorporarse al progreso, a la investigación y a la ciencia para ganarse un puesto prestigioso en el retablo universal. Un período en que los imperios crezcan hacia las estrellas.

El deporte de Caín

El neoaislacionismo norteamericano, su inhibición, por ejemplo, en los asuntos de Portugal, ¿son síntomas de una renuncia a la guerra? Más bien es un acomodo al hecho palmario de que el excesivo dominio de la tecnología militar va haciendo imposible los conflictos bélicos. Desde el «quijadazo» fratricida de Caín, los hombres, esporádicamente, han andado a la greña sin remedio. En algún momento, el «quijadazo» se convirtió en guerra hecha y derecha y vino a parar en el hongo atómico de Hiroshima. El motivo que alentó el fratricidio bíblico es el mismo que secretamente, desde nuestras tinieblas, aviva la guerra: el espíritu de competencia. El hombre es un inexorable competidor. Visto así, a grandes rasgos, desde la simplificación que exige un breve ensayo, la humanidad emerge como un gigantesco Olimpo donde la mayor parte de las actividades no son otra cosa que aspectos de este vigoroso instinto de competencia. La lucha-por-una-vida-mejor es, en rigor, lucha-por-una-vida-mejor-que-*la-de-otro*. La batalla por la fama, el ansia de sobresalir, la búsqueda infatigable del éxito son sólo aspectos de la competencia. A veces el instinto se vuelve símbolo claro, irrecusable, y candorosamente dos terrícolas se dedican a aporrear una pelota de tenis. O a aporrearse entre ellos las cuerdas de un cuadrilátero de boxeo. O a llevar, jadeantes, con un esfuerzo terrible, frente a la tozudez impermeable del adversario, un inofensivo balón.

La guerra, en su origen prístino, es otro evento deportivo. Una especie de baloncesto a cañonazos. A contrario sensu, el baloncesto es una batalla donde la fortaleza a tomar es un humilde aro adosado a una tabla de regular tamaño. Para justificar la guerra —cualquiera ¿qué más da?— se ha agotado un océano de tinta. Desde las encumbradas guerras religiosas —donde los equipos van ungidos por estupendos «dioses-managers»— hasta las guerras ideológicas, todo evento bélico esconde su esencial naturaleza instintiva. Pero el instinto no es el de guerrear, sino el de competir. El impulso de destrucción, o el homicidio aislado, nada tienen que ver con la guerra. Desde que el hombre abandonó la antropofagia la guerra se convirtió en deporte. Antes, en rigor, no era guerra, como no es guerra el combate entre las fieras, sino proceso vital indispensable por imperativos ecológicos que dicta, inflexible, la naturaleza.

La renuncia a la guerra, el abandono de la incómoda alternativa «comunismo vs. capitalismo», o, si se quiere otro clisé, «totalitarismo vs. democracia», o si se prefiere un disparate, «Occidente vs. Oriente». («Oriente» hace mucho rato que no existe para la historia. El comunismo, devocionario dedicado a los santones del progreso, la felicidad terrenal y la igualdad, es el más occidental de los dogmas, aunque lo sustente un coreano o un chino). El descarte de esa disyuntiva, en fin, no supone un cambio radical de actitudes en el hombre, sino un inevitable acomodo frente a circunstancias muy peligrosas. Lo que se ha hecho es mudar la zona de hostilidades. La guerra moderna, a la postre, es sólo una manifestación de nuestro espíritu de competencia y no el resultado de oscuras tendencias agresivas. (No puede haber «agresividad» —en el sentido fisiológico de la palabra, que es el único legítimo— en unas decisiones que se toman reposadamente, en oficinas confortables. Hay, eso sí, espíritu de competencia, acaso el más poderoso combustible del motor humano). El conflicto continuará, pero en otro plano y con un nuevo reagrupamiento de fuerzas. Se trata ahora de una competencia tecnológica y científica en la que Europa y Japón formarán equipo aparte.

Para Latinoamérica, el nuevo ritmo resultará extraño y en algún sentido perjudicial. Nuestra ya relativa importancia se reducirá hasta la insignificancia. A estas alturas no somos siquiera «botín» (dicho con crudeza y sin nostalgia). Es probable que algunos políticos de nuestro retablo continúen gesticulando con ademanes prehistóricos, esto es, suscritos a la retórica de la guerra fría, pero algún día descubrirán que les han

cambiado el escenario; que el drama es otro radicalmente distinto. Es de presumir que planes como la Alianza para el Progreso no se repitan. Aquello fue sólo un proyectil de la guerra fría disparado contra el polvorín propagandístico de los comunistas. Se pretendía crear un dique de prosperidad para desbancar de argumentos a los comunistas y detenerlos. Hoy no es vital para los Estados Unidos que uno o varios países andinos emprendan el camino del socialismo. En Washington manda un duende que repite de memoria los versos ripiosos de Espronceda: ¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo! Especialmente si se trata de un cadáver subdesarrollado, al margen del consumo internacional y ayuno al sacramento técnico. En último análisis, la factura del entierro irá a parar a un cajón del Kremlin.

Pero puede acontecer algo espectacular: que la guerra desaparezca entre los hombres. Acaso suceda que se suprima el evento «guerra» de] ámbito de nuestras competencias. No porque el hombre sea mejor, sino porque la guerra ha resultado peor. Es decir, la guerra atómica se ha hecho humanamente imposible. Al no poder controlar las explosiones nucleares, las grandes naciones han preferido renunciar a ellas. No habrá competencia nuclear porque las competencias son para ganarlas y ésta no la ganaría nadie. Se trata de una situación nueva porque hasta hoy cada descubrimiento bélico tardaba en pulverizar al enemigo lo que demoraba arrastrarlo al campo de batalla. La competencia, para que lo sea y llene su cometido, ha de ser a todo vapor.

La guerra convencional con simples y rudimentarios armamentos, mientras las bombas atómicas conservan su castidad en los almacenes, tampoco se concibe. Luego el hombre, ese curioso animalito competidor que no podía resignarse a perder su más caro evento inventó otro deporte: la carrera técnica. El mito-fetiché de la técnica es hoy nuestro deporte universal. La competencia técnica parece ser el sustituto de la contienda militar. La carrera a la Luna pudo llamarse batalla por la Luna. Los sabios reemplazaron a los generales en la nueva estrategia. El evento científico se gana poniendo los pies en la Luna o manipulando los genes. La guerra no es ya un evento emocionante.

La utilidad del Olimpo

En un pueblo en perpetua competencia, como Estados Unidos, es natural que la práctica deportiva sea un inapelable culto nacional. A cierta edad, en ese país, es casi delito no practicar deportes. Luego lo será no tener un «hobby». Para un pueblo entregado frenéticamente a la acción, el ocio es el peor pecado. Nosotros, en cambio, tenemos una perspectiva distinta. En la lista de prioridades iberoamericanas no aparece lo deportivo. Viejo y lamentable error de nuestros gobiernos. Todas estas reflexiones vienen a cuento a propósito de nuestros fracasos olímpicos. El fracaso de toda Iberoamérica, con la excepción un tanto vidriosa de Cuba.

En rigor, el desdén por lo deportivo —arte o juego— nos viene dado por la cultura hispana. La Madre Patria tampoco entiende de estas cosas. Una de las tonterías más ilustres de los historiadores para explicar la desaparición de España de los primeros planos internacionales, es insistir en su carácter «romántico», «hidalgo» y «poco práctico». Cervantes nunca imaginó que su loco manchego iba a ser una coartada estupenda para escabullirle el bulto a las responsabilidades históricas. Con frecuencia se ha escrito «quijotismo» donde se debió anotar «torpeza».

Lo «deportivo» puede ser todo aquello que carece de un fin práctico. Lo que no tenemos manera de comernos. El arte, por una punta, es creación y, por la otra, deporte. Produce goces espirituales emparentados con los que experimenta el futbolista al patear su balón con buena puntería. Los tantos anotados —trátese de Siqueiros o de Pelé— van dirigidos, primero, a satisfacer a Siqueiros y a Pelé, y luego a entusiasmar a los espectadores. Hay que dejar, por ahí, anotadas estas dos palabras: satisfacción y entusiasmo. Tornaremos luego a cogerlas por el rabo.

Aparentemente no tiene importancia que los alemanes corran más que los paraguayos. Y por lo tanto, es preferible invertir en alcantarillados que en lograr que un indígena hispanohablante «negocie» los cien metros en nueve segundos. Por el estilo le ocurre a nuestros pintores, escritores, pianistas o escultores. A la hora del favor oficial, del espaldarazo presupuestario, compiten con el analfabetismo, la desnutrición, los armamentos o la malaria. Y claro, la tajada no alcanza.

A los estados —a nuestros estados— no les interesa convertirse en «fábricas de atletas». Da igual que se trate de músculos o cerebros: lo deportivo, juego o arte —ya lo he dicho—, no se come. Y ahí yacen, a la vera de la sociedad, infinidad de talentos —o de bíceps— que se malogran sin haber conocido el éxito. Porque el único record olímpico jamás roto es el del tonto que afirmó que lo importante no era ganar, sino competir. Lo único importante es ganar, porque sin ello la competencia no tendría sentido. Y perder, que para un artista, como para un atleta, es verse superado por los «otros», constituye una frustración honda. Profunda.

Quitarle importancia al significado de la victoria o la derrota es desconocer la íntima naturaleza del bicho humano. Y bien, parece que hasta ahora los únicos damnificados por la falta de calor oficial son los «deportistas». ¿A quiénes, fuera de ellos, perjudica la ausencia de una enérgica política que auspicie las artes y los juegos? Pues nada menos que a toda la nación. Porque acaece que la deportivo no es sólo unos señores allá lejos embarrando unos lienzos, lanzando unas jabalinas, o componiendo unas sonatas. Lo deportivo es también el pueblo satisfecho de unas creaciones artísticas o entusiasta de unos héroes musculosos. Es decir: se trata de nutrir a los pueblos de emociones comunes, y valga otra vez Pero Grullo: de tener cosas en común surge la comunidad. No de un accidente geográfico, sino de compartir vivencias. ¿Se quiere fomentar el orgullo nacional? Désele al pueblo asideros emocionales. Héroes de su tiempo con los cuales pueda identificarse. Proporciónesele a los hombres triunfos de connacionales que ellos harán suyos por una inevitable proyección psicológica. ¿Qué es el entusiasmo —y aquí vuelvo a las palabras claves— sino la apropiación por los espectadores de la alegría de los jugadores? El gol —y la satisfacción de producirlo— no es sólo del delantero acertado, sino de la fanaticada que lo hace suyo con un rugido solidario.

¿No siente el pueblo guatemalteco una especie de veneración por la figura de Asturias? El Nobel del autor de «Señor Presidente» es un poco el Nobel de cada guatemalteco. Nosotros iberoamericanos deshechos, sin logros tecnológicos que exhibir, sin sociedades bien organizadas, sin economías pujantes, sin sabios, sin estructuras políticas respetables, ¿cómo podemos evitar que el escepticismo y la desilusión campeen por sus fueros? El hombre iberoamericano tiene la sensación de ser víctima más que parte de un estado. Si naciones más heterogéneas que las nuestras han sobrevivido —Estados Unidos, por ejemplo— a vendavales fortísimos, se ha debido a esa sensación de «participación colectiva» que poseen sus ciudadanos. (Todos los gringos tienen acciones en la patria. Faltaban las minorías raciales y de un tiempo a esta parte, felizmente, han comenzado a adquirir las suyas).

Un gobernante moderno no tiene derecho a ignorar psicología. Para demandar patriotismo, nacionalismo y otra media docena de ismos que pertenecen a la esfera del pathos, hay que empezar por alimentar con algo más que símbolos centenarios —debilitados por el tiempo— el mundo emocional de los gobernados. Es criminal ignorar las alcantarillas, el pan o las escuelas, pero es estúpido pasar por alto el arte o los juegos. Hay que rescatar lo deportivo del plano superficial a que la pereza mental le ha relegado y devolverlo a las zonas de nuestras más desesperadas urgencias.

VI

LA VIOLENCIA AMERICANA

Entre la ley y el orden

Estados Unidos proyecta una imagen de violencia. Desde la perspectiva europea ciudades como New York son punto menos que campos de tiro. A esa imagen contribuye eficazmente el cine y la televisión con sus ingenuas sagas de *gangsters*, policías, indios, vaqueros y, últimamente, karatecas. No creo que el cine y la televisión aumenten la violencia real, pero no hay duda que aumentan la imagen de la violencia. América, parece, se destroza en luchas callejeras. ¿Es cierto? Es cierto que aumentan los índices de comportamiento violento, pero no es ése, por supuesto, un problema especialmente grave. Es básicamente un problema de ciertos núcleos urbanos en los que se han constituido guetos. Y la dificultad en resolverlo estriba en que la violencia oficial, la del estado —como le gusta decir a los revolucionarios— ha ido reduciéndose. No cuenta la policía norteamericana, como los delincuentes, con una ilimitada capacidad de acción. Los presuntos delincuentes, mientras sólo sean presuntos, cuentan con todas las garantías de la ley. Y aun después de comprobado el delito, cualquier error en el procedimiento de la investigación bastará para ponerlo en libertad. El arresto, pues, hay que realizarlo conforme a la ley. La pasión saducea de los yanquis los conduce, a veces, a la injusticia en defensa de la legitimidad. En el fondo eso es correcto. En un estado de derecho, si hay que optar entre la legitimidad —la ley, que es un texto escrito en el que se basa la convivencia— y la justicia, que es un valor abstracto, es preferible optar por la legitimidad. En esa dirección se mueve la interpretación norteamericana de la ley. Es probable que indirectamente favorezca la supervivencia de grupos al margen de la sociedad, pero la ciudadanía mantiene un claro concepto del límite de sus derechos personales.

Caben también consideraciones de otra índole. ¿Es realmente «violenta» la vida ciudadana de las urbes desarrolladas del siglo xx? ¿Y cómo era antes? Tengo para mí que mucho más riesgo existió en tiempos anteriores. Por lo menos, antes la norma era llevar al cinto arma blanca o de fuego. O las dos. Los caminos estaban llenos de bandidos y la violencia oficial era ejercida sin miramientos. El martirio estaba inscrito como procedimiento autorizado. En las comunidades norteamericanas lo normal era que carecieran de cárceles, pero castigaban a los delincuentes al cepo público, o a la extraña humillación de emplumarlos con brea.

Probablemente nuestro siglo xx ha visto un enorme descenso de las actividades delictivas, o —por la otra punta— un considerable aumento de la seguridad personal. Tal vez no sea justo suponer que varias décadas de *relativa* tranquilidad ciudadana eran prueba de una permanente convivencia civilizada. Es muy difícil —pensando en Manhattan— que diez millones de seres humanos convivan en una franja de asfalto sin que la violencia aparezca.

Existen, por supuesto, maneras de eliminar la violencia, pero todas ellas conducen a una limitación de los derechos personales. Con detenciones preventivas, torturas, escuchas electrónicas o interrogatorios arbitrarios descendería el índice de violencia pública, pero aumentaría la otra, la oficial, que no pocas veces llega a ser más molesta que la extraoficial.

Para lo que sirva, cabe recordar que la «seguridad personal» es un engendro de factura idealista. Otra abstracción de la cultura. Uno de los rasgos más comprobables de la naturaleza es que la vida —todo lo que vive, se alimenta, multiplica y crece— existe en perpetuo estado de peligro. Esos extraños mecanismos de defensa intuitiva que existen en los seres vivos, no son más que la evidencia de los riesgos inmanentes al ejercicio de estar vivo. Pero poco conforta este aserto al ciudadano de carne y hueso. El hombre, y especialmente el del siglo xx, aspira a un entorno cultural seguro. La violencia le aterra, entre otras cosas porque le han educado para la convivencia y no

para la defensa.

Ni siquiera atina a interpretar con lucidez los hechos de violencia. Un caso reciente, el de Patricia Hearst, es una buena muestra de la estupefacción americana ante una forma de violencia prácticamente desconocida en ese país: la revolucionaria.

Patricia Hearst cogió su fusil

Los gringos, que apenas tienen fauna revolucionaria, no entienden una palabra de lo que ocurrió en el cerebritito de la muchacha ésa. No entienden cómo y por qué la princesa vino a parar en bruja. Cómo Blancanieves se transformó en la pasionaria. Y se inventan entonces el muy racionalista cuento del «brain-wash», el miedo insuperable y la pérdida temporal de la razón. Pamplinas.

Patricia Hearst se fue a la guerra porque le dio la gana. Y le dio la gana porque es mucho más interesante ser revolucionario que millonario. Terrorista que viajante de laboratorio. Cinco intensos minutos de la vida de un pistolero palestino valen por medio siglo de la pastosa existencia de un tenedor de libros.

En las horas angustiosas del closet en que estuvo encerrada, Patricia Hearst percibió la enorme diferencia que hay entre asistir a un cóctel y asaltar a una joyería. Esos intensos minutos de la metralleta, la víctima y el peligro, no tienen sustituto. El trallazo de adrenalina que la electrizaba, el corazón fibrilante, el sudor en las manos, las inaguantables ganas de orinar, todo el repertorio de enérgicas respuestas biológicas a la acción revolucionaria, le inyectaron nueva vida en su corazón de Dior y miriñaque.

Patricia Jekyll se convirtió en Tania Hyde, más o menos, por las mismas razones que tuvo Al Capone para no dedicarse a las pizzerías. Porque es infinitamente más divertido vivir fuera de la ley que dentro de su aburrido perímetro.

Hay en nuestra sociedad una vieja tendencia masoquista que pretende buscar las causas del delito fuera de la persona del delincuente, olvidando cuanto de fruición, de pura diversión, hay en la comisión de ciertos actos castigados por la ley. En este mundo chato, ordenado e inofensivo, casi no existe otra aventura que la de delinquir. Ya no hay abismos, gigantes, monstruos. (Nunca los hubo, pero se buscaban, que es igual). El oro se localiza con complicados aparatos electrónicos. Los leones yacen enjaulados y los tigres sólo sirven para abrigar a unas cuantas señoras estupendas. La única aventura al alcance de la mano es la subversiva. ¿Qué hace en este mundo de computadoras un desgraciado espíritu aventurero? O conspira o se enferma de la vesícula. No hay otra alternativa al alcance de la mano.

¡Cuántos trotskys no han muerto de tristeza perforando tarjetas IBM!

Patricia Hearst tuvo la oportunidad de su vida. Un bando de fanáticos alucinados —aventureros, borrachos de palabras y adrenalina— la secuestró en medio de la quietud cansina de las tardes californianas. Pero le secuestraron también la imaginación. La despertaron a la aventura, aburrída Como estaba de firmar cheques y leer idioteces. Y surgió Tania, que es más importante que Patricia, y se fue a cazar leones, matar gigantes y a jugarse el tipo de defensa de no sé qué absurdo engendro «simbiótico».

León de Greiff, el gran poeta colombiano, escribió aquello doloroso de: «Cambio mi vida por una baraja / ¡o por dos huequecillos minúsculos / —en las sienas— por donde se me fugue en grises podres / la hartura, todo el fastidio, todo el horror que almaceno en mis odres...! / De todos modos la llevo perdida». Patricia llevaba la vida perdida a fuerza de ser buena y tener las uñas limpias. ¿Demencia? No, los revolucionarios no son locos. Los aventureros no son locos. Pierden, sí, el sentido de la realidad, pero sólo como coartada para poder emprender aventuras. El ejército simbiótico o la guerrillita de Guevara no estaban formadas por orates. Eran simple y sencillamente hombres decididos a sacarle a sus funciones vitales el mayor partido posible. Gente dispuesta a no dejarse matar de tedio en el despacho de un notario de respiración branquial.

Los que hablan del «sacrificio» de los revolucionarios no tienen la más remota idea de

lo que están diciendo. El aventurero, el bicho épico, disfruta hasta de su muerte. ¿Por qué tantos y tantos revolucionarios provienen de la delincuencia? ¿Por qué tantos revolucionarios —maquis, por ejemplo— se convirtieron en delincuentes tras la guerra? Porque los animales de acción, los temperamentos aventureros, acaban por no distinguir la diferencia entre degollar a un soldado nazi o al portero de una Caja de Ahorros. La ética se les vuelve borrosa ante el vicio inexorable de la acción.

La señorita Hearst, en fin, perdió el juicio. Pero no el que dice su pobre siquiatra, encharcado en la retórica médico freudiana, sino, el otro, el de los castigos. No importa siquiera que los azorados jurados la hubieran absuelto. Un día, disfrazada con un trapo brillante, tomándose un martini, se acordaría de Tania. Sentiría entonces nostalgia por la boina y la pistola. Soltaría un lagrimón misterioso y se comería otro horroroso canapé de caviar. Y esa noche, en sueños, reviviría la inolvidable pesadilla. Gran castigo. Terrible castigo.

Pero su caso, lejos de iluminar la zona oscura de las motivaciones de la mayor parte de los revolucionarios, ha contribuido a oscurecerla. No faltan los teóricos trasnochados que quieren ver en estos hechos delirantes el surgimiento de una especie de conciencia redentorista. No es así. La revolución, mejor aún, la insurrección revolucionaria es casi un fenómeno deportivo. Veámoslo.

Disparar cuatro tiros

Los nihilistas tenían razón: valen más cuatro tiros disparados contra la muchedumbre que todas las teorías políticas que por ahí circulan. Por lo menos valen más si de lo que se trata es de levantar entusiasmos. Esto viene a cuento de la matanza periódica en que judíos y árabes se entretienen desde hace varios años o de las acciones de la ETA. Los vidriosos orígenes del conflicto han pasado a un segundo plano. Lo que importa, desde hace bastante tiempo, es acoger a enemigos de la manera más espectacular que sea posible. La acción, la pura acción de ciertos hombres aguerridos, es lo que mantiene la tensión de la lucha. La ideología, el derecho, la justicia y otras vaporosas abstracciones, son las coartadas. La última ratio del embrollo: los tiros que se disparan. Lo que quiero decir es que los tiros no son instrumentos de entelequia alguna, sino un fin en sí mismos. En rigor, no puede pedírsele a nadie que se «fanatice» con un tomazo tan aburrido como *El Capital*, o se lance a las barricadas tras memorizar los versículos delirantes del Torah o del Corán. Los textos —permítaseme la puerilidad— son los pretextos. Lo que convoca a la acción y al sacrificio son la acción y el sacrificio mismos en un incontenible círculo vicioso.

No seduce al hombrecito de la calle —ese hombrecito espeso y superficial— la cantidad de razón que justifique un hecho cualquiera, sino la pericia, la audacia y la «limpieza» con que esa acción se llevó a cabo. Los terroristas, de todos los colores, intuyen esos fondos extraños de la psicología humana, y contra ellos giran a la hora de reclutar su clientela.

Tómese la experiencia reciente de los Tupamaros. Los Tupamaros despertaron la «admiración» de medio continente. Se pasó por alto los propósitos del grupo, porque a nadie le importaba lo que en última instancia pretendían llevar a cabo. La corriente de simpatía emanaba de los golpes de audacia que ejecutaban, surgía del *espectáculo*.

¿Cómo pretende nadie que un pleito fronterizo —pura invención del Derecho—, una doctrina, o cualquier otra entidad de ficción (de exclusiva consistencia verbal), pueda electrizar a las multitudes? Fanatiza la acción o los símbolos rituales de la acción. Electriza La Internacional no El Capital. Subleva la parada militar, el espectáculo, lo que pasa ahí fuera y se puede «espectar» y relacionar con la sangre y los músculos, y la muerte o la vida. La «plusvalía» le importa un bledo a la humanidad.

De lo anterior —si la hipótesis es correcta— se deduce que el guerrillerismo pertenece a la esfera de lo deportivo. Los entusiasmos y los repudios que colecta son parientes cercanos del fanatismo deportivo. Se admira la destreza física del que pone una bomba

con la misma ingenuidad con que se admira el gol difícil y esquinado. La violencia —sumum de la acción— provoca adhesiones instintivas. Este fenómeno —que para abreviar podemos llamar el «síndrome Robin Hood»— tiene una nefasta peculiaridad: está al alcance de cualquier iluminado. Feltrinelli, cuando se cansó de editar toneladas de inútiles papeles marxistas, se dedicó al terrorismo. Guevara, tras parlotear varios años sobre economía y ética comunistas —escribía bien el dichoso argentino, aunque con una denotada inclinación hacia la bobería— decidió aportar la víctima en la aventura boliviana. La acción, la pura acción —Ignacio, Teresa, Lenin, Mao— cambia al mundo y polariza en fobias y filias los arrestos del bicho humano.

Todo esto, claro, lo escribo con la mayor desgana. Sería preferible que a estas alturas de la evolución psicológica del hombre —la historia que lleva puesta, como unos pantalones, desde hace veinte mil años— le permitiera valorar la acción en función de los objetivos que se persiguen, pero evidentemente no es así. Estamos más cerca de la horda de lo que nos imaginamos. En rigor, se necesitaron millones de años para que aquellos abuelos peludos lograran identificar las cualidades del «líder» más idóneo para organizar la empresa de sobrevivir a garrotazos. Supongo que demoraremos mucho tiempo en sacudirle a los genes esa cochambre heroica. Mientras tanto —es lamentable— seguirá siendo más eficaz vaciar un revólver que escribir un libro.

¿Derecho a torturar?

La aparición cada vez más frecuente de estos grupos revolucionarios ha hecho retroceder el grado de seguridad personal y colectiva en los estados modernos. Consecuentemente, la represión, la violencia oficial, involuciona hacia prácticas que parecían desterradas de la sociedad. La tortura es hoy una brutal realidad en algunos países de habla hispana.

Jean Cau, el brillante escritor francés, en un dramático reportaje difundido por la prensa europea, afirma, sin ocultar su horror, que el estado moderno sólo puede defenderse de la acción terrorista mediante la tortura a los detenidos. Esto es, que si se trata de desarticular una banda de conspiradores, lo único eficaz es exprimir los hilos hasta que aparezca el ovillo. «Exprimir los hilos» es una metáfora que quiere decir patear testículos, arrancar uñas, cabellos y tiras de piel; aplicar electrodos en los oídos o en los genitales, extraer dientes a sangre fría y entregarse a otra docena de barbaridades que provocarían escalofríos a Masoch y a Sade.

El dilema es terrible. Lo primero que se le ocurre a uno es decir que en lugar de aplastar a los conspiradores hay que liquidar las causas de la conspiración: poner fin a las injusticias sociales y políticas. Pero esto, con ser cierto, no resuelve el problema. Es una respuesta boba y demagógica. El meollo de la cuestión es que la estructura jurídica del estado democrático es sólo apta para bregar con delincuentes aislados y más o menos dóciles. Algo así como esos civilizados carteristas londinenses incapaces de portar armas mientras los «bobbys» se circunscriben al garrote y al silbato. (Por lo visto no sólo los niños juegan a policías y ladrones). Como en casi todo, quebrantar la ley —y sancionarlo— forma parte de un ritual complicado que si se viola nos hacemos un lío. Cuando el delito se organiza, se hace secta y crea su propio *modus operandi*, al margen del presupuesto policíaco, el Estado pierde su eficacia represiva. Londres puede contra el truculento «Jack el Destripador», pero no puede contra el IRA o sus antagonistas protestantes. Estados Unidos, sujeto cada vez más a la vigilancia de los «Civil Right», ha perdido frente a los «musulmanes», las «panteras negras» o la Cosa Nostra, la eficiencia que le permitió liquidar al Ku-Klux-Klan. En Hispanoamérica, regímenes brutales como el brasilero, el haitiano o el cubano pueden barrer la oposición beligerante despellejando a los prisioneros hasta dar con los focos conspirativos. Mientras el uruguayo no ensayó los mismos métodos estuvo en perpetuo e indefenso sobresalto.

Si el dilema es cierto, lo honrado es someterlo a reflexión. Aceptada la hipótesis de que

la única arma eficaz para combatir el terrorismo es el contraterrorismo oficial, la tortura en la pesquisa policíaca y la renuncia a los principios Jurídicos del estado democrático, tropezamos con la desagradable evidencia de que de tanto combatir al enemigo hemos acabado por imitarle. Primera e insalvable contradicción. Se me dirá que a un gato de carne y hueso ando buscándole una tercera pata metafísica, pero ocurre exactamente lo contrario: el gato es metafísico. El estado democrático y sus enemigos tienen esencialmente una disputa metafísica. La pugna política, desde hace tres siglos, se reduce a interpretar lo que es o no es justo, lo que puede o debe sacrificarse en la búsqueda de la justicia y el lugar que ésta ocupa en la escala de valores. Lo lamentable es que las discrepancias en torno a esta «metafísica» se dirimen con guillotinas, paredones, manicomios y otros instrumentos de «persuasión» política.

Segunda contradicción: digamos que se autoriza la represión brutal, al margen del Derecho, para lidiar una situación de emergencia. ¿Cuáles son los límites de la autoridad? ¿Se tortura a los sospechosos o solamente a aquellos sobre los que recaigan evidencias inequívocas? ¿Quién dictamina una u otra cosa? ¿El torturador? ¿Puede confiarse en el «buen juicio» de un bárbaro que es capaz de castrar a un semejante? Hubo una época, anterior a los Derechos Humanos y a las mayúsculas en Hombre, Humanidad, etc., en que los tormentos eran una parte legítima del proceso judicial. La Inquisición —por ejemplo— tenía establecidos varios grados de torturas: latigazos, poleas, asfixia, etc., y las confesiones así arrancadas eran válidas y normales. Los fiscales supervisaban las torturas y existía una especie de manual de procedimiento, escrito por Institor a instancia del Papa, titulado *Malleus Maleficarum* o Martillo de Brujas. ¿Justifica el lector un retroceso de tres siglos en la evolución del Derecho? ¿Justifica los tribunales de excepción, los fiscales torturadores, el sacrificio de las laboriosas y sutiles conquistas del Derecho de Gentes?

Ahora vamos a la otra punta: ¿Cómo puede el estado democrático enfrentarse con éxito y sin traicionar sus esencias, a una logia que actúa fuera del alcance de sus recursos represivos? ¿Es justo —otra vez el inexorable dilema de la justicia— poner en práctica unos medios repulsivos para lograr ciertos objetivos, tal y como hacen los enemigos? ¿O debe mantenerse fiel a los principios que lo sostienen aún a riesgo de desmoronarse en el caos?

¿Qué hacer? Se me ocurre que responder a esa pregunta sería quitarle al lector su doloroso e irrevocable deber de meditar, llegar a conclusiones y sostenerlas con honradez. Personalmente creo que *nunca*, en *ningún* caso, debe emplearse. El poder civilizado, para que no devenga *maffia* debe empezar por limitar la cantidad de violencia que le es dable ejercer. Aunque el asunto, como veremos, es endiabladamente complicado.

Poder y poder matar

En la kafkiana encuesta senatorial de Watergate, un perplejo congresista le preguntó a uno de los ayudantes de Nixon si el Presidente podía mandar a matar. Se refería, por supuesto, a crímenes extrajudiciales y al margen de las contingencias de la guerra. Quería decir, rebanar gajates fuera de los mecanismos en que tal cosa es legítima, correcta y, a veces, hasta plausible. Matar inquietantes colegas extranjeros, líderes peligrosos, espías o cuanto enemigo desarrolle sus tremebundas actividades a saludable distancia del código penal doméstico. Ante la pregunta, hecha con horror ético, el ayudante de Nixon sonrió irónicamente y se negó a responder.

Aceptar que el jefe de una nación pueda «mandar a matar», como si se tratara de un «capo» siciliano, resulta monstruoso. Pero luego comienzan a surgir los perversos matices de este endiablado asunto: ¿el asesinato de Hitler, antes de 1939, hubiera sido un hecho condenable? Unas oportunas gotas de cianuro —tampoco hay que ser originales— ¿no hubieran evitado cuarenta millones de muertos? ¿Fue el asesinato de Trujillo —en el que a todas luces intervinieron países extraños— un hecho reprobable?

Trujillo había intentado matar al presidente venezolano Betancourt. El próximo blanco podía haber sido Muñoz Marín, Kennedy o Figueres. ¿Cómo establecer unos claros lineamientos éticos en torno a una cuestión tan espinosamente subjetiva? Dentro de los esquemas lógicos de Stalin, asesinar a Trotsky era casi una empresa patriótica y Ramón Mercader un arcángelico ciudadano. ¿Cómo puede hablarse de correcto o incorrecto cuando el crimen —o lo que sea— se efectúa desde supuestos políticos, filosóficos y éticos absolutamente relativos? Al «valeroso-heroísmo-de-nuestros-soldados» del lado de allá se le llama genocidio. Siempre me sorprende (melancólicamente) la española estatua del mariscal Weyler. Weyler fue un visionario: a fines del siglo pasado inventó los campos de concentración para aplastar la insurrección de los cubanos.

Y bien: el Poder es eso precisamente: poder matar en mayor o menor medida. Me sospecho que todo el andamiaje político que hemos erigido los hombres no es otra cosa que obstáculos para huirle a la guadaña del Jefe. Quien más poder ejerce es quien más libremente puede disponer del cuello ajeno. Esos increíbles gobernantes caribeños —Trujillo, Duvalier, Castro—, que con un movimiento del meñique aniquilan a un enemigo, acumulan más poder que los regentes de las grandes potencias, sujetos a los frenos y cortapisas del estado moderno burgués. Los arsenales atómicos y los ejércitos descomunales, en la compleja psicología de los que mandan, poco pesan frente al derecho de vida o muerte que ejerce el tiranuelo.

Y es que no vale el crimen anónimo y multitudinario a la hora de medir la cantidad de Poder que se atesora. Invocando ciertas mágicas y terroríficas abstracciones —«seguridad nacional», «soberanía», «orden», «ley», «justicia», «patria» y otras abracadabrantas palabras— cualquier gobernante legitima el bombardeo de sus prójimos, la devastación de una comarca, el exterminio de un grupo racial extraño o el aniquilamiento de unos amotinados.

Pero siempre se trata de asesinatos indiscriminados, al alcance de cualquier infeliz que posea un cetro. La cuestión del Gran Poder —con mayúsculas delirantes— radica en el asesinato *discriminado*. No se sienten los orgasmos de la autoridad matando al Hombre —también con mayúscula—, sino a Trotsky, a Ben Barka o a Jesús Galíndez. Suprimiendo a ese adversario sin ahorrarse un solo agravante del Código Penal: premeditación, alevosía, saña, nocturnidad y cuanta circunstancia subraye la autoridad del que lo ordena.

Policías 1984

La violencia, la agresión, la represión y otros temas tratados a lo largo de este capítulo han provocado la reacción del más influyente y peligroso psicólogo norteamericano. Anda por ahí, suelto, desmelenado, vendiéndose por millones, un libro terrible, *Beyond Freedom and Dignity* del psicólogo «behaviorista» Skinner. Con la apisonadora de los «behavioristas» —patulea de sabios, implacables y exactos, renegados sin perdón de la ambigüedad humanista— el Dr. Skinner formula una hipótesis: a pesar de todas las señales de alerta, la convivencia humana se degrada progresivamente, apuntando hacia su inexorable liquidación. La polución, la superpoblación, los inhumanos complejos urbanos, el aumento de los índices de criminalidad, apuntan a la catástrofe de la especie «homo sapiens». La raza se irá a la porra... a menos que se intente un experimento «behaviorista» a nivel universal. No se trata de «educar» al hombrecito testarudo, lo que a estas alturas le parece inútil, sino de cambiarle sus patrones de conducta mediante una metódica manipulación de su habitat cultural. Se trata de definir, en términos pragmáticos, lo que conviene, lo que favorece a la especie, y luego acondicionar la psicología de los hombres al logro de esos objetivos. De la misma manera que un café criado en Londres se comportará como un «british gentleman» y no como un café, el hombre nuevo de los «behavioristas» actuará de acuerdo con la jerarquía de los valores que le han inculcado, con los ideales que le han dado a respirar

en su oxígeno cultural. A juicio de Skinner, esta manipulación colosal se justifica no sólo por imperativos de supervivencia, sino porque, a fin de cuentas, el mero hecho de existir culturalmente supone la sujeción a unos valores, mitos y dogmas que también determinan, limitan y dictan nuestra conducta. Luego —según Skinner— no seremos *menos* libres en su experimento, sino seremos correctamente «libres».

Para llevar a cabo su «Mundo feliz» —y no quiero ironizar lo que es demasiado serio—, los mandamás contarían con el único resorte que los behavioristas reconocen como eficaz rotulador de la personalidad y la conducta: el «refuerzo». El refuerzo positivo (alguna forma de recompensa) para premiar la actuación «correcta» y el negativo (alguna forma de castigo) para sancionar la incorrecta. Correcto e incorrecto —ya lo he dicho— se mediría en función de la especie y con criterios más biológicos que teológicos. (A la postre la biología está sujeta a la servidumbre de una ética, lo que resulta revelador). Bien, hasta aquí Skinner. Resumir doscientas páginas en veinte líneas es necesariamente abusivo, pero queda señalado lo básico. Ahora viene la resaca: el análisis de lo que ha dicho nuestro sicólogo. Primero, enjuiciar la hipótesis: ¿realmente se «degrada» nuestra vida? ¿Cuál es el punto de referencia? ¿La Atenas de Pericles, el Transvaal del Paleolítico o el New York de Teddy Roosevelt? ¿Se liquida la especie? Sin duda —¿sin duda?— la existencia está cargada de tensiones no presentes hace dos siglos, pero no estoy seguro de que la especie marche hacia una catástrofe. Será sí, un mundo distinto, como lo ha ido siendo desde que el «hombre» era un bichejo asustadizo que se movía por las sabanas y se dormía en las cavernas, pero no por distinto el mundo de mañana será mejor o peor. Desde que nos metimos en la aventura de la cultura iniciamos un trayecto sin destino fijo y contra la naturaleza. La cultura es precisamente esa noción-de-estar-en-camino. Esa sensación de «trayecto» sin la plena justificación del esfuerzo. (Son los riesgos de inventarse a sí mismo: no hay como ponerle fin sin suicidio colectivo). O sea, la premisa de Skinner puede no ser cierta. Más me asusta saber que el hombre prehistórico sobrevivió a los glaciares y a las epidemias, a los predadores y a la casi indefensión de su anatomía, que ponerme al tanto del creciente índice de criminalidad o el nivel de la polución actual. La especie, metida en cuchitriles de concreto, respirando monóxido de carbono y aporreándose al menor descuido, está a salvo. Al menos por ahora.

¿Y el nuevo habitat sicológico-cultural a la medida para el hombre «científicamente» manipulado? Olvida Skinner un extremo importantísimo: que ese habitat psicológico-cultural está sometido a perennes cambios y que es falso que no corresponda en gran medida a los «intereses» de la especie. ¿O es que de la Inglaterra victoriana a la de los Beatles no va un trecho enorme? ¿Cómo va a sustituir Skinner unos valores dinámicos, moldeables, elusivos, siempre en juego con los rasgos de la sociedad en que se encuentran incursos? Olvida Skinner que el cafre no sólo se hace londinense, sino que también *hace* a Londres, lo cambia milímetro a milímetro para cumplir con sus urgencias (¿biológicas?) de innovación y aventura. No todo —perdónenme los implacables «behavioristas»— está sujeto a la mecánica inmutable de las leyes físicas. Y me queda el más hondo temor: de acuerdo, toda la cultura entraña un cambiante sistema de coacciones, represiones y condicionamientos. No somos libres como quisiéramos, no contamos con toda la dignidad que nos gustaría. Pero ¿quién o quiénes pueden ordenar jerarquías de valores, definir objetivos comunes y diseñar bridas benéficas para los humanos? ¿Los científicos? ¿Y por qué no los poetas? (A fin de cuentas, el lema de Breton —de los surrealistas— fue «cambiar la vida»). A estas alturas todo el que diga poseer la Verdad merecería una mueca burlona, si no entrañara un peligro tremendo: los planes de fabricar hombres nuevos se cancelan casi siempre exterminando a los viejos. Es muy sencillo: cuando los ratoncillos del Dr. Skinner se nieguen a transitar por los recovecos del laberinto feliz no quedará más remedio que matarlos a escobazos.

Y ya bastantes carceleros de-causas-nobles, bastantes verdugos-de-buenos-propósitos ha dado nuestro siglo XX para arriesgarnos a empollar otra camada. Me sospecho que nada debe ser comparable —y la temo— a la cólera de un sicólogo «behaviorista» ante el fracaso de sus experimentos.

VII

SEXO EN USA

USA: la sociedad permisiva

El adjetivo no es del todo exacto: permisiva. La sociedad es algo así como un catálogo de cosas prohibidas al que fatalmente se somete el hombre. Si el catálogo es amplio y minucioso la sociedad es totalitaria. Occidente, encabezado por Estados Unidos e Inglaterra, desde hace unos años se dedica a arrancarle páginas al catálogo. La sociedad se hace más «permisiva». Se permiten más cosas.

Es curioso que en la mitología bíblica el símbolo sea tan evidente: Adán y su costilla eran diferentes a las demás criaturas por la arbitraria prohibición de comer cierto fruto. A partir de ahí cualquier forma de asociación —sociedad— comporta una nómina de prohibiciones más o menos arbitrarias. Pero, «permisiva», aplicado a la sociedad, no quiere exactamente decir que el código penal se adelgaza, sino casi siempre se aplica a una mayor tolerancia en materia sexual. Es decir: la sociedad permisiva es aquella que desecha antiguas prohibiciones a la conducta sexual del bicho humano. Aquella que renuncia a su incumbencia en los delitos morales. Aquella que sencillamente ignora lo que ocurre al sur del ombligo. En el catálogo de prohibiciones sorprende descubrir que la parte del león se la llevan las prohibiciones sexuales. Esto hay que apuntárselo al cristianismo. Durante siglos la obsesión del cristianismo ha sido el sexo. Aquellos concilios medievales en los que unos doctos varones discutían el sexo de los ángeles o la condición pecaminosa de la ropa interior femenina, constituyen los episodios más ilustres de la historia universal de la bobería. El celibato, la castidad, la virginidad se convirtieron en los fantasmas que durante siglos devoraron la conciencia cristiana. Es interesante recordar que el Nuevo Testamento —Jesús— poco entra en materia de proscipciones sexuales. Cuando aquella pequeña secta de judíos heterodoxos acabó por heredar las estructuras del Imperio Romano, cuando el cristianismo se convirtió en una sociedad peculiar, es cuando cundió el horror al sexo. No es exagerado decir que los grandes debates acaecidos en el seno del cristianismo han sido determinados por el sexo: la Inmaculada Concepción de María; el celibato (Lutero); el divorcio (Enrique VIII); la píldora (medio mundo).

Esta aberración de la Iglesia (aberrare, perder el rumbo con relación a sus orígenes) trajo como consecuencia una sociedad represiva de la conducta sexual. En el siglo XIX inglés se practicaron clitorictomías a mujeres acusadas de onanismo, y se cubrieron las patas de los muebles por una perversa asociación con el sexo. Hasta comienzos de la década de 1960 puede decirse que los fantasmas del sexo continuaban operando con efectividad. Fue en este minuto prodigioso —¡diez instantáneos años!— en que en los países no totalitarios se comenzó a perder la secular rigidez. La sociedad —bueno, una parte— se hizo permisiva. Y bien, estamos en los albores de esta sociedad permisiva. Las abuelas salen de misa para ver ¡Oh, Calcuta! Artistas y escritores, olímpicamente, se declaran bisexuales (lo que biológicamente es tan absurdo como declararse bicéfalo o cuadrúpedo). En Miami, New York o San Francisco proliferan los «sex-shop», pequeñas y asépticas tiendecillas donde se despachan peregrinos artefactos «que-umentan-el-placer-de-la-pareja». El homosexualismo deja de ser una mácula para convertirse en una peculiaridad. Algo así como ser bizco o zurdo. Deja de juzgarse la totalidad del hombre por la peculiaridad de su conducta sexual. El sexo se da de baja de la ética.

¿Qué consecuencias tendrá esta sociedad permisiva para el género humano? Hay quienes ven en ello indicios del cataclismo final. A mí, como principio, me parece más habitable una sociedad en la medida en que se reducen las prohibiciones o las obligaciones. China, Albania o Cuba —donde lo que no está prohibido es obligatorio— se me antojan más camisas de fuerza que países. Es curioso que sean las naciones oficialmente ateas las que se aferran a una moral de factura teológica. Pero no es una

contradicción: el totalitarismo consiste en la poda del individuo en beneficio (supuesto) de la colectividad, mientras que la sociedad permisiva, eliminando prohibiciones —a lo que parece— amplía cada vez más la esfera de las decisiones personales, esto es, refuerza el individualismo. Sin embargo, los de la izquierda marxista —esa izquierda «festiva» que dicen los brasileros— desde la oposición, en las democracias burguesas, claman por el imperio de la sociedad permisiva, mientras que desde el poder se muestran inflexibles partidarios de la ley y el orden genetal. Recuérdese a Nikita, aquel payaso ucraniano, tronando duramente contra un ingenuo espectáculo de Can-Can. Por supuesto, en el estreno de esta nueva moral —menos rígida, menos inhibida— era presumible la agresiva exageración de los iniciados. No es menos grotesca (e ingenua) la triunfal autoproclamación de bisexualidad Joan Báez, o el desnudo gratuito del «living theatre», que cubrir, por pudor, las patas de un piano. Es de esperarse que pasada la conmoción de esta primera etapa desaparezca ese papanatismo exhibicionista. Lo que no desaparecerá, por lo visto, será la adscripción del sexo a las confrontaciones ideológicas. Veámoslo.

El sexo americano no está en el medio

Debiera estarlo, pero no es así. Está a la izquierda. En buena lid, si hubiera algo razonablemente lógico sobre el planeta, el sexo equidistaría de los extremos. Sin embargo, casi nunca ha ocurrido esto. Hace apenas unos siglos, cuando Calvino anatematizaba desde su refugio suizo, el sexo estaba a la derecha. Es decir: los más tolerantes en materia sexual eran los católicos, el «establishment» de aquel entonces. Tan alegre y sensual era la curia romana del Renacimiento que espíritus sensibles como los de Lutero y Erasmo se escandalizaron por las costumbres licenciosas de los divertidos cardenales.

Hoy —en realidad desde principios de siglo— la izquierda se ha alzado con la monarquía de la tolerancia sexual. En los Estados Unidos, donde el fenómeno es absoluto, las revistas y publicaciones «picantes» —rayanas muchas veces en la más chabacana pornografía— alternan las loas a Breznev con fotos de espectaculares mujeres desnudas. Por otra parte, los que se llevan las manos a la cabeza clamando por prácticas menos detonantes e invocando el pasado remoto de los peregrinos del Mayflower, son los elementos más conservadores del país.

Lo que en los términos burdos y sin imaginación de la nomenclatura política se llama «la derecha». Patriotismo, para este sector, es también llevar el escote hasta la barbilla y rechazar a capa y espada las relaciones premaritales. Sería interesante que Reagan, Wallace y Billy Graham, aun cuando nada más fuese para desconcertar al adversario, clamasen por una minifalda más reducida, la legalización de la marihuana y mayor libertad sexual para los adolescentes. Pero este fenómeno no puede ocurrir. La derecha está en crisis y, por ende, sus normas morales.

El precio de todo lo que ha estado vigente es dejar de estarlo. Mañana, cuando la izquierda que hoy vocifera se convierta en el odiado «establishment», cuando sea lo que rige, probablemente entonces el sexo vuelva a ser patrimonio de la derecha. Ojalá que un día decidamos dejarlo al margen de todas nuestras disputas comineras. En el estratégico centro que le depara el Creador. Tal vez la nueva moral sexual que ya vamos estrenando, por desmitificación, contribuya a alejar la conducta sexual del refidero social. Es probable que así ocurra.

La nueva moral sexual: un mundo sin inhibiciones

Y bien, es absurdo ocultarlo: presenciamos la más radical transformación en la conducta sexual del hombre. En apenas una década los tabús más formidables volaron en pedazos. Lo bueno y lo malo que dictaban las normas de la ética cristiana comenzaron a hacerse borrosos. Se confundieron. Se mezclaron. Parece que la luchadora generación del '70 clamó enronquecida por la absoluta libertad sexual. Esto, en la jerga freudiana, quiere decir que las inhibiciones a la libido, impuestas por la

cultura, se debilitarán hasta desaparecer. Habrá, a la postre, tras un larguísimo batallar, un hombre que no asocie sus actividades sexuales a la noción de lo malo o lo bueno. El sexo se dará de baja de la ética. En rigor esto es lo que propone Marcuse (Marcuse es una ecuación de Marx más Freud menos Fromm). Freud suponía que la cultura era el resultado de la energía que se acumulaba por las fuerzas represivas que la sociedad imponía a la libido. El triángulo vicioso (¿por qué no?) consistía en que el hombre sólo se daba en la cultura y ésta, a su vez, sometía a la criatura humana a la represión de sus instintos, fuerzas que constantemente creaban la modificación de la propia cultura. Pero ahora un hombre ha sacado la cabeza del triángulo. Su rostro es hirsuto y sus greñas largas. Todo apunta a que la observación, en este sentido, de Marcuse —que es un buen observador y no un filósofo— tiene validez. Los más jóvenes tienen menos inhibiciones, y acaso alcancen a abandonarlas todas en cuanto a sexo concierne. A estas alturas, si la hipótesis freudiana tiene valor ¿sobrevivirá la cultura en un mundo sin represión a la libido? Marcuse, optimista, piensa que sí. Personalmente, siempre he creído que la hipótesis freudiana era un poético embuste.

La píldora mágica

El detonador de la explosión sexual fue la píldora. La sacudida fragmentó en tres mundos distintos lo que antes formaba un monolito: el sexo, la maternidad y la unión «legítima». Surge ahora, en la pareja, sin las dificultades de antes, el amor, digamos, deportivo. El amor sin consecuencias vergonzantes y sin propósitos «honestos». Se busca el goce momentáneo; la satisfacción de un impulso; el acoplamiento biológico. No existen represalias, reprimendas o intenciones matrimoniales. Simple y francamente: sexo. Al controlar eficazmente la maternidad, irá reduciéndose la edad de las parejas hasta que la sociedad y las hormonas coincidan. Cuando apunte la pubertad se practicará el amor. Era absurdo pensar que la naturaleza se había equivocado. Los adolescentes se querrán. (¿Podrá alguien amar más tiernamente que dos niños?) La maternidad —esto es hermoso y digno— será un acto volitivo, por libre selección y no por fatalidad biológica. Se querrá un hijo y vendrá a voluntad de sus padres. El cristianismo se pondrá a tono con los tiempos. En la palabra «amor» se encontrarán argumentos suficientes para adaptar la doctrina a la nueva conducta. La noción del pecado será desligada de las actividades sexuales. No se calificará la práctica sexual como no se califica la respiración o los latidos del corazón. Las aberraciones disminuirán al desaparecer la represión y, en algún momento, perderán su condición de tales.

La muerte de Romeo y Julieta

El cambio drástico, del cual sólo he apuntado sus aspectos acaso positivos, trae también una mala nueva. Romeo y Julieta morirán definitivamente. Calisto y Melibea, Tristán e Isolda, Abelardo y Eloísa serán inhumados para siempre. Nuestros grandes amantes, nuestros eternos apasionados se agigantaban frente a todos los obstáculos. Y allí, en la lucha, cobraban dimensiones heroicas. Si Montescos y Capuletos no se hubieran opuesto a los jóvenes amantes; si Calisto hubiera saltado sobre sus prejuicios de cristiano viejo; si Tristán hubiera podido amar libremente a Isolda, o Abelardo no hubiera pagado con la castración su inevitable amor por la joven Eloísa, nuestros maravillosos mitos no existirían. La represión, el dolor inmenso, hizo que Garcilaso, tejiera, apasionado, sus Églogas dedicadas a Isabel Freyre. ¿Se habría escrito la *Divina Comedia* si Dante hubiera abrazado a su antojo a Beatriz? La literatura infantil acusa un síntoma claro: los cuentos se acaban cuando comienza la felicidad. Cuando la real pareja se dispone a hacer una feliz y espesa vida conyugal. Hasta allí llega el interés del género humano. Hasta Romeo muerto por amor. Hasta Calisto despedazado al pie de un muro. ¿Se imagina el lector el horror de un Romeo satisfecho; de un Calisto libremente amancebado? No puede ser. Con las inhibiciones, con las monstruosas impedimentas, con los obstáculos, desaparecen también los

héroes que los saltaron. Nada quedará de aquella apasionada rebeldía, hoy incongruente con los tiempos. Una pildorita, redondilla, pequeña, inofensiva, los aplastó sin misericordia.

La revolución de la apariencia

Consecuente con la nueva moral sexual más abierta, menos exigente, han variado los arquetipos. Más aún, ha variado toda la percepción de la belleza. Cada época genera sus propios cánones estéticos. Lo bello y lo feo son meras consecuencias de la particular apreciación de un momento dado. Una matrona gorda escapada de un lienzo renacentista estaría condenada a la soltería en el mundo de hoy. Nuestro minuto, sin lugar a dudas, está empollando los valores estéticos que regirán en las futuras generaciones. Hace apenas unos años un hombre apuesto lo era por parecerse, en algún grado, al patrón helénico de la belleza: alto, musculoso, juvenil, limpio y de expresión noble. La mujer era «bella» por más o menos las mismas razones. Hoy, el desaliño de los hippies, sus figuras enclenques tocadas de gafas oscuras y abundantes greñas, son los modelos vigentes de belleza. En la búsqueda de los nuevos valores estéticos se ha ido el exacto extremo opuesto.

La pintura, ese maravilloso barómetro de la sociedad, anduvo por aguas del «op-art». Es decir, del arte óptico. Los cuadros parecen cosas que no son. Alucinantes juegos de ilusiones ópticas engañan nuestros pobres ojos con líneas oscilantes y colores que parecen estar pintados con azogue. En lo que la pintura encuentra un camino más glorioso el «op-art» nos señala con su truculenta fantasía la entraña íntima de la generación lunar, y con su pobreza imaginativa su carácter interino de mera transición. Los jóvenes, no contentos con sus rostros paliduchos, espectrales, se reúnen en torno a luces intermitentes que les hacen cambiar de apariencia en cada parpadeo de las bombillas. El decorado está diseñado para que nadie parezca lo que es. Como si todos estuviesen inconformes con lo que son. Las drogas constituyen el gran sostén de la revolución estética. Los alucinógenos ponen elefantes en el aire y caminos de hojas azules. En el *sumum* de la apariencia. La vía más corta para romper con los patrones culturales de antaño. El lamentable uso y abuso de las drogas es perfectamente congruente con el cuadro general. Rima con «op-art» y con las greñas desafiantes.

¿A dónde llegaremos? Habrá que esperar unos quince años para conocer el destino de la generación lunar. En todo caso, la cultura y la civilización no se han estancado como por ahí se dice con terror. Se ha hecho una simple apertura en otra dirección. La humanidad ha torcido un camino que a fin de cuentas nadie conoce. En el riesgo que esto entraña estará el incentivo de los próximos años. Cualquier intento de «frenar» el rumbo liberalizador resultará inútil. Tal vez valga la pena repasar la historia de la pornografía para convencernos. O para divertirnos.

Para una historia de la pornografía americana

Milímetro a milímetro la pelleja fue asomándose en los cinematógrafos. Cualquier película —*cowboys*, romanos, karatecas, *gangsters* y otros bichos— corre el riesgo de convertirse en un manual de ginecología. Los burgueses se espantan y los comunistas corren despavoridos. La moral burguesa, capaz de negociarlo todo, es más flexible. La pelea entre los censores y los pezones pasará a la historia de la tenacidad humana. Casi duró cuarenta años. Por fin vencieron los pezones. Primero fue un ramalazo imperceptible, tras un batilongo transparente que se agitaba al trasluz. Allí estaba la oscura protuberancia. Los espectadores tragaron en seco. Luego una fugaz aparición en una película «francesa». Era la remota época de los años cincuenta, en que los franceses todavía explotaban la fama legendaria de Pigalle y flotaba en el ambiente, como un fantasma, la tos seca de Margarita Gautier, el más famoso foco de infección que recuerda la cultura occidental. Los franceses fueron perdiendo la batalla frente a los nórdicos y los gringos. No hay evidencia más palpable de la decadencia gala que una cola de franceses frente a un cine pomo de Copenhague. Si Toulouse Lautrec

levanta la cabeza se muere de vergüenza. El *Moulin Rouge* es hoy un convento de ursulinas. La bizantina pelea entre censores y pezonófilos dio paso a un épico combate por el territorio piloso situado al sur de la cintura. Terreno abrupto y ensortijado. Peligros acechantes. Los pezonófilos estaban envalentonados por la rápida victoria en la zona de la retaguardia. Los censores apenas presentaron combate. La fatiga los había vencido. Al fin cedieron. Los espectadores se enfrentaron en panavisión y sonido estereofónico con lo que la anatomía llama «monte púbico» en una alucinada invención lingüística. Alguna vez tendremos que enfrentarnos con esas increíbles metáforas de la «trompa de Eustaquio», las «trompas de Falopio», la «silla Turca», con los mismos criterios con que analizamos la más descocada poesía de Rimbaud o Artaud. (¿Quién fue el primer maniático sexual que le llamó «monte de Venus» al raquíptico equilátero que crece bajo el ombligo?)

Lo más risible de toda esta comedia entre la moral burguesa y sus opositores estriba en la puntillosa delimitación entre el arte y la pornografía. El Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró, tras una sesuda discusión, que pornográfico era lo que estimulaba el apetito sexual y arte lo otro. Menudo dictamen. En la adolescencia, por ejemplo, varios centímetros de piel desnuda bastan para estimular el apetito sexual, mientras que en la otra punta de la vida son indispensables varios metros cuadrados. Queda, además, lo estrictamente individual. ¿Cuántos recuerdan aquella deliciosa comedia italiana del sujeto acusado de violar a una gallina y las explicaciones que daba? «Pues señor juez, la gallina comenzó a pasearse frente a mí, y a cacarear, y a mirarme fijamente, y uno no es de piedra, señor juez». Unos no son de piedra frente a las rodillas, otros frente a los muslos, ya algunos, como al italiano de marras, le basta con las gallinas.

No hay, en rigor, fronteras entre lo pornográfico y lo artístico. Cuando la sociedad burguesa no encuentra argumentos para continuar censurando, afirma que el pezón, o lo que sea, se ha vuelto artístico. Eso no es serio. Lo honrado es reconocer que se trata de una imagen sexualmente estimulante y que una parte sustancial de la sociedad disfruta observándola. Lo honesto es admitir que se trata de pornografía, erotismo o como quiera llamársele. El caso es que un porcentaje enorme de la población encuentra atractivo el espectáculo del desnudo humano o de las parejas sexualmente excitadas. Esta pasiva contemplación, por lo visto, aumenta el apetito sexual de los «voyeur», lo cual puede ser saludable para las parejas un tanto cansadas de la rutina amorosa. Cada vez con más frecuencia los sicólogos recomiendan la pornografía —artística o de la otra, es cuestión de puro subjetivismo— como terapéutica contra la impotencia, la frigidez o la simple indiferencia sexual. Parece que los usuarios no le hacen mucho asquito a la medicina. Es mejor que el aceite de ricino. ¿Qué hacer entonces con la «ola-de-erotismo-que-nos-invade»? Pues como con todas las olas: flotar, jugar con ella y no tomarla en serio. El sexo se ha dado de baja de la ética y no es muy cuerdo andar por ahí regateándole pulgadas de cuero humano al sol. Dentro de unos años esas posiciones resultarán ridículas.

VIII

EXPEDICIÓN A LA BÚSQUEDA DE CIERTO HOMBRE NUEVO AMERICANO

Superobreros

Tanto buscarlo en las antípodas comunistas y un hombre nuevo va surgiendo en la sociedad capitalista. No sé si por nuevo es mejor —hipótesis ciertamente dudosa—, pero sin duda alguna es diferente en lo que a los teóricos del socialismo les preocupa: en su relación con la propiedad, con la clase y con la nación. Lo de la propiedad lo veremos más adelante. Por ahora examinemos lo de «clase» y «nación».

La gran corporación ha generado unos bichos, conocidos como ejecutivos, que no sienten fuertes urgencias de acumular capital, contentándose con escalar dentro de las capas gerenciales por el procedimiento poco sentimental de saltar de una a otra compañía. Esa criatura móvil, eficaz y aséptica, lo mismo vende jabones en Detroit que cámaras fotográficas en Madrid. Domina unas técnicas de venta, producción, mercadeo y administración que operan con el mismo éxito en casi cualquier rincón del planeta. En el selecto mundo de las multinacionales no es extraño que estos superobreros respondan hoy a una compañía cuya matriz radique en Ámsterdam, New York o Londres. La preferencia la determinan el salario y los beneficios marginales. Visto con la retina marxista esto es inobjetable. El superobrero está vendiendo la mercancía de su trabajo al postor que mejor lo pague. Está alquilando su tiempo al más alto precio posible sin tener en consideración la preocupación pequeñoburguesa de la «patria». Se trata de los primeros obreros —los capataces también son obreros— realmente internacionales.

La propiedad era un robo

¿Se aceptaría que dijera que ese yanqui está más lejos de creer en la propiedad privada que su contemporáneo soviético? Evidentemente no se aceptaría. Hay que explicarlo. Veamos.

La propiedad, más que un robo, es una tontería. No es posible «poseer» cosas. Es posible usarlas, en exclusiva o colectivamente, transferirlas, venderlas, cambiarlas por otras cosas, pero «poseer» un castillo o un automóvil es sólo un fantasma conceptual. Una categoría jurídica y no humana. No obstante, hasta hace relativamente poco tiempo, el hombre sucumbía a la ilusión de que «poseía» bienes, sencillamente porque los bienes —cosas, tierras— le sobrevivían. Era tan estúpido el bicho humano que suponía que morir en la posesión de ciertas cosas era una evidencia de superioridad, sin percatarse de que el mero hecho de sólo poder llevar sus huesos a la tumba le probaban lo contrario. La peculiar organización económica de los países capitalistas desarrollados, especialmente en Estados Unidos, con créditos a largos plazos contra bienes de corta existencia, va desarraigando el sentido de la propiedad y sustituyéndolo por el usufructo. Cada vez es mayor el número de norteamericanos al que le tiene sin cuidado alquilar en lugar de comprar un automóvil o una casa. Era de esperar que en una sociedad tremendamente fluida como ésa, los ciudadanos más alertas se dieran cuenta que la «posesión» de bienes acaso se convierta en una lamentable desventaja. Quien posee bienes que lo aten a un sitio ya un modo de vida estará limitándose su destino. Esto último, que a nivel personal resulta obvio, opera también a nivel empresarial. La industria americana descubrió, desde hace años, que los bienes de equipo son fungibles y por lo tanto es inútil intentar poseerlos. Una máquina que mueve sus pistones tantas veces por minuto tiene una duración X, y llegado el momento habrá que reemplazarla. O sea, que uno no compra una máquina, sino tantas horas-uso, de cierto artefacto. Esta simple observación dio lugar al surgimiento del «leasing» o alquiler de bienes de equipo. ¿Qué «espíritu» de propiedad privada puede existir en una operación en la que unos ejecutivos a sueldo utilizan unos fondos ajenos (bancos) para financiar el alquiler por cierto tiempo de unos bienes de

equipo? La propiedad privada de que hablaban Proudhon-Marx no era este engendro social del capitalismo moderno, sino aquel primitivo apego del hombre a la tierra, a su castillo, o hasta a su fábrica.

Una inquietante paradoja se nos plantea de inmediato: el más eficaz enemigo de la propiedad privada es la sociedad de consumo. De tanto poseer, desechar y reemplazar, en una cadena que no termina nunca, acabamos por no permitirnos el menor apego efectivo a los bienes materiales. Un sudamericano y hasta un europeo hablará de *sus* muebles o de *su* automóvil, mientras que un gringo sólo diría los muebles o el automóvil. La relación contra natura entre los hombres y las cosas se debilita cada vez más en una sociedad que no alcanza a reconocer como propios unos bienes próxima e inexorablemente perecederos.

Al principio de estas reflexiones anotaba mi certeza de que la propiedad privada significaba más para un soviético que para un norteamericano. Ahora se entiende mejor. El soviético vive todavía en una etapa de subconsumo, sin acceso a bienes que los norteamericanos derrochan y adscritos a un parámetro vital bastante limitado. No puede el ruso, como hace el yanqui en su país, liar su macuto y trasladarse libremente a Kiev a Leningrado o de Moscú al campo ucraniano. Esta inmovilidad y esta pobreza (más o menos decorosa) le mantienen vivas la pasión por la posesión de bienes.

No desarraiga el hombre costumbres milenarias porque un teórico más o menos bien intencionado dicte ciertas normas éticas, sino porque la sociedad modifique sus hábitos sensiblemente. Si el marxismo no triunfa hoy en Estados Unidos no será porque su sociedad esté sujeta a los fetiches de la propiedad privada, sino porque el culto a la libertad individual está demasiado extendido.

No creo que haya un sitio en el planeta —exceptuando Escandinavia, que es una especie de Estados Unidos sin guetos— donde la compulsión por poseer (no por consumir) viva su más decadente minuto. No quiere esto decir que en el seno de la sociedad capitalista postindustrial, y como consecuencia de ella, haya surgido un sentimiento de solidaridad humana de raigambre socialista, sino simple y llanamente que la absurda pasión por la posesión de bienes se ha desplazado hacia la más racional pasión por su usufructo de las cosas. Ese medio se llama dinero, o crédito o crédito, que viene a ser dinero potencial. Pero, la propiedad cada vez importa menos. Si Proudhon lo ve no lo cree.

Los extremos se confunden

Este desplazamiento de la mentalidad capitalista hacia esquemas difícilmente predecibles hace unas décadas, coincide con un evidente movimiento hacia fórmulas de producción netamente capitalistas dentro de los países del bloque socialista. Hace pocos años, casi simultáneamente, los Estados Unidos y la Unión Soviética anunciaron importantes medidas económicas. El entonces Presidente Nixon describió un vasto plan de ayuda a los pobres que prácticamente erradicaría la miseria de la nación. Se daría hasta 1500 dólares anuales en ayuda económica, más comida de óptima calidad, así como educación preescolar a los desposeídos, de manera que todos los niños tengan realmente las mismas oportunidades. Si un padre de familia no cuenta con el vigor, la astucia, los conocimientos o la suerte, para sacar su familia adelante, el estado se lo proporciona. En las viejas reglas del juego capitalista la primera rezaba: «cada uno de acuerdo con su esfuerzo»; hoy, no hay duda, se ha hibridizado con la máxima socialista de «a cada uno —por lo menos— de acuerdo con sus necesidades». En rigor esto no vulnera en modo alguno el régimen capitalista, por cuanto este sistema está dinámicamente articulado para poder adaptarse a cualquier circunstancia nueva.

Para los comunistas —sin embargo— atrapados en el dogmatismo marxista, cualquier cambio trascendental significa un parto doloroso. A principios de octubre de 1969 el dúo Brezhnev-Kosygin anunció que un plan piloto de incentivos materiales para los obreros había tenido éxito económico y se extendía a todo el aparato soviético de

producción. Además, la cantidad a producirse dejará paulatinamente de regirse por el criterio del «Partido» para acomodarse a la relación de oferta y demanda, espina dorsal del sistema capitalista.

Esto quiere decir que los rusos después de medio siglo de marxismo han descubierto que dos premisas básicas de Marx eran falsas: el proletario no trabaja por un filantrópico sentido de responsabilidad colectiva sino para vivir mejor él y su familia; y la rigidez en la programación de la productividad de las empresas, lejos de evitar el caos económico y mejorar la distribución de las riquezas, propende a crear una burocracia parasitaria que atasca el desarrollo de la nación. En definitiva los rusos dejaron de ser marxistas y abandonaron la búsqueda de la sociedad comunista. La nueva apertura, que han venido ensayando por años, es sencillamente un capitalismo de estado. Un gran patrono, con poderes ilimitados, que puede mandar sus obreros al destierro siberiano o a un campo de trabajo forzado.

Cabe preguntarse con qué respaldo ético y filosófico cuenta la URSS para justificar su dictadura, después de la adopción del capitalismo. La respuesta parece obvia: con ninguna. El comunismo, el marxismo-leninismo que se seguirá esgrimiendo, será sólo un pretexto para que un pequeño grupo —en este caso los jefes militares— ejerzan el poder con manos de hierro. El método será el de Henry Ford; el disfraz, el de Carlos Marx.

El tiempo americano

Primero, una digresión sobre el tiempo a propósito de una noticia reciente. Newton vs. Einstein. Vieja bronca. Ganó Einstein. No hace mucho la «Teoría de la Relatividad» pasó de la columna de las hipótesis a la de las demostraciones. No es el tiempo —ya se sabe— una dimensión imaginaria en la que se parcela la transformación de las cosas. No es una sutil invención —como la Geometría o las Matemáticas— para desmontar la maquinaria de la realidad. Somos —todo lo que es— masa, tiempo y movimiento. Todo trenzado. Todo sujeto a una inexorable interacción. Mis cinco minutos, los de redactar estas notas, lo son tan sólo dentro de un marco de referencia dado. Mis meses y mis años dependen de la velocidad y la dirección de mi movimiento en relación con las estrellas. El espejo —notario rencoroso de canas, arrugas y otras canalladas biológicas— levanta actas resbalosas, equívocas. A otra velocidad la imagen sería distinta. Espanta saber de cierto que este Madrid cálido de hoy no sea, para un hipotético observador que se moviera a cierta velocidad, el que contemplo por la ventana sino el de 1936 o el de Felipe II. «Time is money». Otra tontería británica: «Time is time», que es peor.

Tras comprobarse la «Teoría de la Relatividad», ¿cuánta gente quedará en el mundo dispuesta a dar respuestas tajantes y exactas? ¿Cuántos hombres se sentirán dueños de verdades absolutas, de revelaciones indiscutibles? ¿Cuántos mantendrán en sus vocabularios, listas para dar el mazazo contundente, palabras como *certeza*, *axioma*, *seguridad*, y otras jactanciosas afirmaciones? La infinita fauna dogmática, ¿seguirá ladrando inclaudicablemente? ¿Habrán, todavía, señores serios y respetables que en tono enfático den puñetazos en las mesas para respaldar aseveraciones «infalibles»? ¿Descubrirán alguna vez —con Einstein— que lo absoluto no se hospeda en el Universo, que sencillamente no existe?

¡Vanas interrogaciones presuntuosas! La «Teoría de la Relatividad» pasará a los textos de Física como antes la «Ley de Gravitación Universal» o el «Teorema de Pitágoras». Nada cambiará en la sustancia humana. El bípedo implume seguirá acogotando «enemigos equivocados»; vociferando «verdades irrefutables»; matando —o dejándose matar— por quien sabe qué «silogismos innegables». Nada importa que Einstein, después de todo, tuviera razón.

Bien, burla burlando hemos apuntado, aunque fuera para descartarla, una definición del tiempo sumamente útil: esa dimensión rítmica e imaginaria en la que las cosas se

transforman. En rigor lo único que percibimos es la transformación de las cosas. Parece obvio, aunque contradiga a Einstein, que el tiempo no existiría en un universo inmutable. Dejemos ahí la metafísica y volvamos a los gringos: una cultura frenéticamente mutante ha de variar su perspectiva del tiempo. Me atrevo a asegurar que la relojería interior del horno yanqui es diferente a la nuestra. Ese mundo que cambia, y se echa abajo, y se reconstruye ha producido una criatura más sensible que nosotros al tiempo. A ver si me explico con ejemplos: cuando Ortega sistematizó el estudio de la historia sobre la base de unos grupos generacionales distanciados por quince años, no previó que la aceleración de las transformaciones acortaría la brecha temporal entre generaciones. Si hasta la época de Ortega las caravanas generacionales —por usar una metáfora de su repertorio— iban incursas en períodos de quince años, quizás hoy haya que hablar de cinco. O de menos. En el frenético minuto de los yanquis un extraño generacional es prácticamente un coetáneo. Basta, a veces, la débil barrera de dos o tres años para que el diálogo se tense. Y la tendencia es a la aceleración. Al cambio. A un mundo que no discurre plácidamente, sino que está hecho de instantes luminosos, de flash. Esa aceleración continua tiende a reforzarse a sí misma y sus consecuencias pueden ser tremendas.

Cuando el espécimen yanqui de la década de los sesenta-setenta piense en «su» tiempo, acudirá a su memoria una franja mínima de recuerdos. ¿Cuál tiempo, si el mundo vertiginoso en que le ha tocado vivir no le ha dado sosiego para incorporar una imagen estática a su memoria? ¿Cuál tiempo, si la adolescencia —lo que llamamos *nuestro* tiempo— es una sucesión de grupos que imperan por brevísimos períodos? Si la cultura, hasta ahora, ha sido el resultado de la tradición más la innovación, la fórmula tendrá que cambiar. Nuestra época —la de los gringos— no segrega tradiciones. No es capaz de coagularse en mitos asimilables y repetibles. Es una época en la que todo se desecha. No sólo los envases, sino la música, los libros, los estilos. La posibilidad de que una forma adopte la perennidad de lo clásico está descartada. Los escritores no persiguen la inmortalidad, sino un trallazo de fama momentánea. Con eso basta. Alguno de ellos —¿Norman Mailer?— ha dicho que pronto todos podremos ser famosos por cinco minutos. Lo que ha ocultado es que pronto no podremos ser famosos por mucho más de esos cinco minutos de la *boutade*. El clasicismo se muere. Con desgana, se arrastra el cadáver de los clásicos consagrados cuando tal cosa fue posible, pero sin la carga reverencial que ese rito exige. El preludio del destierro definitivo de Beethoven ha sido su aparición en una camiseta de sudar. Su memoria está condenada a muerte en un plazo más o menos largo. La tradición pugna con una sociedad fulminante y proteica, y acabará perdiendo la tradición. El mañana se apoyará exclusivamente en hoy, no en un ayer remoto. No es extraño, pues, que conceptos tan vinculados a la tradición como «patria» y «nación» se hayan debilitado tan tremendamente en Estados Unidos. Todo eso es retórica antediluviana.



CARLOS ALBERTO MONTANER SURIS. (La Habana, 3 de abril de 1943) es un periodista, escritor y político cubano, que tiene, además, la nacionalidad española y la estadounidense. Ha ganado varios premios relevantes y colaborado con periódicos de renombre internacional. Ha publicado unos 25 libros. El último de ellos es la novela *La mujer del coronel*.

Algunos medios especializados han calculado en seis millones el número personas que semanalmente leen sus columnas. Su trabajo ha sido distinguido por instituciones como la Comunidad Autónoma de Madrid y el Instituto Juan de Mariana. Fue, además, hasta el 2011, vicepresidente de la Internacional Liberal. El gobierno de Cuba, sin embargo, considera a Montaner un agente estadounidense, y ha llegado a relacionarlo con actividades terroristas en su juventud, acusaciones que Montaner ha negado en diversas oportunidades, considerando que se trata de una campaña difamatoria, como ha explicado en el libro *El otro paredón*, publicado en el 2011 por la editorial e-riginal en Estados Unidos. En octubre de 2012 la revista *Foreign Policy* lo eligió como uno de los 50 intelectuales más influyentes de Iberoamérica.